

PRECIO: \$ 1.- m/n.  
EL EJEMPLAR: . . . .

COMPAÑIA IMPRESORA ARGENTINA  
ALSINA 2049 | BUENOS AIRES

4525 Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar



# SINTEISIS

DIRECTOR:  
XAVIER BÓVEDA

## SUMARIO:

La filosofía y las relaciones internacionales . . .	CORIOLANO ALBERINI
Modernas ideas acerca de lúes . . . . .	DR. JOSÉ LUIS CARRERA
Canciones . . . . .	ARTURO CAPDEVILA
A toda la nueva estética . . . . .	PRIMITIVO R. SANJURJO
Meditación en Florencia ante los ángeles de Fra Angélico . . . . .	GUILLERMO DE TORRE
El sentido humano en Macchiavelli . . . . .	ROCCO CARTOSCELLI
El camino de las ideas . . . . .	FRANCISCO GIL ESQUERDO
Bibliografía y notas. . . . .	CRÍTICA.

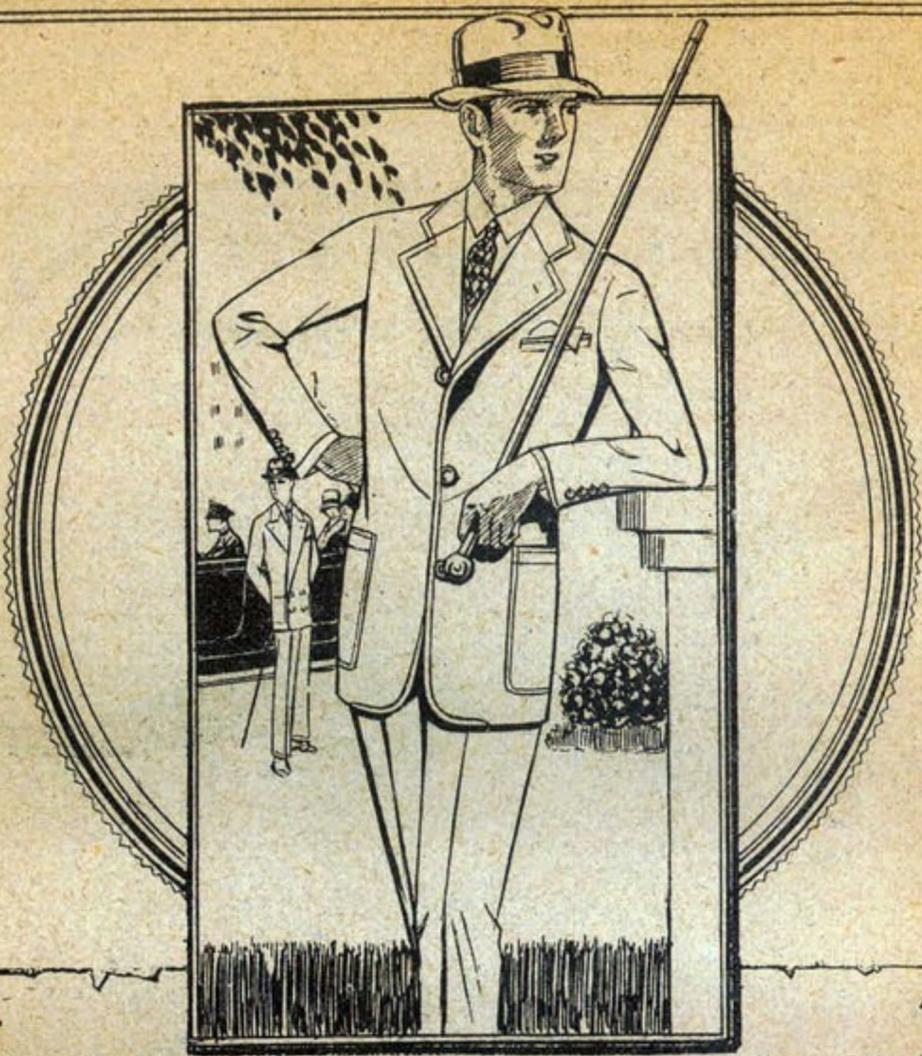


AÑO I JULIO DE 1927 N.º 2

FUMEN



AVANTI  
CALIDAD



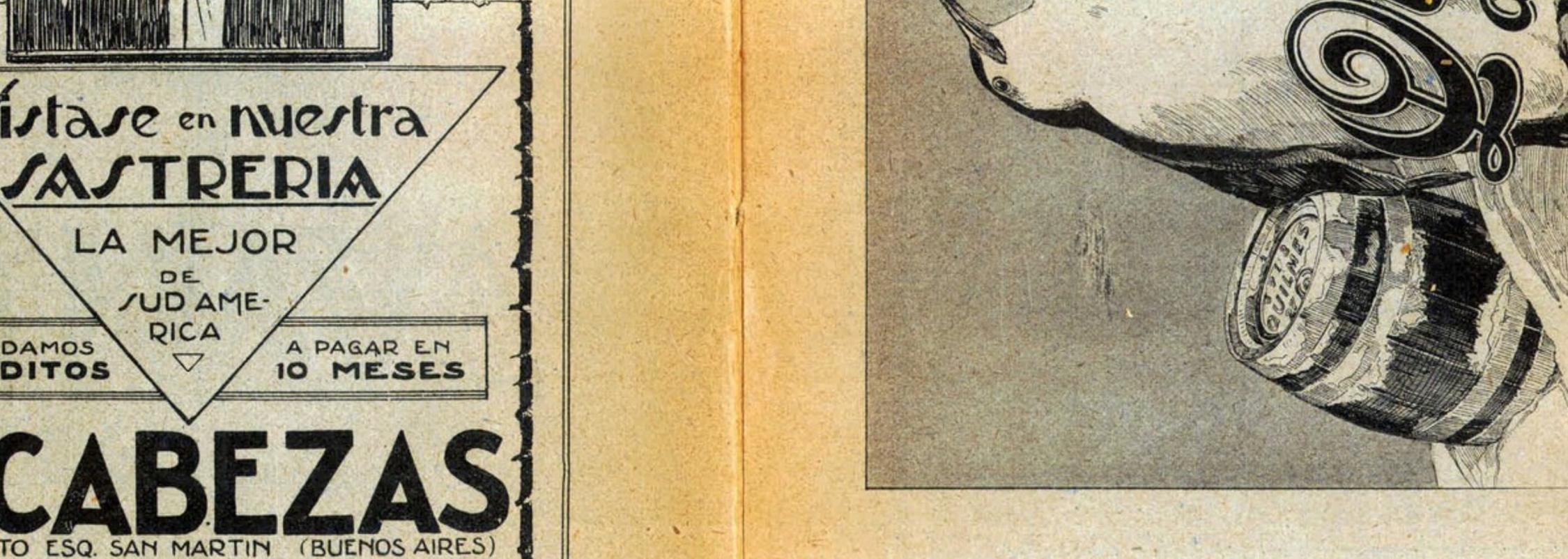
Vístase en nuestra  
**SASTRERIA**

LA MEJOR  
DE  
SUD AME-  
RICA

ACORDAMOS  
**CREDITOS**

A PAGAR EN  
**10 MESES**

**A.CABEZAS**  
SARMIENTO ESQ. SAN MARTIN (BUENOS AIRES)



**Guinness**  
de Invierno

# EL BANCO ESPAÑOL DEL RIO DE LA PLATA

equiparado por decreto del Gobierno de España a la banca nacional española, y nombrado por el Gobierno de Italia Corresponsal en Buenos Aires, del Tesoro Italiano, está en inmejorables condiciones, tanto por el número de Sucursales que posee en Europa y América, como por la extensa red de Corresponsales con que cuenta en todos los países del mundo, para atender a usted en cuantas operaciones de banca desee realizar.

CASA MATRIZ:

RECONQUISTA 200-BUENOS AIRES-REPUBLICA ARGENTINA

CON 14 AGENCIAS EN LA CAPITAL FEDERAL

SUCURSALES EN EL INTERIOR DE LA REPUBLICA

Avellaneda	Pehuajó
Azul	Pergamino
Bahía Blanca	Rafaela
Balcarce	Rosario
Córdoba	Salta
Intendente Alvear	San Juan
La Plata	San Nicolás
Lincoln	San Pedro
Mar del Plata	Santa Fe
Mendoza	Sgo. del Estero
Mercedes (B. A.)	Tres Arroyos
Nueve de Julio	Tucumán

SUCURSALES EN EL EXTRANJERO

Barcelona	París
Bilbao	Pontevedra
Coruña	San Sebastián
Génova	Sgo. de Compostela
Londres	Sevilla
Madrid	Valencia
Madrid (Agencia 1)	Vigo
Montevideo	

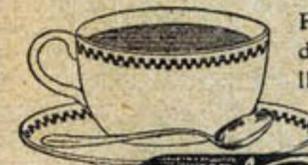


## ¡QUE RICO GUSTO!

dicen los chicos... y los mayores al tomar  
una taza de

### Chocolate Noel

Lo que deleita su paladar es la deliciosa combinación de cacao superior, azúcar sumamente refinado, y vainilla de la clase más pura y aromática, únicos componentes que figuran en la preparación de este producto tan sabroso, sano y nutritivo.

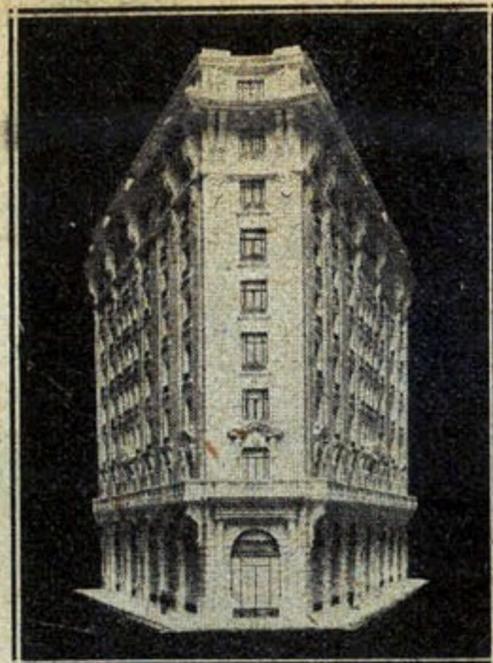


Pídaselo Vd. a su proveedor y fijese que la etiqueta lleve impresa esta palabra:



# Noël

La marca que tiene  
una fama de 80 años



Av. Pte. Roque Sáenz Peña y Rivadavia  
Nuevo edificio en construcción para la  
nueva casa matriz de la

## "SUD AMERICA"

COMPAÑIA NACIONAL DE SEGUROS

Seguros en vigor. . . . .	\$ 144,000,000	¢/1
Capital y reservas. . . . .	» 25,800,000	»
Ingresos anuales. . . . .	» 8,600,000	»

Las pólizas de seguros de la "Sud América" son las que más aceptación tienen entre el público, debido a las inmejorables garantías que ofrece y a los privilegios y ventajas extraordinarias incorporados a sus contratos de seguro.

Pída informes al representante local, o a la

**"Sud América"**

25 DE MAYO N.º 267

Buenos Aires

## BANCO HIPOTECARIO NACIONAL

25 de Mayo 245 y 263 Paseo Leandro N. Alem 232, 246 y 260

BUENOS AIRES

Sucursales en toda la República

### :: MUY IMPORTANTE PARA LOS GRANDES :: Y PEQUEÑOS CAPITALES

He aquí algunas de las múltiples razones porque conviene adquirir CEDULAS HIPOTECARIAS ARGENTINAS:

Porque aseguran un interés mínimo del 6 % ANUAL.

Porque están sólidamente garantizadas:

- 1º — Por las propiedades gravadas en primera hipoteca a favor del Banco.
- 2º — Por las reservas del Banco (155.274.629,42 pesos).
- 3º — Por la Nación (Art. 6º de la Ley Orgánica).

Porque el Banco se encarga de la compra venta de las cédulas, cobrando solamente la ínfima comisión de  $\frac{1}{8}$  % que se abona al corredor y además las recibe en custodia responsabilizándose de todo riesgo, sin cargo alguno.

Porque el Banco se encarga de administrar la renta de las cédulas que tiene en custodia, de acuerdo a las instrucciones que recibe del interesado; ya sea adquiriendo nuevos títulos; girando el importe a cualquier punto de la República o del extranjero; depositándolo en algún Banco o entregándolo a la persona que se indique, sin cobrar ninguna comisión.

Porque en cualquier momento se puede hacer efectivo el valor de las cédulas, y con la rapidez que se cobra un cheque, recibir en el acto casi el valor íntegro de la venta, desde una cédula de \$ 25 hasta cualquier cantidad y la operación queda definitivamente terminada en pocas horas.

Con agua o con  
soda helada

BUEN APERITIVO

**HESPERIDINA** DESDE 1864  
RICO LICOR

SINTEISIS

CAFÉS, CHOCOLATES  
**AGUILA**  
Y PRODUCTOS  
SAINT HERMANOS  
BUENOS AIRES MONTEVIDEO  
SOCIEDAD ANONIMA

**CAFÉS TORRADOS "ÁGUILA"**  
Café "ÁGUILA" Superior

**CHOCOLATES "ÁGUILA"**  
CHOCOLATINES  
"ÁGUILA"

**BOMBONES "NEC PLUS ULTRA"**

Bombones TOFI Fabricas en BUENOS AIRES y MONTEVIDEO	Bombones OPHIR	Bombón COLIBRI 250 SUCURSALES SUDAMERICANAS
--	-------------------	---

FABRICA PRINCIPAL Y ADMINISTRACIÓN GENERAL:  
CALLE HERRERA 855, BUENOS AIRES

# SINTEISIS

ARTES CIENCIAS Y LETRAS



AÑO I

Nº. 2

BUENOS AIRES, JULIO DE 1927



DIRECTOR:

**XAVIER BOVEDA**

SECRETARIO GENERAL:

**HECTOR G. RAMOS MEJIA**

CONSEJO DIRECTIVO:

**Coriolano Alberini \*\*\*\*\* J. Rey Pastor \*\*\*\*\* Emilio Ravignani**

**Carlos Ibarguren \*\*\*\*\* Martín S. Noel \*\*\*\*\* Arturo Capdevila**

**Jorge Luis Borges**

ORNAMENTADOR:

**RODOLFO FRANCO**

Redacción: Rodríguez Peña 95, 1º izq. — U. T. 38, Mayo 3138

Concesionarios exclusivos para la venta y suscripciones:

Agencia General de Librería y Publicaciones (S. A.)

RIVADAVIA, 1573  
BUENOS AIRES

25 DE MAYO, 577  
MONTEVIDEO

CORIOLOANO ALBERINI

LA FILOSOFIA Y LAS  
RELACIONES INTER-  
NACIONALES <sup>(1)</sup> :: ::



ODA filosofía implica una actitud axiológica, condición, a su vez, de la vida jurídica. De ahí que la axiología, ciencia de los valores humanos, pueda dar fundamento racional a las relaciones internacionales, desde que el derecho supone creencias éticas. Estas pueden considerarse desde dos puntos de vista: el empírico y el normativo. Existe una axiología cuyo objeto es el de explorar los valores tales como han sido y son, y otra que especula sobre los valores tales como debieran ser. La axiología empírica es una especie de historia natural de la idealidad humana, explícita o implícitamente revelada en la conducta; en cambio, la axiología normativa pugna por la instauración y efectividad de las formas filosóficas de lo ideal.

Sin embargo, semejante distinción, con ser importante, no es absoluta, pues a menudo la idealidad, aun la elaborada con espíritu racional, se construye con ele-

(1) Discurso pronunciado en el Congreso Internacional de Filosofía de Boston, reunido durante el mes de septiembre de 1926 en la Universidad de Harvard (Cambridge, Mass. Estados Unidos). Una de las grandes sesiones plenarias fué dedicada al tema: "La filosofía y las relaciones internacionales". Hablaron en esta sesión los siguientes miembros del Congreso: Bouglé, profesor de Sociología en la Sorbona y representante de Francia; Hartmann, profesor de Filosofía en Colonia y representante de Alemania; Alberini, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y representante de la Argentina; Roscoe Pound, Decano de la Facultad de Derecho de la universidad de Harvard y delegado de Estados Unidos, y el filósofo inglés Schiller, representante de Inglaterra. (N. de la D.)

mentos ofrecidos por la realidad histórica vivida, ya que no es posible describir los valores practicados por la humanidad pasada sin profesar implícitamente un criterio moral. El historiador necesita de un punto de vista para distinguir los fenómenos éticos de los que no lo son. Así se explica que el historiador de la axiología empírica sea de hecho un axiólogo, y lo es aun cuando eluda la tarea de justificar filosóficamente su criterio selectivo. Tal criterio no deja de ser ético aun cuando no se lo fundamente en forma explícita. Sin duda los hechos morales son ante todo hechos, tan reales como los del mundo inorgánico; pero, frente a ellos, a pesar del espíritu objetivo de la investigación, no es posible guardar absoluta neutralidad al modo del físico cuando estudia un fenómeno eléctrico. No olvidemos que si los fenómenos éticos evocados por el historiador son hechos, también son ideales para los pueblos en cuyo seno surgieron. En suma: la historia de los ideales implica el ideal de quien forje esa historia y la necesidad de considerar que esos ideales constituyeron el sistema axiológico practicado por una parte de la humanidad en determinado momento y lugar.

Además, el mismo historiador no puede escapar a la sugestión moral de su pueblo, puesto que la reflexión ética suele tener su punto de arranque en la moral vivida espontáneamente por la colectividad a que pertenece el filósofo indagador. Esto explica la transcendencia del factor nacional en el génesis del temperamento filosófico, máxime en lo tocante al aspecto axiológico de la filosofía.

Se ha sostenido que la filosofía, como la ciencia, no tiene patria o, mejor dicho, no debiera tenerla; pero, no es menos cierto que el filósofo, como hombre, concretamente considerado, la tiene, aun cuando se empeñara en

no tenerla, pues no cabe vivir fuera de la historia, la cual, a pesar de la unidad de lo humano, se manifiesta en forma heterogénea, esto es, de nacionalidades, y siempre cambiante dentro de una relativa unidad dinámica.

Aun tratándose de un gran creador de intuiciones éticas, el filósofo jamás consigue eludir por completo el influjo espiritual de su nación. El hombre de genio supera determinado nivel histórico, mas su actividad no sale de la historia. Podríamos ver en ésta un proceso colectivo esencialmente genial y considerar que el hombre de genio es la historia que se prolonga a sí misma. Entonces, el problema axiológico estaría en saber dentro de qué sentido debe hacerse el esfuerzo histórico cuando resulta posible la creación histórica intencional; y decimos posible porque en el proceso histórico existe una parte que, no obstante ser automática, no deja de ser creadora. Pero aun admitiendo que el progreso humano tiene, como lo tiene sin duda, un aspecto sometido a la voluntad genial, no es menos evidente que la historia futura se constituye con elementos de la historia pasada. Prueba de ello es que el reformismo, aun en sus formas violentas, no destruye sino lo realmente caduco, y lo nuevo se complica fecundamente con lo pretérito en lo que éste posee de vital, y siempre lo posee. Juzgadas las revoluciones por lo que en realidad son y no por lo que debieron ser, resultan maneras oportunas de sacudir el árbol histórico para obtener la caída de los frutos putrefactos y de las hojas secas. Pero el árbol continúa. Ello bien se revela en la actitud política que suelen tomar los grandes gobernantes revolucionarios, quienes, una vez en el poder, adquieren un sabio espíritu realista después de haber profesado desde el llano un

enérgico prurito negativo y utópico. De esto tienen clara conciencia los historiadores afectos al espíritu de continuidad que los lleva a rastrear menudamente los orígenes lejanos de un acontecimiento, el cual, no obstante su aparente discontinuidad, tiene raíces profundas en el mismo pasado vencido. Por eso los historiadores están siempre dispuestos a probar la naturalidad de los acontecimientos históricos, entre los cuales están las grandes formaciones axiológicas, o sea, las nuevas intuiciones del mundo y de la vida. He ahí porqué, en materia ética, la genialidad, más que en crear una intuición, consiste en lograr la conciencia aguda de su valor. La incubación inconsciente de la nueva actitud axiológica dentro de la colectividad suele ser previa al surgimiento del genio ético individual. Sin embargo, esta coalescencia de la espontánea creación colectiva y del genio individual clarividente, no excluye que la filosofía, a pesar del factor local, pueda cumplir con su misión de universalidad.

Admitida, pues, la existencia de una continua formación axiológica en la vida colectiva nacional, ¿cabe negar la posibilidad de resolver el problema de la conducta humana? En otros términos: ¿cómo pasar de la axiología empírica a la ideal? No consideraremos aquí el arduo problema de la libertad. Baste con afirmar la posibilidad de modificar en forma reflexiva el mundo humano. Existe en el hombre el poder de crear ideales y la aptitud para realizarlos en mayor o menor grado. El problema ético es tal, siempre que se admita la posibilidad de organizar reflexivamente la conducta humana, una de cuyas formas es la vida internacional. Se trata de relaciones entre grupos humanos llamados nacionalidades, que se hallan sometidos a criterios morales, quizás a veces discutibles para el

filósofo anheloso de realizar una axiología ideal, pero el hecho es que, aun cuando se las tenga por creencias morales imperfectas, son efectivas. La vida, cosa perentoria, no puede esperar que los filósofos se pongan de acuerdo definitivamente para sentar doctrinas éticas inconcusas. Cuando un filósofo se da a meditar sobre los fundamentos de la conducta internacional hace tiempo ya que ésta existe de algún modo, aun cuando su existencia finque en creencias prefilosóficas. No hay vida humana, individual o colectiva, sin ideales, buenos o malos, y ellos no pierden su eficiencia por el hecho de tener fundamentación precaria.

Al elaborar sus ideales, el filósofo no puede prescindir en absoluto de la experiencia moral vivida por las colectividades humanas, máxime de la nación a que él pertenece. Resulta justificada la negativa si se examina con espíritu psicológico la historia de la cultura. Veríamos que los filósofos, aun cuando pensaron movidos por fuerte espíritu objetivo, siempre fueron, de algún modo, víctimas de una realidad más fuerte que ellos. Si tales son los hechos, entonces cabría preguntarse en qué medida lo real entra en la elaboración de lo ideal. Existen sistemas éticos que, a fuerza de idealismo abstracto, dan en teorías impracticables. Es el caso del intelectualismo extremo, el cual, sin embargo, tiene sus méritos, entre otros, el de haber sido fiel a la índole de la filosofía, al espíritu de universalidad. Sólo que para lograrla cayó en la abstracción, quedando, por tanto, fuera de la historia. Y es evidente que una idealidad demasiado abstracta, es decir, no alimentada por las particularidades de lo real, olvida tener en cuenta la innegable fecundidad de la historia en lo concerniente a espontáneas creaciones axiológi-

cas. Reconocerlo suele ser obra de las filosofías de espíritu intuicionista, las cuales, por serlo, tienen el culto de lo concreto, contra el esquematismo frecuente de las metafísicas oriundas del platonismo extremo.

Claro está que el problema de la nacionalidad de la filosofía y el de la influencia de ésta en las relaciones internacionales es un caso del problema más general de las relaciones entre lo particular y lo universal. Inútil fuera encarecer la importancia del asunto, pues se trata de una de las cuestiones filosóficas más inquietantes. Implica nada menos que el problema de la esencia del conocimiento. Dada la magnitud del tema, compréndese que sería inoportuno tratarlo aquí. Baste con indicar la profunda relación que ciertos problemas de la vida práctica guardan con las más arduas cuestiones filosóficas, y como constituye elemento un tanto trágico en la vida del espíritu lo moroso del pensamiento filosófico, fundador de ideales legitimados por el intelecto, y lo apremiante de la acción, que sólo merecería llamarse humana en la medida de su posible fundamentación filosófica.

Sea lo que fuere, no hay posibilidad de conocimiento si no se admite la noción de lo universal. Todo está en determinar la manera de concebir esta universalidad.

¿Cómo conciliar la esencia universal del pensamiento filosófico con el carácter a menudo nacional de la filosofía, especialmente cuando se trata del aspecto axiológico, vale decir, ético y estético?

Hemos dicho que la filosofía implica una visión axiológica del mundo y de la vida. También habíamos afirmado que la humanidad existe concretamente en forma de naciones y que cada una de ellas tiene sentimientos axiológicos específicos. Más aun: toda nación tiende a creer que sus valores son los más verdaderos, o sea, que

estos valores son, precisamente, los más ideales, lo que comporta trocar el hecho en derecho, lo particular en universal. De ahí los valores del imperialismo en cualquiera de sus formas.

Contra la axiología nacionalista surge la del internacionalismo, el cual, merced a su índole abstracta, exige el advenimiento de una humanidad libre de valoraciones locales. Afirma que el hombre es, en esencia, siempre el mismo, o debe serlo, sean cuales fueran las circunstancias históricas o geográficas. Pero, evidentemente, la realidad puede más que las fórmulas del internacionalismo utópico. Entonces, es mejor reconocer que la actividad cultural de los pueblos suscita valores de hondo arraigo en la psiquis colectiva. Pero, tal reconocimiento no impide admitir la posibilidad de la forma universal para los valores de origen particular, sobre todo cuando se trata de creaciones espirituales propias de pueblos de manifiesta vocación civil. La experiencia histórica revela frecuentes procesos de espontánea expansión axiológica. Se trata de actitudes valorativas que, no obstante el extremo localismo de su génesis, llevan en su índole el germen de una posible universalidad. Son valores susceptibles de ser admitidos por toda la humanidad, dado que responden a oscuras necesidades latentes en el hombre, cualquiera que sea la colectividad progenitora del nuevo valor. Veamos algunos ejemplos. Las intuiciones éticas del misticismo indostánico podrían lograr, en mayor o menor grado, prestigio y arraigo en los pueblos de occidente, máxime cuando éstos se percaten del íntimo vacío propio de los excesos de civilización mecánica. Y viceversa, quizá el activismo de occidente bien pudiera contagiar la quietista alma indostánica. Esta profunda discrepancia de ambas

culturas de ningún modo implica recíproca impenetrabilidad axiológica.

Otro ejemplo. Se ha sostenido que el empirismo es filosofía esencialmente inglesa. Admitámoslo. Pero, en todo caso, ello no probaría sino que el temperamento británico propende, por tal o cual motivo, hacia cierto género de verdades. Sin embargo, eso no excluye que el empirismo pueda ser fruto de índole universal. Ante el empirismo entendido al modo inglés, podemos inferir, como en el caso de cualquier filosofía, que el campo de la atención filosófica es susceptible de mayor amplitud,—cosa bien probada por ulteriores progresos de la meditación filosófica. Pero la historia crítica de la filosofía sabe que el empirismo, a pesar de su unilateralidad, vale por su aspecto universal, y, entonces, sería absurdo invocar el origen local para negar la transcendencia objetiva del espíritu empírico. Es pésimo método histórico el que consiste en abusar de la psicogenia, colectiva o individual, de los sistemas filosóficos. Bueno sería convencerse de que el proceso psicológico de un juicio, con ser digno, y mucho, de indagación, nada prueba contra su valor lógico. El prurito, que tanto cunde, de hurgar la trastienda psico-fisiológica de las doctrinas no siempre ofrece elementos serios para organizar una refutación o una defensa de tal o cual teoría. Existen grandes escritores que han descollado en el arte de excogitar los bajos fondos de las doctrinas filosóficas. Interesantes, aunque por demás discutibles, son las agudezas de Sorel, cuando concibe el racionalismo griego como una ideología nacida de sugerencias propias de un ambiente natural abundante en claras formas geométricas. Este filósofo, siguiendo a su maestro Bergson, afirma que la lógica formal del racionalismo griego tiene

su raíz en la contemplación preferente de los cuerpos sólidos, sobre todo metales y piedras. No discutamos semejantes finezas psicológicas. Bástenos sostener, una vez más, que el problema de la psicogenia de una tesis no resuelve por sí solo el fundamento lógico de una concepción filosófica. No se refuta el cristianismo ni el racionalismo griego simplemente con alegar tal o cual secreto de antecámara psicológica.

Para poner en evidencia una vez más los abusos de este psicologismo, cuya chismografía, no lo negaremos, es a veces genial, permítasenos mencionar otros ejemplos menos complicados. Disponemos de no pocos psiquiatras literarios resueltos a probar que las visiones místicas de Santa Teresa florecieron en un subsuelo mental histérico. Otros han descubierto que en la ebriedad reside el secreto del genio de Verlaine. Pero es el caso de preguntarse si tienen alguna importancia tamaños discreteos nosológicos frente al valor de la mística de Santa Teresa o ante el mérito estético del lirismo verlainiano. Es por demás absurdo y también claro síntoma de ordinariéz intelectual el creer que basta con endilgarse en los bajos fondos de la psiquis para lograr una exhaustiva explicación de los frutos más selectos de la genialidad. No bastan, pues, las explicaciones psicogenéticas. Frívolo es convertirlas en criterio de verdad. Cuanto más, cabría conceder que la naturaleza humana a veces necesita del fermento particularista para lograr lo universal, y, en algún caso, hasta de las formas más impuras del particularismo. Pero no menos cierto es que el espíritu humano en tal caso tiene la virtud de transfigurar su propia escoria. Claro está que para ello es indispensable ser un genio.

Siendo, pues, la filosofía forma universal del pensa-

miento, ¿en qué sentido cabe calificar de nacional a la filosofía? Carácter nacional de una filosofía—si de veras es filosofía,—sólo significa que la meditación sobre los problemas de lo real y de lo ideal puede, en muchos casos, estar movida por determinados modos del sentimiento colectivo. En otros términos: la nacionalidad de una filosofía reside en los motivos psicológicos de la reflexión, pero el resultado de ésta sólo será filosófico en virtud de la objetividad lograda. Aun cuando el sentimiento metafísico suele guardar estrecha solidaridad con el axiológico, no cabe duda de que el carácter nacional de la filosofía se evidencia sobre todo en las intuiciones éticas y estéticas. Pero, no obstante ello, creemos que esa forma especial de particularismo no excluye la posible universalidad de los valores éticos, aun admitida la peculiar intuición axiológica propia de un pueblo.

Toda nacionalidad es una nueva manera social de vivir la vida humana. El espíritu nacional es el particular acento axiológico que en determinado tiempo y lugar aparece en la vida múltiple de la humanidad. Ahora bien; si la vida humana no existe sino en sus *modos*, y la humanidad, por tanto, sólo vive en sus formas nacionales, no es menos cierto que la vida tiende perennemente a trascender sus particulares encarnaciones nacionales, trascendencia que no implica admitir el prejuicio de una humanidad abstracta, esto es, fuera de sus concretas formas nacionales. Este concepto permite evitar que se sacrifique lo universal a lo particular, o viceversa. Si exaltamos exclusivamente lo universal, caemos en la vacuidad de una abstracción, pues olvidáramos el carácter efectivo de las creaciones axiológicas espontáneas de la evolución nacional; en cambio, si exageramos hasta el exclusivismo la importancia de la particularidad nacional, la filosofía de los valores huma-

nos se vuelve ininteligible, pues nos hallaríamos con un nominalismo que por ser absoluto resultaría amoral.

¿Qué misión puede tener la filosofía en materia de relaciones internacionales? Colocando el asunto dentro de lo posible, sólo cabe afirmar que la filosofía tiende a ofrecer elementos éticos y lógicos para la constitución de una axiología jurídica de espíritu universal, siempre, claro está, que esta universalidad se nutra no sólo de legítima especulación filosófica e idealismo concreto, sino también de las espontáneas creaciones axiológicas de los pueblos cultos, es decir, dignos de consideración en la medida en que no se oponen a los intereses cardinales del espíritu humano, múltiple en sus evoluciones y formas concretas, pero único en su esencia. De ahí la importancia de los estudios filosóficos en las escuelas jurídicas, donde suele primar un grueso empirismo legalista, cuando no las vacuidades de la utopía y otros frutos secos de un intelectualismo desprovisto de sentido histórico.

Y no menos digno de señalarse, precisamente porque se trata aquí de un Congreso Internacional de Filosofía, es el hecho de que los filósofos tienen el deber de no dejarse perturbar por las pasiones colectivas de un momento determinado, así sea el más dramático, pues la serenidad, natural en un filósofo, no implica el abandono de los deberes del ciudadano y del patriota. En nombre del espíritu de universalidad, propio de la filosofía, justo es decir que resulta por demás inadmisibles negar los valores universales de un pueblo circunstancialmente adversario. Sin un fuerte sentimiento de equidad, penetrado por la idea de lo universal, nada práctico y digno harán los pensadores cuando se propongan tener influencia en las relaciones internacionales.

No han faltado autores dispuestos a sostener que el régimen democrático es la mejor garantía contra el prurito imperialista. Tal es al menos el dictamen del eminente pensador <sup>(1)</sup> que acaba de precederme en el uso de la palabra ante esta asamblea reunida en una de las primeras universidades del mundo y la de mayor prestigio entre las pertenecientes a la más poderosa democracia contemporánea. De su tesis colige nuestro ilustre predecesor que los filósofos deben predicar el ideal democrático. Por nuestra parte, creemos que la democracia constituye efectivamente la forma más plausible de gobierno. La tan mentada crisis actual del principio democrático más está en la técnica de la forma representativa que en la esencia del régimen. Todo el problema reside en la necesidad de lograr un más refinado procedimiento de representación, pues la experiencia demuestra la caducidad de ciertos aspectos del parlamentarismo por ser formas por demás abstractas e indirectas de la expresión de la voluntad colectiva. Se diría que en virtud de lo complejo de la vida moderna se corre el riesgo de que el principio democrático perezca merced a la técnica representativa, tal como se la ha estilado hasta ahora. Pero de la deficiencia de ciertas formas históricas de la representación no cabe inferir una tesis pesimista y negadora de la esencia democrática, puesto que ésta vale más que sus circunstanciales modalidades técnicas, y mucho menos se justifica el renacimiento de regímenes políticos anacrónicos, aun cuando se presenten vinculados a nuevas formas de organización económica. Todo el problema constitucional estaría por consiguiente en reformar la democracia con espíritu democrático, tarea imposible sin el sentido de los valores huma-

(1) Bouglé.

nos fundamentales, que lo son en la medida de su universalidad.

Mas, todas estas consideraciones no nos impiden poner en duda la existencia de una vinculación necesaria entre el régimen democrático y el antiimperialismo, a menos que el pensador aludido no se refiera a la democracia tal como existe sino a la democracia tal como debiera existir. De ser así, confesamos que semejante actitud nos resulta un tanto académica, por no decir ingenua y una vez más reveladora de que los filósofos no logran ningún influjo cuando se erigen en apóstoles de ideales extramundanos. Si se trata de la democracia ideal, diremos que el remedio propuesto resulta inútil, pues ella supone hombres perfectos, y siendo tales, quedan eliminados los inconvenientes de la vida internacional. Si la democracia es como es, o un poco mejor, entonces nos bastará con recordar que existen pueblos imperialistas, no obstante tratarse de grandes democracias de tal o cual color. Por otra parte, también sabemos que la política imperialista alguna vez surgió de una imposición democrática. Puede el imperialismo ser credo oligárquico, pero no está probado que no pueda también serlo popular, máxime cuando se trata de una política imperialista cuyas consecuencias económicas elevan, o se cree que elevan, el nivel económico de todas las clases sociales de un pueblo democrático pujante en lo económico o en lo meramente ideológico. Puede existir un imperialismo místico de origen democrático, que no dejará de ser imperialista, a pesar de lo seráfico de sus promesas.

A nuestra manera de ver, es poco probable que el problema de la justicia internacional se pueda resolver sólo en virtud de una interna política democrática o de cualquier otro género.

¿Caeríamos por ende en el pesimismo respecto del papel de la educación filosófica como fuente de mejoramiento de las relaciones internacionales? En rigor, si nos colocamos dentro de la posibilidad, ni pesimismo ni optimismo, sino meliorismo. ¿En qué forma? Bien mirado, el filósofo sólo puede lograr algún influjo merced a una práctica educativa inspirada en la convicción de que los ideales éticos son de esencia universal, pero que se cumplen paulatinamente complicándose con las espontáneas y efectivas intuiciones axiológicas de los pueblos dignos de su misión humana. Por consiguiente, ni absoluto nominalismo nacionalista ni internacionalismo abstracto. El primero es automático y amoral; el segundo, consciente, pero esquemático y estéril. En cambio, podría ser fuerte factor de progreso espiritual lo que llamaríamos la interpenetración axiológica de las naciones. En realidad, de algún modo ella se va realizando merced a la inevitable expansión de la cultura.

La filosofía debe fomentar el convencimiento de que todo pueblo, así sea el más humilde, ha creado y crea valores susceptibles de contribuir al enriquecimiento espiritual de la humanidad, y, lo que es no menos evidente, todo pueblo, aun el más grande y en el mejor de sus momentos, jamás ofrece intuiciones axiológicas completas, pues sus valores, con ser relevantes, no logran agotar las intuiciones posibles ni reemplazar los creados por otros pueblos. Es actitud antifilosófica enervar el sentido de las formas inéditas del valor. Es síntoma de buena educación filosófica tener conciencia de lo limitado y quizás precario de los propios valores actuales. Así como el individuo necesita de la sociedad para elevarse a la esencia de sí mismo, vale decir, para provocar la

eclosión de su individualidad profunda, del propio modo un pueblo, por grande que fuere, necesita desenvolverse dentro de la atmósfera axiológica creada por otras comunidades nacionales. Un país ahonda su personalidad merced a los estímulos de un ambiente universalmente humano. De tal modo se explica que el imperialismo, máxime en sus formas rudas, implica una especie de auto-petrificación axiológica de la nacionalidad, perturbando así su propio espíritu de creación y el de los pueblos vulnerados. El imperialismo resulta entonces una manifestación teratológica de lo particular y, a menudo, un síntoma premonitorio de la decadencia, destino bien probado por la experiencia histórica. Desarrollar, pues, la conciencia de la relatividad de los propios valores frente a los valores posibles y a la parte de verdad de los valores ajenos equivale a instituir la equidad como esencia de la obra educativa de los filósofos. En cambio, si los pensadores se dan a preconizar un pretendido darwinismo social, cayendo por lo tanto en un nominalismo negador del espíritu de universalidad, entonces resulta superflua la intervención de la filosofía como elaboradora de ideales, pues todo se reduciría a probar que la historia es un proceso mecánico y arbitrario. Pero esto sería una manera de negar la educación y por consiguiente la eficacia de la enseñanza filosófica. Frente a la historia, concebida como un proceso automático, aun cuando se trate de un automatismo romántico, la filosofía sólo puede proceder al modo de los físicos ante la realidad inorgánica, vale decir, comprobar los hechos, y nada más, lo que equivale a instituir el carácter absoluto del determinismo extendido al mundo de los valores. Se colegiría de allí la imposibilidad de todo ideal humano, puesto que el hombre es tal, sólo si se lo concibe como individuo biológico capaz de auto-

conciencia eficiente. El valor de la educación supone la modificabilidad, grande o pequeña, de lo real.

Postulada la plasticidad relativa del mundo histórico, cabe esperar no poco de la filosofía concebida como disciplina determinadora de ideales concretos y capaz de organizar los medios que contribuyen a realizarlos; todo ello, claro está, sin perder la conciencia de los aspectos necesarios de la realidad natural o histórica.

Cultivar, pues, el sentido de la eficiencia humana y el de su dirección posible, he ahí, entre otros, el papel de la educación filosófica. Pero para ello se necesitan filósofos de viva conciencia histórica, de lo contrario no pasarán de ser ascetas, esto es, idealistas en la medida en que serán estériles.

El filósofo debe introducirse intelectualmente en la historia, no para negarla con ensueños vacuos, sino para contribuir a que ella no pierda su sentido ideal nutrido de realidad. Por tanto, ni deificación del hecho, ni platonismo retórico. Si esto se olvida, entonces veremos que, a la postre, tanto el nacionalismo, pasivo o imperialista, como el internacionalismo abstracto comprometen precisamente lo que pretenden defender.

En síntesis, nacionalismo e internacionalismo constituyen un caso especial del problema de las relaciones entre lo particular y lo universal en el dominio de la teoría de los valores, el que, a su vez, es un caso del problema más general de las relaciones entre lo particular y lo universal en la teoría del conocimiento y en la metafísica.

Resulta evidente, pues, que la filosofía, aun en sus aspectos más especulativos, logra, directa o indirectamente, consecuencias prácticas, o sea fuerte enterezo con las luchas de la vida corriente, de donde se infiere que el pensamiento filosófico nunca es inofensivo, por lo menos

en sus manifestaciones axiológicas. Razón de más, pues, para librarlo del prurito dogmático del espíritu gruesamente militante, y bueno es no olvidar que la acción supone las creencias del caso, pero éstas implican valores cristalizados, diremos así. Los valores, con ser creaciones del espíritu, no agotan la fecundidad axiológica del espíritu, el cual, por ser la fuente suprema de los valores, es el valor máximo. Sin duda, el espíritu humano vive en sus valores, pero él, por ser espíritu, vale más que sus valores. Así como los valores están en el espíritu, éste, a su vez, repito, no existe fuera de lo que él crea, pero la creación axiológica más ingente no supera la fuerza creadora, siempre activa, aun cuando trabaje con vaga conciencia de sí misma. Por eso profesar el sentimiento ruda-mente dogmático de un valor constituye una manera de hacer que el espíritu corra el riesgo de agotarse en sus propias creaciones, las cuales pueden ser relativas no obstante su eminencia.

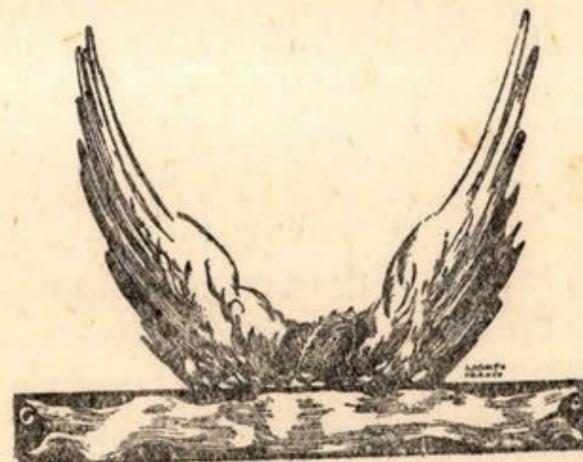
La convicción filosófica se dogmatiza al trocarse en creencia militante, tal como el agua que al dejar la fuente se enturbia cuando toca la tierra y contribuye a la germinación. No vaya a ser que convirtamos el barro seco en sentido final de la fuente. Puede ella tener valor práctico, y es justo que lo tenga, pero, no obstante los derechos de la tierra, conviene no perder el sentido de la pureza e inagotabilidad del manantial, siquiera sea no sólo en virtud de lo que vale en sí mismo, sino también porque en él está la condición primera de ulteriores utilidades. En otros términos: la petrificación utilitaria o académica de los productos del espíritu puede destruir la fecundidad del espíritu, y éste lo es mientras conserva su esencia creadora. Sin duda, el espíritu de creación se apoya sobre sus propias creaciones y en la realidad que las suscita, pero una cosa

es el contacto con éstos considerados como materia para nuevas acuñaciones axiológicas, y otra, muy otra, convertir los productos, y aun los subproductos, de la actividad espiritual en esencia del espíritu.

El espíritu humano sólo existe en forma de humanidad concreta. No hay espíritu humano fuera de la historia. La humanidad, cosa universal, sólo existe en forma de nacionalidades, cosa particular, pero si aquélla vive en sus formas concretas llamadas naciones, no es menos cierto que éstas sólo logran fecundar su índole merced a la conciencia del espíritu de universalidad que en ellas alienta. Se diría que el espíritu humano toma forma de nacionalidad para mejor cumplir su esencia universal, y la experiencia histórica prueba que no podría cumplirla de otro modo. Poco importa que tal o cual proceso se realice sin que, a veces, los pueblos tengan clara conciencia de ello. Revelar el hecho y darle forma consciente y doctrinaria en nombre de una filosofía de los valores humanos, he ahí el papel de los filósofos cuando se dedican a elaborar los conceptos fundamentales del derecho internacional, que no es derecho sino en la medida de su aporte a la unidad ética de la humanidad.

Penoso es decirlo, pero lo cierto es que los filósofos no siempre han reconocido tales principios, en verdad muy filosóficos. Bastaría con mentar la literatura filosófica de la última gran guerra, abundante en documentos donde se prueba hasta qué punto no pocos filósofos perdieron el sentido de su misión, pues es notorio que se dedicaron a la manufactura de libros rebosantes de pasión momentánea y se mantuvieron ciegos ante los valores de pueblos ocasionalmente adversarios. Verdad es—y sea dicho para honor de algunos pensadores—que más tarde declararon no sentirse orgullosos de haberlos escrito. Tamaña confe-

sión ulterior implicaba reconocer que habían pecado contra el espíritu de universalidad, cosa esencial para la existencia de la filosofía. Lástima grande que tan lúcidas y ecuanimes palinodias surjan demasiado tarde. Recelaríamos del espíritu filosófico si se esfumara precisamente cuando más se lo necesita.



Dr. JOSÉ LUIS CARRERA <sup>(1)</sup> MODERNAS IDEAS  
ACERCA DE SIFILIS



LOS descubrimientos en materia de sífilis se han seguido con una rapidez tal en la última década, que hemos de revisar todas las ideas que se tenían en los primeros años del empleo del salvarsán. Estamos aún en un período constructivo de la patología general de la sífilis, que se sospecha más complicada de lo que creían nuestros predecesores en la especialidad, debiéndose a los pacientes trabajos realizados en sífilis experimental la mayor parte de las revelaciones que nos hacen abandonar creencias que estaban arraigadas. Vamos a tratar de exponer, en forma sintética y lo más clara posible, la idea que debe tenerse acerca de la patología general de la lúes, y las consecuencias prácticas que se derivan de este moderno concepto, respecto a problemas tan importantes como son el diagnóstico, pronóstico y tratamiento de la sífilis.

LAS ETAPAS CLÁSICAS DE LA SÍFILIS

Como muy bien dice Jeanselme, la sífilis es una treponemiasis de brotes sucesivos. Una vez inoculado el espiroquete se realiza esta septicemia, cuyo desarrollo entendían los clásicos en la forma que sigue:

(1) Jefe del servicio de piel y venerosifilíticas del Hospital Salaberry.

Después de un período de incubación primaria que dura 25 días, aparece el chancro (sífilis primaria), el cual no mediando tratamiento dura de cuatro a seis semanas, por término medio; posteriormente a la aparición del chancro transcurre un período llamado de incubación secundaria y que dura seis semanas, precediendo a la aparición de los fenómenos de sífilis secundaria, al mostrarse los cuales, al decir de los clásicos, se realizaba la generalización de la enfermedad. Las lesiones del período secundario pueden desaparecer, para volver a retornar más tarde, cuando no media un tratamiento: esta reaparición se llama recidiva; las localizaciones de los parásitos en las lesiones secundarias determinan la formación de focos en aquellos lugares en los que permanece latente el espiroquete, aun después de curada la lesión. Al período secundario sigue otro de latencia y que es de variable duración, casi nunca menor de dos años, tras el cual aparecen los fenómenos terciarios, que pueden recidivar durante toda la vida del enfermo.

A las tres etapas clásicas que Ricord describió y de las que acabamos de ocuparnos someramente, añadió Fournier un cuarto período, que llamó de la parasífilis, y que Gougerot denomina, con mayor propiedad, de la sífilis cuaternaria: las lesiones de este período no llegarían a tener curación mediante el tratamiento.

En estos conceptos que preceden, habremos de introducir algunas modificaciones como consecuencia de los modernos estudios.

Se denomina *período de primera incubación* el transcurrido entre la fecha de la primera inoculación y la de aparición del chancro; la duración de este período es de 25 días, como término medio; el acortamiento de este plazo pudiera deberse a la existencia de espiroquetas virulentas,

o a la mayor cantidad de espiroquetas inoculadas: suposición esta última que encuentra su explicación en hechos probados de inoculación animal experimental. Habiéndose podido abreviar el período de incubación en la sífilis experimental, mediante inoculaciones sucesivas a varios animales receptibles, se creyó que el período de inoculación era preciso para determinar la adaptación; o, según otros, durante este período el treponema segrega sustancias que sensibilizan el terreno. Alguien, erróneamente, ha supuesto que el espiroquete tendría que recorrer, para reproducirse, cierto ciclo, como ocurre con el parásito del paludismo; el estudio de frotis y cortes de chancros, examinados al microscopio, nos ha mostrado que el treponema, salvo variaciones no esenciales, es siempre análogo a sí mismo. En el punto de inoculación el treponema se adaptaría a la célula viva y especialmente a los endotelios (Levy Bing), en los que se multiplicaría; esta era la creencia clásica acerca del período de incubación, que investigaciones ulteriores nos hacen modificar. Para los que admiten que la generalización se realiza en el período secundario, el chancro es un accidente y el período de incubación real terminaría en el momento en que aparece la positividad de la reacción de Wassermann, la que, según los partidarios de esta teoría, significa el momento de la generalización de la sífilis. Para los que siguen el parecer de Golay, el período de incubación primaria terminaría diez días antes de la aparición de la roseola, ya que la generalización de la inmunidad se realizaría en aquella época y no en el momento de hacerse la R.W. positiva.

MODIFICACIÓN DE LAS IDEAS CLÁSICAS DE ACUERDO  
A LAS MODERNAS INVESTIGACIONES

Para nosotros, y a la luz de los modernos estudios acerca de sífilis experimental, la generalización de la infección se verifica, o se puede verificar en muchos casos, dentro de las primeras horas de la inoculación, estando probada esta hipótesis por los estudios de sífilis experimental y por algunos estudios anatómopatológicos efectuados en algunos casos de lúes humana, como en el de Schilling, por ejemplo; todo lo demás que sigue a la inoculación son conflictos entre el organismo y el treponema, incluso la aparición de la R.W. positiva.

De los espiroquetes que penetran al organismo, al inocularse, una parte es destruída por las defensas orgánicas; otros permanecen en el sitio de la inoculación en estado latente, pudiendo persistir eternamente en este estado, después de la aparente curación del chancro, o determinar reviviscencias al cabo de algún tiempo, las que constituyen recidivas de los períodos secundario y terciario (Artz probó la existencia de estos espiroquetes en la cicatriz del chancro).

Otra parte de los espiroquetes del material inoculado se reproduce en las vías linfáticas, cuyo curso siguen, etapa por etapa, hasta desembocar en la corriente sanguínea: la generalización del espiroquete por vía linfática queda probada con el simple examen de la adenopatía satélite (a la que, según los trabajos de Kolle y Evers, llega el espiroquete a los 30 minutos de inoculación); la preferencia del espiroquete por los ganglios linfáticos ha sido aprovechada por algún autor para recobrar en ellos el parásito durante los estadios de sífilis latente (Neisser).

Así, llegaría el treponema por esta vía hasta la gran vena linfática y desde allí al torrente circulatorio. Pero no hay duda de que existe una vía de propagación que los autores han descuidado, y a la que aun hoy dan poca importancia, y es la vía sanguínea. Desde el mismo instante de la inoculación (Brown y Pearce) pasa el espiroquete al torrente circulatorio y este paso se sigue, desde aquel momento, durante todos los períodos ulteriores: de incubación, primario y secundario. Neisser, Mulzer y Uhlenhut probaron que el espiroquete puede existir en la sangre de los sífilíticos en los más diversos períodos de la enfermedad, desde las 48 horas que siguen a la inoculación (Brown) hasta la parasífilis. Pinkus, de Berlín, al confirmar estos hechos, consideró que el chancro no era sino una primera manifestación de la alergia (1). Todas estas investigaciones prueban la inconsistencia del llamado tratamiento abortivo de la sífilis; se entiende por tal el que se realiza en los primeros días de la infección, antes de la aparición de la R.W. positiva. Hay autores que opinan que practicando un enérgico tratamiento en este período, la sífilis no se generalizará (basados en el erróneo concepto de que la sífilis, al principio, es una enfermedad local). Hace años ya, Neisser dió a conocer sus experimentos demostrando que la extirpación del punto inoculado dentro de las primeras 8 horas, no siempre hace fracasar la inoculación. Otras muchas razones experimentales se pueden aducir en apoyo de nuestro modo de ver, pero sería muy largo el relato; por otra parte, los hechos clínicos nos dan la razón: la existencia de ictericias, meningitis y albuminurias que coinciden con el chancro, precediendo al período secundario, son otros tantos argumentos.

(1) Alergia se denomina a una modalidad de reacción del organismo, que se aparta de la normal.

No estamos de acuerdo con Golay, de Ginebra, cuando le concede poca importancia a estos espiroquetes que siguen la vía sanguínea: para nosotros esta vía es la más importante en lo que se refiere al futuro del sífilítico; estos espiroquetes, alojándose en las vísceras, determinarían la mayor parte de las enfermedades sífilíticas viscerales tardías, por llegar a las vísceras antes de hacerse la generalización de la inmunidad, cuyo mecanismo más tarde repasaremos.

Creemos que la vía sanguínea es la que el espiroquete seguiría, en no pocos casos de sífilis desconocida latente (lúes conyugal, por ejemplo, aortitis en que no hay antecedentes de chancro, ni roseola, etc.); en estos casos de lúes, en gran parte, no existen adenopatías, como en los que han tenido la evolución clásica de la sífilis. Experimentos de Chesney han demostrado que estas presunciones eran fundadas en clínica. *La sífilis no debe ser divisible en períodos*, dice Clifford Allbutt. Creemos, por nuestra parte, que a los efectos del tratamiento, debemos considerar la sífilis como una enfermedad que se generalizará desde el principio del mal. Ahora bien, la septicemia brutal se determina al desembocar los espiroquetes que van por la vía linfática, en el torrente circulatorio: aquí daría comienzo el período secundario.

#### LOS DIVERSOS PERÍODOS DE LA SÍFILIS

Nuestro criterio acerca del período primario no coincide con el de Baresprung y Zeizler, quienes son de la opinión de que el chancro constituye la prueba de la generalización de la sífilis. Nosotros compartimos el criterio de Audry, el razonador profesor de Tolosa (Francia): el chancro

clínico va siempre precedido del chancro microscópico, no teniendo razón de ser la palabra incubación, que encierra prejuicios que hay que desterrar. Todos los momentos del período primario, igual el que precede que el que sigue a la aparición de la R.W., van unidos por la *anergia*. Se entiende por *anergia* la falta de reacción del organismo a una inoculación. El período primario, según Audry, es rico en manifestaciones mórbidas que se presentan no sólo en la sangre sino también en el líquido céfaloraquídeo (Frühwald, Steiner, Mulzer); esta última circunstancia hace que gente de la talla de Fordyce, Wile y Stokes crean que es en el período primario en el que queda marcado el futuro del sífilítico, y que si en este período el sistema nervioso se mantiene indemne, permanecerá en esta condición durante el resto de la vida del sífilítico; el enfermo que presentara estas alteraciones y no curara mediante el primer tratamiento que se le haga, sería candidato a la parasífilis. Evidentemente, desde el primer momento el espiroquete tiene apetencia por los órganos derivados de la capa externa del embrión, del ectodermo: glia, epéndimo y piel, y en ello reside el peligro para el sistema nervioso.

La alergia condiciona la aparición del chancro: el período secundario marca el momento en que la infección es más intensa; después de una remisión que sigue al período secundario, los espiroquetes permanecen en estado latente, alojándose en los órganos hemopoiéticos, ganglios linfáticos, sistema nervioso, piel y mucosas; a medida que la sífilis envejece, estos territorios se restringen, caracterizándose la lúes terciaria por la escasez de focos de reviviscencia; algunos autores, como Golay, creen que en el sistema linfático es donde se incuban las recidivas; sobre esta tesis no existen sino presunciones; los trabajos de

Warthin, de Mierzecki, y aun, en una más modesta esfera, los nuestros, han probado que el espiroquete, durante los períodos de latencia, se alberga también en el páncreas, en las glándulas suprarrenales y en el sistema vascular.

#### LA INMUNIDAD EN LA SÍFILIS

El tema de la inmunidad, en sífilis, es fundamental: durante largos años fué un axioma la frase de Ricord: "La sífilis no se dobla". Se ha interpretado esta particularidad, en el sentido de que la sífilis, *después de curado el enfermo*, dejaba una inmunidad análoga a la que es de regla en la mayor parte de las enfermedades infecciosas. La anatomía patológica ha probado que esto ocurría porque *el sífilítico no estaba curado*, aunque clínicamente aparentase estarlo: las experiencias de Neisser, Mulzer y Eberson confirman el aserto. En sífilis son equivalentes los conceptos de inmunidad e infección actual; además, la inmunidad no es absoluta, sino solamente relativa, y en esto consiste la anergia; esta puede perderse, y entonces el virus exógeno, o el endógeno (que está latente), se hace virulento; la anergia, por tanto, es función de infección y no significa inmunidad. La patología de la sífilis queda reducida a dos fenómenos, que son la latencia o anergia, de un lado, y del otro la alergia y sus manifestaciones; esta última es más intensa en las sífilis viejas, coincidiendo este hecho con el mayor número de reacciones de Wassermann negativas. La inmunidad se alcanza en el período terciario, en su grado máximo, debido a los anticuerpos que en los primeros períodos de la sífilis se producen en las lesiones cutáneas; pero antes de formarse la inmunidad general, existe una local: quiere decirse, que la anergia comienza a manifestarse en los sitios que están

más próximos a los puntos de inoculación; al cabo de unos días, ni aun los que están más alejados son reinoculables. La anergia tiene variaciones, no es constante, pues creándose lentamente, va decayendo y atenuándose con el tiempo. En los períodos de latencia ha probado Eberson la existencia de anticuerpos en el suero de la sangre, que inmovilizan al espiroquete. La infección sífilítica se caracteriza, simplemente, por la alternativa de los períodos de inmunidad y sensibilización. En el primario predomina la sensibilización; en el secundario, la inmunidad durante las fases latentes, y la sensibilización al aparecer accidentes. En el período terciario disminuyen tanto la sensibilización como la inmunidad, y cuando ambas desaparecen puede ocurrir una nueva infección, ante un virus exógeno (superinfección), y la aparición de accidentes ante el propio virus, que sale de su período de latencia. El estudio de la sífilis en los animales de experimentación ha probado que durante algún tiempo, siguiendo a la primera inoculación, puede tener éxito una segunda realizada en un punto próximo a la primera, y que un poco más tarde aquéllo no es posible, pero si la nueva inoculación se realiza algo alejada de la primera, el resultado puede ser positivo; y por fin, que ulteriormente no hay posibilidad de obtener una reinoculación. La experiencia demuestra, además, que cuando la fecha de la segunda reinoculación es muy aproximada a la de la primera, el período de incubación es aproximadamente de la misma duración que el de la primera inoculación, y la lesión es típica de chancro sífilítico, pero cuando las fechas están separadas se acorta el período de incubación de la segunda inoculación y la lesión es atípica, teniendo menor tamaño que la lesión inicial; parece como si la primera inoculación sensibilizara el terreno, acortando el período de incubación, y que

la defensa orgánica sería mayor, por lo que la lesión de la segunda inoculación sería más pequeña. Además, la experimentación animal prueba que la inmunidad se extiende de modo centrífugo a partir del sitio de la inoculación (según Golay, a lo largo de los linfáticos). Si la reacción de Wassermann lo fuera de inmunidad, el hecho de que antes de aparecer su positividad en el suero de la sangre lo haga en la serosidad del chancro, indicaría que los anticuerpos que la determinan serían locales al principio (May y Klauder); pero la R.W. es reacción de infección, y lo único que prueba es que el organismo está infectado (Gerbay).

#### CONCEPTO SOBRE REINFECCIÓN Y SUPERINFECCIÓN

Los hechos de superinfección, en los diferentes períodos, se explican por la alergia: la lesión que resulta corresponde al período en que se encuentra el enfermo, y a la modalidad de su sífilis. Pudiera desaparecer totalmente la anergia, y en este caso la superinfección y las etapas que siguen son indiferenciables del chancro de primera inoculación y de la sintomatología de una primera infección: esto es lo que algunos llaman, erróneamente, reinfecciones; estos últimos casos son raros, pues la inmunidad del organismo sífilítico es mayor para el virus exógeno que para el propio, lo que se ha probado experimentalmente al intentar la nueva inoculación. El período en que el tratamiento del sífilítico se empieza, influye en la desaparición del fenómeno de anergia total: cuanto más temprano e intensamente sea tratado un sífilítico y cuanto más antigua sea la sífilis, tantas mayores probabilidades hay de que la inmunidad desaparezca. Esta inmunidad la determinan, en primer lugar, las lesiones cutáneomucosas de los pri-

meros momentos de la sífilis: la piel es un órgano que se defiende admirablemente formando anticuerpos, que no sólo le bastan para la propia defensa, sino que le sirven al organismo para proteger las vísceras, cuyas defensas serían más pobres; por eso es grande el peligro de los tratamientos de los primeros tiempos, cuando se interrumpen prematuramente, y el de los tratamientos insuficientes que impiden la aparición de los accidentes secundarios, en los que se crean las defensas de que más arriba hablamos, y que irían a atacar a los espiroquetas que se han refugiado en las vísceras; estos últimos, faltando las defensas de la piel, se desarrollan a su sabor en los órganos internos, cuando aun la inmunidad general no se ha formado, pudiendo ocurrir que en estas circunstancias se hagan más resistentes a los tratamientos, según ha probado Stuhemer: cuando las lesiones que determinen aquellos espiroquetas se hagan aparentes, en no pocas ocasiones el remedio llega tarde, pues la enfermedad toma el tipo de una tabes, una aortitis, etc. Esta explicación nos aclara por qué los tratamientos insuficientes con 914 han aumentado los casos de sífilis nerviosa, y cómo desde la introducción del tratamiento temprano, y con 914, en los dispensarios del Norte de Africa, están apareciendo casos de sífilis nerviosa y visceral que eran desconocidos cuando se empleaban tratamientos mercuriales y cuando los indígenas, con clara intuición, no empezaban a tratar la sífilis hasta que pasaba el período secundario, ya que ellos creían que un tratamiento prematuro malograría las defensas naturales. Las observaciones recogidas por Bernard, comparando con estadísticas el desarrollo de la sífilis que se empieza a tratar durante el período secundario con las que se empiezan a tratar en el primario, dan la razón, en la práctica, a aquellos indígenas, y Bernard se pregunta

si nuestro método de tratamiento temprano no será perjudicial para el futuro del sifilítico.

Las recidivas en el período terciario de la sífilis se deben a *pousées* del espiroquete que determinan nuevas septicemias. El espiroquete procede de los antiguos focos en los que, no obstante una aparente curación, continúa viviendo en estado latente (Pasini, Sandman).

#### LATENCIA DE LA SÍFILIS

La latencia, según Kyrle, consistiría, simplemente, en una inmunidad relativa. Sin desaparecer el espiroquete del organismo, la lúes se hace clínicamente latente, y la reacción Wassermann negativa; en el suero sanguíneo de personas con sífilis latente, ha encontrado Ebersson sustancias esporequíticas, no pudiendo ser inoculados conejos cuando se les inyectan espiroquetes unidos al suero de estos enfermos, lo cual prueba una verdadera inmunidad de la sangre en este período. Los trabajos de los anatómopatólogos han descubierto que, en este estado latente de la sífilis, el espiroquete se alberga en los órganos internos; las recidivas de sífilis en los sitios en que existió anteriormente una lesión, o en sus alrededores, prueban la existencia del espiroquete en estado latente, en los lugares en que existen cicatrices de antiguas lesiones que, sin embargo, aparentan estar curadas. Estos espiroquetes son los que al revivir localmente, o pasar a la sangre, originan las recidivas de los distintos períodos. Martelli ha distinguido lo que denomina infección sifilítica y enfermedad sifilítica, siendo la primera la latencia y la segunda el momento en que la sífilis presenta manifestaciones actuales. Algunos autores italianos, como Martinotti, diferencian el estado de *latencia* en que los signos faltan

pero la reacción Wassermann es positiva, de los de *tregua* en que no hay contagiosidad, y la reacción Wassermann es negativa; no se nos alcanza la razón de esta diferenciación, pues lo que ellos llaman sífilis latente lo es activa, porque existe un síntoma, el serológico; el período de tregua sería el que en realidad se debe de considerar como de latencia. Estos diferentes períodos se pueden alternar, haciéndolo a veces de un modo brusco.

Que en los períodos de latencia el espiroquete se alberga en los órganos internos, ha sido probado de modo experimental por Unna, Majocchi y Arning, quienes lograron inocular animales con órganos de sifilíticos en estado latente, y con tejido obtenido de cicatrices de lesiones antiguas, incluso chancros. Cuando la latencia es antigua la superinfección es posible.

Se ha supuesto, por alguien, que el espiroquete perdería su forma durante los períodos de latencia, pero esto no se ha podido comprobar. El espiroquete, según la opinión general, conserva su forma propia durante los períodos de latencia, pasando a ser un *comensal del hombre* (Warthin). El problema de la sífilis latente encierra en sí la posibilidad de que estos enfermos constituyan en algún caso verdaderos *portadores de espiroquetes*, y por tanto sean peligrosos para la comunidad.

El estudio de las recidivas de la sífilis es del mayor interés. A medida que la sífilis es más antigua, las manifestaciones de las recidivas son menos en número, pero los elementos son más infiltrados, debido a que la alergia es mayor. El número de recidivas disminuye al envejecer la sífilis. Las recidivas en el período terciario se deben, en gran parte, a la acción local del espiroquete, que ha permanecido latente en los sitios en que anteriormente han existido lesiones. Este dato lo prueba, en la piel, la

evolución excéntrica de la lesión, y el tipo geométrico de la misma, correspondiendo a que los espiroquetes sensibilizan el terreno que existe en sus proximidades; en cambio, el hecho de que haya habido una lesión anterior inmuniza el sitio en que aquélla tuvo lugar, y por tanto aparecerán las manifestaciones en la periferia de la lesión que precedió, dejando libre su cicatriz. Este tipo de lesión, que en sífilis es frecuente, se llama *circinada*. Algunos autores como Sezary atribuyen las características de las sífilis nerviosas a que el tejido nervioso carece de inmunidad.

#### RECOPILACIÓN

Resumiendo: en el organismo existe una inmunidad local, que depende de que en el punto en que reside haya aparecido precedentemente una lesión sifilítica. Esta inmunidad, como regla general, es bastante fija; y existe, además, una inmunidad general que depende, con fluctuaciones, de las septicemias que parten de los espiroquetes que existen en los focos de sífilis en el organismo (incluso de los focos latentes). Hay sujeto sifilítico que nunca tiene ninguna lesión de lúes, aun cuando haya hecho poco tratamiento; hay otros que, a pesar de un tratamiento intenso, tienen recidivas con frecuencia. *Cada sifilítico tiene su sífilis*, sin que en ningún caso podamos prever el futuro, deduciéndole de la historia de la enfermedad en los tiempos anteriores.

#### PATOGENIA DE LA SÍFILIS DESCONOCIDA

De los estudios de la sífilis a la luz de los nuevos descubrimientos, se deduce la posibilidad de la existencia de una sífilis en la que falte el chancro, o el período secundario, o ambos. Esta sífilis no es admitida por la mayor parte de los autores, reacios a ponerse al nivel de los tiempos. Estas gentes alegan que si el chancro y el período secundario no existen, ha sido por falta de observación; pero es tal la proporción de casos en que los primeros signos de lúes han pasado desapercibidos (más de un 20 por ciento entre los hombres que tenemos en tratamiento, y 50 por ciento entre las mujeres, en una estadística nuestra de 2000 enfermos), que es preciso pensar que aquel razonamiento de las gentes reacias a innovaciones es absurdo. En las mujeres embarazadas se admite, por casi todos los autores, que puede existir una lúes sin chancro, sífilis que al decir de ciertos autores adopta una marcha *benigna* (?): Galliot, Queyrat y Sabouraud opinan así. Es evidente que el número de mujeres casadas con sujetos sifilíticos que tienen R.W. positiva, y sin ninguna historia personal de la enfermedad, ni sintomatología clínica aparente, es grande. Estas mujeres pueden tener hijos heredosifilíticos, abortos, etc., lo que constituye la demostración de que albergan el espiroquete. Chevalier atribuye esta forma de infección a la escasa cantidad de espiroquetes que se inoculan.

Brown y Pearce nos han dado experimentalmente la prueba de que el mecanismo patogénico de esta sífilis, que el gran Fournier llamara *decapitée*, puede hacerse saltando por los primeros períodos de la sífilis; aquellos sabios probaron, en el terreno de la experimentación animal, la posibilidad de transmitirse la sífilis por absorción del

virus en una mucosa, y sin aparecer el chancro. Brown y Pearce han probado que en la infección de los conejos con el tripanosoma se puede provocar la infección de modo directo, sin chancro, mediante la fricción con el material virulento en la mucosa genital o su inyección endovenosa. En medicina experimental, las infecciones con tripanosomas y espiroquetas son semejantes, y por ello se hacen extensivas a una las conclusiones obtenidas con la experimentación sobre la otra. Pero aun hay más: Kolle y Evers han probado que gran número de inoculaciones practicadas en conejos con el espiroquete, y que parecían no tener resultado porque el chancro no aparecía, lo tenían: aquellos conejos en que la inoculación parecía fracasar, y que constituían el 10 por ciento de los inoculados, eran sifilíticos, como lo probaba su R.W. + + +, y el resultado de la inoculación de sus órganos a otros animales receptibles. Por nuestra parte, ya hace años, anteriormente a la publicación de estos trabajos alemanes, insistimos en la necesidad de admitir que había una sífilis en que se saltaban las etapas primeras, siendo sus primeras manifestaciones viscerales, y a veces graves; decíamos entonces que creíamos que la sífilis estaba cambiando su cuadro clínico en el curso de los tiempos, como lo han hecho otras enfermedades infecciosas; que el período primario y el secundario de la sífilis eran cada vez más raros, y en cambio más frecuentes las sífilis viscerales; y añadíamos que, una de dos, o la extensión de la sífilis visceral que pasaba desapercibida para nuestros predecesores en la profesión era enorme, o la sífilis ha cambiado su modo de ser, acaso por haber adquirido la piel una inmunidad lenta. Nos sentimos inclinados al último parecer, al considerar que la sífilis visceral estudiada en pueblos exóticos, como el árabe, por europeos que

conocen perfectamente el modo de despistar la sífilis de los órganos internos, es enfermedad relativamente rara, sobre todo si se compara a la enorme cantidad de sífilis cutánea en dichos países, en los que presenta toda la gama de períodos y lesiones que Fournier describiera, algunos de los cuales vemos hoy, entre nosotros, tan raramente. Sea como resultado del régimen de vida; sea por efecto, en parte, de los modernos medicamentos, o debido a cualquier otra circunstancia, creemos que aumenta día a día el número de casos de sífilis visceral *d'emblée* (perdónese el galicismo) y creemos imprudente cantar victoria acerca de una posible erradicación mundial de la sífilis, basados en la disminución de lesiones primarias y secundarias, mientras no se pruebe que la sífilis no ha cambiado de modo de ser. Sólo la experiencia de muchos años más ha de aclarar el punto.

Supone Weis, erróneamente, que la sífilis es más leve que antiguamente, fundándose en que se ven raramente las lesiones destructivas cutáneas, que se veían antes con frecuencia; para nosotros, por el contrario, la sífilis ha adquirido un carácter más grave. Observamos que las manifestaciones nerviosas y vasculares de la sífilis aparecen después del chancro en un plazo más corto de lo que antes lo hacían; la no existencia actualmente de aquellas lesiones destructivas, y a veces ni siquiera de un chancro, dejan al enfermo ignorante de su mal, y en cambio la enfermedad se desarrolla a su placer en las vísceras. Es ya conocido el hecho de que, como regla general, entre la piel y los órganos internos se establece una especie de balanza: cuanto más intensas sean las lesiones cutáneas menos lo serán las viscerales tardías. Weis, al aventurar su parecer, no ha reflexionado que no solamente en la piel se refleja el desarrollo de la sífilis, y que el mismo

hecho de que la piel no manifieste lesiones extensas es perjudicial para el futuro del sífilítico, pues ya vimos al tratar del proceso de la inmunidad general, que ésta depende en su mayor parte de la piel y de la extensión de las lesiones que en ella se presenten. Opinamos, contrariamente al autor que rebatimos, que si existe una regla general, habrá de formularse como sigue: *Las sífilis tardías viscerales graves, provienen de los casos en que las manifestaciones cutáneas fueron insignificantes.* El profesor Audry, con un espíritu libre de prejuicios, concede el mayor interés a la vía sanguínea como explicación del mecanismo de estas formas de sífilis, y su discípulo Bernadet, en una tesis de Tolosa, recoge la opinión del maestro, documentándola con hechos clínicos. Estos autores aseveran que en más de la mitad de los casos de sífilis adquirida, faltó el chancro en su aurora: estamos en todo de acuerdo con tan distinguidos investigadores.

#### EL CONTAGIO EN LA LUES

Otro punto interesante en la renovación del cuadro de la patología general de la sífilis es el del contagio. Se creyó hasta hace poco, por los autores, que la sífilis, durante la latencia y cuando la R.W. es negativa, no era contagiosa, y que no todas las secreciones del sífilítico lo eran; asimismo se supuso, y aun algunos así lo creen hoy, que los productos de una lesión terciaria no son contagiosos. Estas hipótesis no son exactas. La sífilis puede ser contagiosa en cualquiera de sus períodos; aun en los casos de sífilis latente se pueden obtener inoculaciones positivas con el suero de los enfermos, y con sus ganglios linfáticos (Evers, Kolle). Este problema está relacionado con el de los portadores de gérmenes del cual habló Warthin en

1918 con verdadera intuición. Artz, Kerl, Evers y Kolle han obtenido inoculaciones positivas con órganos y restos de cicatrices de lesiones antiguas, incluso chancros de enfermos con sífilis latente. En la sífilis terciaria se ha probado la inoculabilidad de los productos de secreción del goma con resultado positivo, así como la del suero sanguíneo del enfermo (Uhlenhut).

Por otra parte, Finger y Lansteiner han probado la inoculabilidad del esperma del sífilítico, con resultado positivo, aun en ausencia de lesiones testiculares apreciables; el hecho de ser contagioso el esperma de sífilíticos con sífilis latente, nos debe hacer cautelosos en la apreciación de la época en que un sífilítico puede casarse, no pudiendo dar, en ningún caso, seguridades de ningún género.

#### VALOR DE LA R. W. COMO CRITERIO DE CURACIÓN

Los resultados que arroje la R.W. no se pueden tener en cuenta como contralor de la curación de un sífilítico. Durante muchos años se supuso que un sífilítico que presentaba 2, 8 ó x reacciones de Wassermann negativas en el transcurso de 2, 4 ó x años, podría darse de alta como curado, máxime si aquel tratamiento había sido comenzado durante el período primario, antes de que la R.W. se hiciera positiva. Este optimismo no lo compartimos hoy un gran número de especialistas. La R.W. ya hemos dicho que es una reacción de infección, y no de inmunidad: como reacción de infección no tiene valor sino cuando es positiva; pero la infección, ya es hecho bien conocido, puede persistir, y estar en período activo, aun siendo la R.W.—. La reacción no pasa de ser un signo más de sífilis, cuya causa reside en las alteraciones que en los coloides del organismo, (especialmente la globulina) deter-

mina la infección. Lo probable es que lo que reacción señala sea la presencia de productos de desintegración del organismo determinados por el espiroquete en los focos de infección. La posibilidad de poder producirse una reacción de Wassermann positiva, localmente, en la serosidad del chancro, y precediendo a la aparición de la R.W. positiva de la sangre, da a nuestro aserto visos de exactitud. La R.W. marca los distintos períodos de reviviscencia del espiroquete: negativa durante la primera incubación, y los 15 primeros días que preceden a la aparición del chancro, alcanza su máximo hacia el día 31º, descendiendo su curva una vez aparecidas las lesiones secundarias, pero mostrando oscilaciones que a veces se producen bruscamente de uno a otro día. Golay cree que para los efectos del tratamiento es más importante el comenzar cuanto antes que el fijarse en el resultado de la R.W. Durante el período primario, una R.W. positiva, dice, no debe alterar el pronóstico del resultado del tratamiento abortivo (que él admite); en cambio, el pronóstico empeorará cuanto más se retrase la ejecución del tratamiento. Estamos conformes con el culto colega de Ginebra en cuanto se refiere a que no coincide la generalización brutal (que él considera como primera generalización, erróneamente) con la aparición de la R.W. positiva, pero discrepamos con él en cuanto al momento en que se efectúa la generalización de la enfermedad. Ya hemos tocado este punto y no insistiremos. Una prueba de que la R.W. no es reacción de inmunidad se encuentra en que, debiendo ser más intensa cuando la inmunidad es mayor, o sea en el período de latencia, ocurre lo contrario. Como resumen, podemos sentar este postulado: *Una R.W. positiva (si está bien practicada) significa sífilis; pero una R.W. negativa, ni varias reacciones de Wassermann negativas,*

*obtenidas en serie, deben de interpretarse como ausencia de sífilis.*

Esto no quiere quitar valor a la R.W., que es una magnífica ayuda para el sífiliógrafo, debiendo ser realizada periódicamente en todos los enfermos de sífilis; lo que queremos es insistir en que no está autorizado *cualquiera* para interpretar los resultados de la reacción.

#### REINFECCIÓN COMO CRITERIO DE CURACIÓN

Del estudio de la inmunidad se desprende el importantísimo problema de la reinfección. El antiguo Ricord decía: "La sífilis no se dobla". Hoy la tendencia general es a admitir aquella posibilidad, perfectamente demostrada en lo referente a la sífilis hereditaria: hace años dió a conocer Tarnowsky, con el nombre de sífilis binaria, casos de sífilis hereditaria que presentaban el cuadro completo de una nueva infección adquirida.

La interpretación que ha tenido la aparición de una lesión con aspecto de chancro, en un sujeto que manifiestamente ha padecido una sífilis anterior, es de lo más variada. Hay quien considera que si la primer sífilis se ha curado radicalmente, se puede adquirir una segunda sífilis, por haberse perdido la inmunidad; estos autores, reacios al progreso, se fundan en el axioma que Ricord estableciera de modo empírico; pertenecen al grupo de ellos los que preconizan los tratamientos mal llamados abortivos. Para otros autores el nuevo chancro que aparece, tiene solamente el valor de una pseudoreinfección, ya que la lesión procedería, dicen, del espiroquete endógeno. El grupo más progresista de especialistas, que se apoya en la experimentación, sin prejuicios, sostiene la opinión de que es posible que en el mismo individuo se suceda una

segunda infección, sin estar curada la primera, constituyéndose, verdaderamente, la superinfección. En la discusión que se hizo alrededor del tema en el tercer congreso de dermatólogos de lengua francesa, Bernard, de Bruselas, fué el único que presentó conclusiones en forma lógica. Este maestro belga admite la superinfección y la reinfección de los enfermos curados; pero los límites entre una y otra serían tan confusos que propuso utilizar, para todos estos casos, el nombre de *infectio secunda sifilitica*, debido a Mendes de Costa.

Brown y Pearce, experimentadores americanos de reconocida seriedad, probaron de modo concluyente en animales de experimentación que, consecutivamente a un tratamiento subcurativo, los espiroquetas desaparecen de la piel, pero no de los órganos internos, y que animales en estas circunstancias pueden ser reinoculables, teniendo la segunda inoculación los mismos signos que la precedente. Buscke, Kolle y Frei han comprobado la exactitud de estas investigaciones. Capelli ha probado, de modo experimental, en el hombre, la posibilidad de una reinfección.

Neisser realizó cierto número de experiencias para ver si la sífilis era curable. Partió del supuesto de que cuando un animal inoculado se ha curado, el material que se extrae de sus órganos internos no infecta a un animal receptivo al serle inoculado, y sí lo infecta cuando no está curado. Como muy bien dice Tomassi en su tesis, los datos de Neisser son negativos y, por tanto, carecen del valor que les atribuye su autor. La pérdida local de la inmunidad en los sifilíticos ha sido probada posteriormente por Buscke y Krow; y la posibilidad de que órganos de animales infectados y muy tratados, cuando sean inoculados a otros sanos den resultados negativos, no obstante

residir el espiroquete en los órganos internos de los primeros, fué dada a conocer recientemente por Chesney. En el ya mencionado congreso francés de dermatología, el japonés Takashi, de Mukden, probó la posibilidad de la reinfección del sifilítico exponiendo la conclusión que se deduce de su experimentación, a saber: el período de incubación de la segunda infección estaría acortado. Diversos autores, tales como Ducrey, Finger, Landsteiner, Oro y aun nosotros mismos, hemos dado a conocer casos de nuevas infecciones en individuos que tenían lesiones evidentes de una sífilis anterior no curada. Es hecho probado, en clínica, que a medida que la sífilis envejece el estado refractario es menor, llegando casos en que una nueva infección es posible. Como dice muy bien Jacobi, nuestras ideas acerca de la curabilidad de la sífilis son empíricas: jamás podemos asegurar, en un caso preciso, que el enfermo esté curado, pues no existe ninguna prueba clínica, ni serológica, ni biológica que asegure que el espiroquete desapareció del organismo. La reinfección no es prueba de curación, y la inoculación a un animal receptivo de material obtenido de gentes supuestas curadas, tampoco lo es, según hemos visto en las líneas precedentes.

La posibilidad de una reinfección, o mejor dicho, de una superinfección, se puede explicar en la siguiente forma: cuando se inocula por vez primera el espiroquete, la reacción defensiva que resulta es normal, pero a partir de esta primera inoculación el organismo empieza a reaccionar contra el propio espiroquete de una manera anormal, y en esto consiste la alergia, la cual puede también presentarse contra un germen heterólogo (siendo el período de incubación más corto en sucesivas inoculaciones, y la lesión que se produce atípica). Al cabo de unas semanas desaparece toda reacción: a este estado se le denomina

anergia, pero en la lúes antigua, latente, la piel deja de ser inmune, reapareciendo la posibilidad de nuevas re inoculaciones positivas: a esto le llama Neisser *Ummstimmung* y Tomassi *disergia*. A medida que la sífilis envejece, la disergia disminuye en ciertos sitios del tegumento y en algunos de ellos desaparece. Si en estas últimas se realizan nuevas inoculaciones, la respuesta será *Euérgica*, normal; en otras zonas sería *Alérgica*, determinándose lesiones de tipo terciario: la forma *Euérgica* consistiría en la aparición de un nuevo chancro. Esta pérdida de la inmunidad es proporcional al tiempo transcurrido desde la anterior infección y a la intensidad del tratamiento. La inmunidad en sífilis, contrariamente a lo que ocurre con otras enfermedades infecciosas, implica la persistencia de la infección, sin que la desaparición de aquella inmunidad implique curación. En el momento actual debemos estar conformes con el parecer de Carle y el de Metschersky: el viejo argumento de "esto no es sífilis porque ya la tuve", no basta; la existencia de un nuevo chancro no significa la curación de la sífilis anterior.

#### EL LLAMADO TRATAMIENTO ABORTIVO DE LA SÍFILIS

A continuación, y como consecuencia de las líneas que preceden, debemos ocuparnos del mal llamado tratamiento abortivo de la sífilis. Denomínase así el que se realiza intensamente durante los primeros días después de la aparición del chancro. Sabemos que el espiroquete puede generalizarse en el organismo desde los primeros momentos de la infección sifilítica, antes de la aparición del chancro. El peligro de los tratamientos abortivos residiría en que desaparecieran las manifestaciones cutáneas de la sífilis, persistiendo algunos de los espiroquetes viscerales,

que se harán arsenoresistentes y que más tarde determinarán manifestaciones posiblemente incurables. Esta es, verosímilmente, la causa de la mayor frecuencia de la sífilis visceral después del empleo de los arsenobenzoles. La anarquía que reina acerca del cuánto de medicación que constituye un tratamiento abortivo, nos demuestra la falacia del procedimiento. Es probable que en no pocos casos de los que se dicen curados con los métodos abortivos, lo único que se haya conseguido sea suprimir la alergia, pasando el organismo a un período de latencia, en el que ninguno de los medios de diagnóstico tiene valor. Creemos, con Schmidt, que después de una cura supuesta abortiva precisan pasar 20 ó 30 años para que se sepa si hubo realmente tal curación. Nosotros iríamos más lejos aún, pues opinamos que solamente el examen postmortem del sujeto sifilítico podría aclarar la duda. Basándose en la falta de formación de anticuerpos en las sífilis que se empiezan a tratar tempranamente, el maestro Fordyce decía que durante los primeros períodos de la sífilis no deben hacerse descansos en los tratamientos.

#### ¿CURABILIDAD DE LA SÍFILIS?

Lesser opina que los medicamentos no tienen otro efecto que ayudar a las defensas naturales, pues es el organismo el que se defiende. Aquel autor exagera hasta el punto de decir que existen sífilis que se curan sin tratamiento; este autor apoya su aserto en los estudios *postmortem*, demostrando un craso desconocimiento de la interpretación que deben tener las lesiones de sífilis que se ven en la autopsia. Milian, en Francia, sin mayores pruebas, defiende esta teoría de la *Selbsheilung*.

El problema de la curación de la lúes, según vemos,

carece de la simplicidad que algunos quieren darle. Los trabajos anatómopatológicos de Warthin y Martelli han probado la existencia del espiroquete en cadáveres de sujetos que en vida habían sido dados de alta como curados radicalmente; por otra parte, Brown y Pearce, en Norte América, y separadamente de ellos Buscke en Alemania, han probado que si se tratan conejos infectados con dosis subcurativas de 914, el espiroquete desaparece de la piel, pero persiste en los órganos internos.

Los últimos trabajos acerca de la sífilis experimental nos han dado a conocer que a las pocas horas de la inoculación el virus reside en las vísceras, pudiendo recobrase en los órganos internos a los ocho días de la inoculación.

El profesor Tomassi sintetizó en 1925 esta cuestión en los siguientes párrafos: "El diagnóstico de curación de la sífilis, individualmente considerado, es un diagnóstico de probabilidad, aun cuando las estadísticas prueben que se cura un buen número de casos; pero refiriéndonos a un caso concreto, nunca se puede asegurar su curación". En otras palabras expresada, esta es la tesis que sostuvo Piccardi en la reunión de dermatólogos italianos hace dos años. Debiendo entender la curación como la entiende Civatte, como la desaparición total del espiroquete del organismo, no es posible conocer esta curación durante la vida del enfermo, con los medios de diagnóstico de que disponemos. Posiblemente, los que se creen curados, en más de un caso son portadores de gérmenes. Se cuentan ya por cientos el número de enfermos aparentemente curados y dados de alta que han tenido recidivas, años después de la aplicación de un tratamiento abortivo. Todos los sifilígrafos, y no citamos nombres por no hacer larga la relación, han ampliado la extensión de los tratamientos que aplicaban como abortivos.

Bernard, con todo fundamento, dice que en la hora actual es imposible considerar como curado a ningún sifilítico.

Creemos que el tratamiento perpetuo constituye la única seguridad del sifilítico. Este es asimismo el parecer de Pinkus, de Berlín.

Audry dice que un sifilítico está curado cuando pasa a latencia total y definitiva; quisiéramos saber cómo conoce el ilustre profesor que la latencia es definitiva: carece de medios para ello.

La medicina experimental ha tratado de resolver el problema: Chesney y Kemp, de la Universidad de John Hopkins (Baltimore), han realizado inoculaciones de conejos, aplicando después intensos tratamientos con 914; estos conejos quedarían inmunes a nuevas inoculaciones, y el material que se obtuviera de sus ganglios linfáticos sería incapaz de producir una infección al ser inoculado a otros conejos; los autores de esta experiencia creían demostrar así dos cosas: 1º Que los conejos estaban curados, puesto que sus ganglios no eran infectivos; 2º Que en la sífilis hay inmunidad adquirida. Pero Brown y Pearce han demostrado que cuando un conejo no es infectable, es porque encierra el espiroquete en sus órganos. Kolle, en inoculaciones experimentales que realizó, demostró que conejos infectados con el virus Truffi son re infectables solamente durante los primeros sesenta días que siguen a la inoculación, pero nunca después de los 90 días. Hasta el 45º día podría obtener la curación del conejo con tres inyecciones de 914. Estas experiencias de Kolle fueron realizadas hace siete años, habiendo tan distinguido sabio cambiado de opinión en la actualidad, pues en trabajos publicados en curso del año anterior confiesa que existe dificultad para conocer mediante este método si es o no

abortivo el tratamiento. Como este proceder era utilizado como reactivo para conocer el poder curativo de los diferentes lotes de 914, ha sido preciso que las casas en que se fabrica el producto cambien de procedimiento, ya que la reinfección no implica la prueba de curación radical. Chesney y Kemp utilizan para probar la curación de la sífilis, el método de Nichols y Walker. Parten estos autores de constancia con que el material obtenido de conejos infectados con sífilis experimental y no curados, es inoculable, con resultado positivo, a animales receptivos.

Chesney y Kemp realizaron experiencias en la siguiente forma: Inocularon intratesticularmente un lote de conejos, tratándolos intensamente con 914; a los 7 días de realizada la inoculación, estos conejos así tratados, pueden ser reinoculables con resultado positivo, pudiendo comenzar la nueva infección *con chancro o sin él*, conociendo, en este último caso, que el conejo se ha infectado nuevamente por hacerse la R. W. positiva y pudiendo, en estos casos, en que no hay chancro, recobrar el espiroquete en el punto inoculado. Algunos de los animales tratados al séptimo día de ser inoculados, quedan refractarios a la inoculación. Si el tratamiento se comienza después de 6 semanas de la inoculación, puede ocurrir que la reinfección aparezca alguna vez, pero nunca es segura, siendo necesario que se emplee una raza de espiroquetas homóloga del espiroquete con que se realizó la primera infección: el estado refractario sería relativo; si se comprueban las conclusiones de los trabajos de Chesney, tendrían la importancia de explicarnos la posibilidad de que en algún caso la aparición de la R. W. en un sujeto que tenía una sífilis latente hacía algún tiempo, se deba a una superinfección, que no dejó rastros: esto confirmaría nuestras suposiciones de que existe una sífilis en la que faltan los

primeros períodos clásicos. Si después de transcurrir 12 semanas del comienzo de la inoculación, el conejo es tratado intensamente, no es reinoculable ulteriormente.

Para explicar estos hechos, supuso Kolle que todo era consecuencia de la época en que el tratamiento se comenzaba, y abogó por la eficacia de los tratamientos abortivos; pero Chesney y Kemp, aprovechándose de la propiedad del empleo del método reactivo que dieran a conocer Nichols y Walkers, consistente en la inoculación con ganglios de animales sífilíticos tratados, a otros receptibles, probaron que los conejos que se habían empezado a tratar a las 6 semanas de la inoculación, tenían ganglios estériles, pero que, asimismo, los tenían los que se trataron después de la 12ª semana. Ahora bien, mientras los primeros son reinoculables, hemos visto que no lo eran los segundos: esto se interpretó en el sentido de que existiría una inmunidad adquirida después de curada la infección; ulteriormente, el mismo Chesney duda que el reactivo que utiliza sea infalible. Buscke cree que los tratamientos tempranos, sin curar la infección, destruirían la inmunidad. La cuestión se complica con la posibilidad de que, análogamente a lo que Chesney demostró en los conejos, una segunda sífilis arraigue sin dejar rastros de su primer punto de entrada. Koppelman admite esta posibilidad en clínica humana. La experiencia de Chesney y Kemp, de inyectar como testigo de curación los ganglios de animales infectados, y supuestos curados, a otros receptibles, ha sido utilizada por los mismos autores en clínica humana, inyectando material extraído de ganglios de sífilíticos, que se suponen curados, a conejos: los tres casos que presentan parecen alentar en la prosecución del método, que sería, caso de resultar satisfactorio, el único viable y seguro (?) para saber si una sífilis está o

no curada; los autores se basan en las experiencias de Engmann, quien pudo infectar conejos con material de ganglios de sífilíticos que estaban, hacía mucho tiempo, en estado latente, para probar que cuando es negativa la prueba, el sujeto estaba curado.

Para completar este estudio, se exigiría seguir los casos que se examinen en la forma precedente, por un tiempo largo, multiplicando las observaciones, y estudiando microscópicamente los órganos de los sujetos en la autopsia. Worms (Deutsche Med. Woch. 1926, página 785) demostró, sin embargo, la inseguridad del método. Por nuestro lado diremos que tanto las necropsias de Mierzecki, como en las de Warthin, cuyas preparaciones hemos examinado personalmente, en número de varios cientos, los ganglios linfáticos de los sífilíticos aparecen con frecuencia indemnes, mientras que otras vísceras tienen lesiones importantes en sujetos con lúes aparentemente curada: la posibilidad de que esto ocurra la reconocen los autores del método.

*No queremos asegurar que la sífilis sea incurable, pero sí podemos afirmar que hasta ahora no existe un solo procedimiento por el que se pueda saber cuándo está curada.* El tratamiento será, en todos los casos, crónico e intensivo. Serán precisos muchos años antes de conocer, en realidad, los resultados de los modernos tratamientos, y, en la duda, no podemos abandonar al sífilítico, y creemos con Tauber, que es preferible pecar por exceso que por defecto de tratamiento. La garantía del sífilítico, dice Lydston, reside en la eterna vigilancia y el eterno tratamiento: así volvemos a los aforismos de Fournier: "a enfermedad crónica, tratamiento crónico".

#### MÉTODOS DE CURACIÓN DE LA SÍFILIS BASADOS EN LOS FENÓMENOS DE INMUNIDAD

Los métodos de curación basados en la inmunidad, no han tenido resultado hasta el presente: Auzias Turenne pensaba, hacia el año 1850, que se podía transformar a los individuos en refractarios a la sífilis, mediante la *sifilización*: se basaba en trabajos de experimentación animal. Turenne decía que estas inoculaciones eran, respecto de la sífilis, como la vacuna respecto de la viruela; lo que Turenne hacía era provocar una verdadera sífilis en sus enfermos, y los fenómenos que él estudió pertenecían, en parte, a lo que se sabe hoy, de las inoculaciones sucesivas, hecho que, por otra parte, ya Ricord daba a conocer en sus cartas; esto es, que Turenne infectaba a sus enfermos, en vez de protegerlos, y una vez infectados, por él mismo intencionalmente, de buena fe, o después de la infección adquirida por el enfermo, los superinfectaba con nuevas inoculaciones: las experiencias que Turenne decía haber realizado en animales, son dudosas, porque presentaba como infectables algunos que no lo son. El suero de Query ha sido considerado por todos los sifilógrafos como un procedimiento de charlatanismo médico, como asimismo el de Jáuregui y Lancellotti: las afirmaciones de estos últimos autores no han sido confirmadas por ninguno de los experimentadores que han repetido sus experiencias, y del lado clínico el suero de llama no ha dado resultado alguno en manos de ninguno de los que le han usado, fuera de sus descubridores; entre los autores que podemos citar, de los que han estudiado el asunto, están Mulzer (Klinische Woch. 1926, N° 4, año V), Bosellini, Uhlenhut y Hoffmann, y entre nosotros, Bachmann y Chabroux.

Los ensayos de vacunación experimental de Metchnikoff y Roux no han dado resultado; sin embargo, el hecho de la atenuación del virus en un caso observado en el Instituto Pasteur de París, en que una raza que había tenido varios pasajes por animales, no fué virulenta para un mozo de laboratorio, accidentalmente inoculado, nos hará tener esperanzas en que algo se encontrará siguiendo esta vía.

#### CONSIDERACIONES FINALES

A modo de epílogo, y para neutralizar las desconsoladoras noticias que en las líneas anteriores se encierran, habremos de hacer notar que, si bien con los tratamientos actuales es posible que la sífilis nunca cure, estamos autorizados a pregonar que, utilizando los métodos intensivos desde los primeros períodos, y no abandonando ulteriormente al enfermo a su suerte, y gracias a la campaña que hemos realizado los que el público y muchos colegas (poco al tanto de estas cosas), creen exageradores de la extensión de la sífilis, ésta, en lo que respecta a sus primeros períodos, va en manifiesto decrecimiento; ha de apreciar el público el desinterés de un grupo de médicos, los especialistas en sífilis, quienes, por el bien de la salud pública, van contra sus propios intereses profesionales, ya que el día que la sífilis quede eradicada, disminuirán enormemente los ingresos de los especialistas. La mayor educación sanitaria del público, gracias a los escritos y propaganda de los especialistas, la desaparición de los prejuicios, la mayor cultura médica sobre el asunto, las investigaciones importantísimas en el campo de la sífilis y el empleo de los tratamientos intensivos arsenobenzólicos, nos lo debe la humanidad a los que practicamos en la especialidad de

sífilis. El Prof. Jadasshon, de Breslau, acaba de realizar una *enquete* entre 51 especialistas, que pertenecen a 19 países, respecto al decrecimiento de la sífilis: en 14 países la respuesta fué decisiva, pues el decrecimiento es manifiesto; en Italia, entre 7 médicos consultados, 6 creen que decreció; en Francia, en el período de 1919 a 1923, el decrecimiento alcanzó al 50 por ciento. En los países escandinavos llega a cuatro quintos, siendo de la mitad en Inglaterra y Suiza, de tres cuartas partes en Holanda, y de un tercio en Italia. En España parece existir un estacionamiento. En la capital federal de la República Argentina tenemos la impresión de que ha decrecido, mas no así en el interior de la República.

Ahora bien, debemos de dejar transcurrir unos años, antes de llegar a una conclusión definitiva: en líneas anteriores hemos expuesto el temor de que la sífilis esté cambiando su modo de ser (como ha ocurrido con otras enfermedades), habiendo adquirido la piel cierta inmunidad, desapareciendo los períodos primeros de la sífilis clásica, y siendo su primera manifestación de tipo visceral: esto sería gravísimo si ocurriera, pues la sífilis cutánea es la que da la voz de alarma de la existencia de la infección, y al no presentarse sus fenómenos, cuando hagan aparición las manifestaciones viscerales, es más que probable que en muchos casos no sea posible el contener su desarrollo: el tiempo ha de decir lo que haya de cierto acerca de este gravísimo problema.

ARTURO CAPDEVILA      CANCIONES

CANCIÓN DE LOS SUEÑOS

*Y dije en el camino:  
¡Oh, tantos, tantos sueños!  
Así como una enredadera,  
floreciendo,  
así como una enredadera,  
los sueños.  
Así como un rosal,  
todo fuego,  
así como un rosal  
los sueños.  
Así como una madreelva  
que se deshoja al viento,  
así como esa madreelva,  
los sueños . . .  
Y después, nada . . . ¿Nada?  
¡Oh, cierto,  
como nubes al fondo de la tarde  
en el poniente, ardiendo,  
como trémulas nubes de un instante,  
los sueños!  
Y un día en un celaje  
de invierno,  
como nubes de invierno ya deshechas  
en lágrimas, los sueños.*

## CANCIÓN DEL DESTINO CRUEL

*¿Por qué la Vida así nos dice: — Toma,  
lanza estas piedras contra aquel rosal;  
hiere el huerto y los pájaros del huerto;  
haz un inmenso, irreparable mal? . . .*

*Y le decimos: — El rosal es cosa  
la más querida, el huerto lo es también.  
¡Cada hoja y cada pájaro del huerto!  
Yo sólo quiero defenderlos bien.*

*¿Por qué la Vida así nos arma de hondas,  
de viles hondas y de plomo vil,  
y destruimos lo que más queremos,  
y no es por una vez ni bastan mil!*

*¡Oh, cruel destino, miserable cosa,  
armarse con las armas que nos das! . . .  
Quítame el corazón, ponme una piedra,  
¡oh, vida! y pasa, y ya no vuelvas más. . .*



PRIMITIVO R. SANJURJO

A TODA LA  
NUEVA ESTÉTICA

ABIENDO perdido los espacios azules, nos hemos refugiado en las cristalizaciones geométricas de nuestro propio abismo, cada día surcado por trayectorias desconocidas. Acaso el incansable Maestro, impresor de nuestra alma, nos corta diamantinamente rasgándonos con la más sádica perfección nuestra transparencia sensible para acoplarnos en la envoltura espiritual otra visión más amplia y de una desconocida dimensión. Magdalénicamente echamos por un nuevo sendero y las fauces del monstruo, atormentado por el abandono naciente, miran hacia atrás, como si en un esfuerzo supremo quisieran devorar lo que no pudieron absorber antes con su aliento. Habiendo, pues, perdido los espacios azules, tratamos de crearlos nuevos, sin echar en olvido al viejo patrón, recortado por los más imperecederos prejuicios; y puestos en este trance de reverberación nueva del ser, caemos en la autohipnosis estética donde acumulamos lo sabido con el germen de lo imposible desconocido. Diseñar con espacio abierto es lo mismo que aventurarse en las fuentes de la creación. Pero nuestros impulsos rasgan el futuro en los sueños y las brechas mortales dejan ante nuestras miradas borrones de incertidumbres como estratificaciones nebulosas de lo más

recóndito humano. He aquí al pobre filósofo artista, sujeto a los accidentes de su propia substancia: Jasón, entre escollos; Neófito, entre pirámides. Un enquistamiento remoto y arcaico del alma, agarrado al subsuelo de la positividad, trabaja por su desintegramiento absoluto. ¿Qué engarces invisibles operan sobre él? La fuerza le viene de adentro y, sin embargo, unos hilos inmateriales le encadenan, arrastrándolo a todas las tangentes. Virtualmente sale de su mutismo sin hacer nada y elabora con el gesto como el anciano con sus recuerdos; pincela como un niño después de reirse de su hombría; y todos los esquemas que salen como ansias de visiones nuevas, parecen ya fósiles de una organización milenaria o rupestres trazados de una conciencia despertada a nueva vida artificial. La cueva interior se ensancha porque es la imagen del perdido espacio o acaso el mismo insondable espacio no es sino una cueva. Por entre las tapias del infinito surgen las líneas como un estilo recto dirigido al punto pineal de todo; y el esfuerzo proteico se encoge de hombros ante la relatividad de los efectos como ante la de las causas. Pintar sería bello si proyectásemos fuera de nuestra visión las cosas representadas; pero al pintar, no hemos echado nada fuera de nosotros mismos sino que hemos limitado aún nuestros engendros y empequeñecido el mundo. ¿Cuándo el sentido estético tendrá alas para crear en el seno de lo maravilloso vislumbrado? Si estuviésemos desnudos ante el sol en una síntesis de razas, ¿cuál sería nuestra postura de alma? ¿Acaso solamente por fraccionamientos de espíritu podremos entrever las más bellas perspectivas? ¿De dónde se originó el graznido del cuervo sino en las matrices del universo, donde son estériles todas las interrogantes?

Abandonemos el espacio y encadenémonos a un punto: operemos desde aquí, tumultuosamente, a nuestro alre-

dedor, y habremos creado una selva. Estamos ya dentro de la fatalidad estética como de la de la vida; y al crear, empezamos a destruir. Un instante de culminación del acto en la seriación debida, nos implanta la fórmula mágica: círculos de ideas nos aprisionan como barreras infranqueables en las perspectivas de todos los planos; el alma tiembla como en un espejo y los sonidos desconocidos asordan nuestro silencio energético; necesitamos acudir a la evocación inconsciente, interrogante osada hacia las más infinitas lejanías, y en el tropel de los elementos lanzamos la barca misteriosa de nuestras ansias. Por miraje pretérito atisbamos el símbolo, trémulo y estático a un tiempo y que participa de la flor, del ave y la estrella. Guarismos del color, del sonido y del número, se superponen a todo lo sensible, estableciendo las respuestas gráficas como reflejos permanentes de un mundo arquetípico que flota en lo insondable de los alientos virginales; desenvolviendo el núcleo de interrogantes ante la realidad grosera asimilada por el vivir cotidiano. Lises, árboles y cisnes entremezclan su vida fabulosa con nuestros ensueños, dándonos la única lustral interpretación. Y esta visión, que quisiéramos hacerla físicamente viva, se desenvuelve con toda la gama armónica de una existencia majestuosa. Una torre de marfil es poco para un espíritu delicado: el marfil queda al exterior, deslumbrando a los incautos y el pobre poeta roe su pasta en las tinieblas. Si algo existiera para encastillarse, sería la pradera de sencillas flores en la dulcísima mañana del Viernes Santo, con una perspectiva de blancos álamos rectos hacia el insondable Azur (lejos de toda sensación monacal) y sin dejar en sus altas copas más que una leve cinta de espacio para filtrarse el azul celeste. Y esta cueva arbórea de ensueño nos retrotraería a la más pura fuente de nuestras

visiones de excelsa juventud; esta selva creada por las tonalidades blancas del alma, nos alejaría de todo espíritu de concavidad. Porque aquí está el enigma de todo. Hablamos de las formas sensibles y de lo externo; de lo superficial y de lo banal, de lo aparente y de lo visible, con una fruición de perfección común, como un tónico natural de la vida y de sus normas; y al querer reaccionar en lo profundo, el fantasma del reino interior exhibe su carátula indigna, llena de costras maceradas por la lógica de los siglos, exigiendo en nombre de su hegemonía eterna nuestra cerviz y bailando con su máscara enigmática ante las espirales de los mundos. Un hálito tempestuoso borra los colores, los sonidos y las perspectivas del ensueño; las formas tiemblan y se desvanecen, abriéndose las cataratas de la reacción y de la apostasía. La cueva ha recobrado su imperio en el dominio de su concavidad. ¡No! ¡No es esto! Lo cóncavo es la negación; concavidad es impotencia, vacío absoluto y aniquilamiento: impotencia de acto creador. Cuanto se ha hablado por la charlatanería filosófica sobre la concavidad de los espacios azules, no ha sido sino en virtud de los contra-númenes, de la estética invertida y de las influencias plutonianas. La concavidad es la absorbencia aniquilante reclamada por el último átomo central; lo convexo es la extensión hipergeométrica que aun siendo finita, encierra en sus involuciones la más variada infinitud inagotable. Si en la selva dirigimos nuestra visión al cénit estamos perdidos estéticamente; pero si la extendemos en el plano de columnas arbóreas, encontraremos más espacio y más infinitud. Esta fué la idea primaria de lo gótico como de lo árabe.

Una imagen sensible flota siempre sobre todas las perspectivas del corazón: la Divina Pastora de las almas. Todas las Nornas, secamente esculpidas por la tradición

rutinaria, ceden sus diseños emborronados por la pesadilla ante su sencilla figura primaveral que huella con sus fúlgidos pasos el rocío de la mañana milagrosa. Se nos impone el retorno a la excelsa vida pastoril, al arte manual y divino, a la pequeña y aun diminuta ciudad acrópolis, cuando no al altar florido sobre la peña ingente en medio del llano circundado por los titánicos montes. Campos de visión para auroras de resurrección como para crepúsculos de aurora.

Quisiéramos borrar todas las imágenes sensibles e inocular en el campo violeta de nuestro ensueño las componentes excelsas de un mundo que está por venir y que probablemente saldrá con los alaridos indomables de su fuerza. Hemos visto los esfuerzos malsanos de un simbolismo novecentista, acentuando el dolor de sí mismo, repitiendo por tartamudez nativa todas las pasadas ecuaciones de un arte y cayendo en las más abominables descomposiciones críticas, aterido de su evolución híbrida y parafraseadora y ridículo de su desnudez ante los enigmas. Hemos visto, aquí y allá, toda una bravatería de vocales empequeñecidas ante su cornamusa pulida; de arquitecturas agrietadas por el peso de un tradicionalismo barroco; de lienzos embardunados de cosméticos; esculturas de circo y de sensiblería. Vimos antes que ningún otro, toda la farándula a telón corrido, desgastando en un imbécil abecedario los oros de la gesta y el airón del siglo de oro; estañando con los peores plomos las falsificaciones grises del romanticismo. La destiladora del ajeno, con patente lunar, después de haber extraído por supuración las llagas terrestres, nos elaboraba en forma de crisálidas vampirescas un tejido de ensueños para pasto necromante. Toda la corriente del Eurotas no sería bastante para ahogar tanto monstruo redivivo en la convergencia y concentración purulenta de

sus más desteñidos colores. El símbolo se había encontrado en todo y asentaba su imperio patológico como un cadáver automático sobre las pedrerías de un trono. ¿Y la luna? ¡Como siempre! Recibiendo los más estultos bofetones en la carnavalada del arte, desde los románticos incoloros hasta los *antárticos* de nuestros días.

*Tantum erat mollis...*

Ciertos Don Juanes de la estética literaria han querido sobrepasar al platonismo satirizándolo. Esta postura reserva, acusadora del vacío de alma, denotaba la artificialidad del concepto y de las formas. Partían del corazón: de un corazón apelmazado y pulido por los ecos extraviados de las voces excéntricas del Arte. Ignoraban que el ideal no está en nosotros sino que viene a nosotros; pero, espejos ciegos, absorbían su luz oscura y la negra tinta de sus ensalmos la diputaban por agua fuerte de su originalidad. El ideal iba a ellos como un detritus pasado y repasado por todos los tamices de las cosmópolis; por todas las policromías donde el rojo cabaret proyectaba las fanfarrias del personalismo: era el poso fermentado de una deyección acumulada en los ciclones de la genialidad por experimento. Tanteando con las antenas de su baja intuición en los escapes de la moda literaria, atisbaban en la luz proyectada por los faros y como sirenas dormitadas a un pálido reflejo desconocido, se daban inertes a la marea de las nuevas ondas. Ignoraban muchas cosas, y entre ellas la más esencial: que el genio jamás puede ser un héroe cuando ni mucho menos un punto de mira. Ante el desenvolvimiento estético de la vida, ante los esfuerzos por la obtención de los enigmas; ante todo desdoblamiento supremo para flotar serenamente en lo insondable del misterio, no hay dioses ni hombres sino tan sólo naufragos supervivientes. ¿De dónde proceden esas convulsiones esté-

ticas que forman ciclos a través de las palpitaciones del arte? ¿Qué sondajes serán necesarios para acusar la profundidad de estas ideas? ¿Qué ley podría determinarse para señalar las alzas y bajas y cuáles son las rompientes fundamentales? Desde luego, la idea del poeta-tipo, especie de Dios Término o Índice o Prometeo de los sueños, tenemos que relegarla a su confín quimérico. No vino sino a ser el parto desprendido de miles de cordones umbilicales, lanzado como un resto de mil fermentadas voces y de imposibles sueños: fué el Epimeteo del siglo precedente. Pero naufrago superviviente al fin, trae con la historia de sus azares, maravillosa, un sentido tangible arrancado a las alas de la Quimera y dicta con su verbo al futuro en una serenidad verdaderamente alcionida: de aquí su imperio que señala un fausto y una olimpiada. La generación que se lanza en las ondas de sus palabras, contaminada de su hálito, es reabsorbida en el nuevo ponto; pero ciertos elementos, por innata rebelión nativa de contrarios, empiezan a generar su escisión hacia todos los horizontes. El pobre genio, a pesar de su inmensa ala cobijante, comienza a brillar funeralmente; y un fuego subterráneo de los corazones crepita por abrirse paso a la nueva luz. El viejo naufrago superviviente se ha marmorizado. ¡Honores y percales!

Mas en este proceso, ¡oh esteta!, no has tenido tú sino una mínima parte en la accidental hojarasca del árbol que enderezó su camino.

Existe, indefectiblemente, un método en todas las cosas que se nos alcanzan, pero todavía no nos ha sido dado alcanzar el método ni llevaremos jamás arte de alcanzarlo, pues cuanto más se ensancha el conocimiento, más se agranda el método y cambia su fase. Pero entrémonos en nuestra selva arbórea, creada por nosotros, y veamos cómo

la formamos a los golpes de cincel de la visión horadadora de los sueños; y cómo delimitamos los senderos y erigimos las lindes y ampliamos las perspectivas: hemos, pues, cultivado nuestra idea o, si se quiere, hemos cultivado una idea extraña que personalizamos al fuego lento de una pasión soñadora, real y consubstancial con nosotros mismos. Si se ha dicho que cada pueblo tiene su propia cultura, que cada pueblo elabora su propia cultura, se ha dicho un error profundo aunque traiga el marchamo sólido de un cerebro germánico. Ningún pueblo elabora una cultura sino que la recibe de cuatro pobrísimos redentores; ningún pueblo trabaja por la cultura o por su cultura sino por las migajas de pan proyectadas por esa misma cultura. ¿Quién elabora esta cultura de un pueblo? ¿Cómo la elabora y para qué? Son cuestiones que al pueblo de esta su cultura, no le importan. Son cuatro hombres, cuatro predestinados tres o uno, quienes han ideado su árbol; de quienes arranca toda la genealogía cultural. La espiral de su propia corriente, penetra en su pueblo y más allá de su pueblo, da la vuelta al mundo, se modifica en su marcha y retorna a un punto próximo de su origen. Cuando llega a este punto, tan próximo del lugar general, en el pueblo donde esa cultura se generó, la idiotez echó ya hace mucho tiempo sus raíces profundas; el pueblo donde se generó dicha cultura, no se dió cuenta de su nacimiento, ni de su órbita por los espacios, ni de sus transformaciones poderosas o degradantes; vejetaba en el bostezo; el bostezo hambriento que pide lo *positivo de la cultura*; y en ese bostezo se quedó como una máscara y un enigma, tal como los dioses de la antigüedad decadente.

Hay que dar el rostro al misterio; hay que atraerle obsesionantemente para que él no nos obsesione fascinándonos

y embrollando nuestro proceso de ideas. Esta es la primera postura estética y crítica ante el mundo. Pero vivimos en un embrollo de la llamada «crítica de las ideas». Quédese ésta para los subterráneos de la intelectualidad y que no deslumbre a los que abren los ojos de nuevo ante las palpitaciones del Arte. La decadencia tiene lugar cuando la obra artística es trasegada a la luz del día por los glosadores, primero, y por los maestrillos de crítica, después. La hojarasca acumulada por la frondosidad del árbol, reclama una tala en regla hasta dejar el tronco desnudo, albo como una columna de luz y apto para sostener el plinto: a los carromateros de la crítica, por su amor al ídolo, les pedimos acumulen sobre sus espaldas todo el peso de un señorío que nació para encorvarles, ya que sus holocaustos van a la par de sus impotencias. He aquí al Endriago.

Una estética es un espejo límpido y virgen de toda mirada. El que pueda contemplar en él serenamente su faz, sin turbación de alma, puede decirse a sí mismo que *ha nacido*. Muchos curiosos se asoman ante este espejo, pero muy fuertes deben de ser las imágenes que devuelve que, turbados los ánimos, salen diciendo horrores de donde no esperaban sino endiosamientos. Y es que al mirarse un instante, vieron el horrible moco colgante del pavo real de su entendimiento. Quien dijo Estética, dijo Ensueño y Serenidad. Cercenemos, pues, la maleza crítica y despejemos las columnas arbóreas de nuestra selva; venga el plinto sobre ellas como un puente ideal de nuestras sensaciones, y habremos fundado el pórtico del templo. Aunque no construyamos nada más, el pórtico basta para nuestra vida. Desdichado de aquel que elabora un templo completo: se ha construído una cueva cuando no una tumba. Desde el pórtico de nuestro ideal, alcanzamos las ideas de

fuera adentro y de dentro afuera; las recibimos en la convergencia de todas las secantes del mundo; estamos aptos para la elocuencia en la arenga como para la amable disertación. Esta fué la cultura griega: cultura de pórtico. Después vino la estética a encerrarse en el templo, porque había dado la espalda al espacio. Solamente en un cerebro germánico de nuestros días (Spengler) pudo generarse una idea opuesta a la que expresamos. Creo que las mentalidades nórdicas, de cualquiera raza o país, procedentes o próximas a la media tinta de los horizontes polares, tienden a entenebrece las ideas estéticas. Venidos de las brumas, al irrumpir en las playas mediterráneas, fueron cegados por la luz, y dentro de sus retinas se congestionaron los rayos de sol, descomponiéndose en los colores de un rosetón gótico. Como Longinos, dando la lanzada al Señor, la sangre se le coaguló en el alma. Y vieron a su modo.

Nosotros estamos muy lejos de estas brumas y aun cuando viviéramos en tinieblas perpetuas, de ellas extraeríamos la luz. Nuestro proceso técnico, arranca más que de una esperanza, de una visión *real*, extraña a las multitudes de lectores. Todo aislamiento voluntario o forzoso conduce a la exaltación de la ingenuidad y en esta ingenuidad se basa la fuerza de los rayos destructores y creadores. Pero al caminar como un eterno adolescente, queremos dejar una huella de fuego y delimitar el círculo inviolable que detenga la serpiente de la docta rutina. Puestos en el pórtico, con la natural actuación de la vida, cada pensamiento erigirá su columna inmarcesible y la armonía de las ideas tenderá el plinto al infinito. Estamos en pleno ideal, por oposición al falso Realismo literario y al simbolismo absurdo de lo incomprensible. Hay que declarar que el llamado Realismo, cuando es verdadero,

sólo puede existir en cuanto caricatura social. Examinadas media docena de obras geniales, el realismo toma color de tal en lo grotesco humano y anula la psiquis mental de un autor. El llamado realismo de las ideas, no existe, como lo ideal dentro de lo real, muchísimo menos. Esa calumnia universal sobre el Quijote, de amalgamar ambas cosas como en una operación de retorta tipo, ha sido el mayor corrosivo que en la crítica de las ideas estéticas se haya podido lanzar; sería el más elocuente ejemplo de que el realismo en ideas y en pinturas sociales sólo como caricatura puede existir. Se repitió aquello en toda la gama doctrinaria de ambos mundos, elevado a sátira, y se olvidó el bloque ideal compacto que contenía, en el alma y en el cuerpo; en la alta y en la baja capa de la vida: una quimera el señor y otra quimera el criado; y el penacho del idioma azotando todas las latitudes del mundo: fué vaciarse en los espacios; la estética de un alma.

Pero examinemos la contrafigura del Realismo en el Simbolismo y veremos cómo el llamado simbolismo ha sido una experimentación vacía de alma, estertor romántico por afán de descubrir lo intangible, caprichosa locura de ineptitud, formas y colores hasta la degradación, la pobreza de las ideas con máscara aterciopelada y, mientras tanto, el fondo oculto de las cosas invulnerable ante el descaro y la irreverencia. Se han dado a Salomé más vueltas que tiene la danza de los siete velos y no se ha logrado descubrir ni un tanto así del fondo de su erotismo. Y es que, en la simbología de este tema, no había sino la epilepsia del escritor y de los embadurnadores comentaristas. ¡Cómo reirá también la calavera de Tirso ante los burilistas de su Don Juan! Pasma el querer sacar partido a este personaje y más todavía el declararle un mito inviolable y en espera de su verdadero plasmador. Yo

les diría a todos estos desocupados de las letras, si es lícito desvirtuar un tema literario; si se puede colocar un personaje entre ambientes completamente diversos para deformar su substancia estética y finalidad ética. Si se puede hacerlo así, universalizándole, es contrario ello a las profundas divergencias sociales e históricas; y si el personaje ha subsistido en todo tiempo, hemos desconocido siempre sus diversas accidentalidades. La cuestión es crear un personaje y dejarle puesto en el retablo. Como tanto en el llamado aspecto realista y simbolista literarios se impone una finalidad, aunque ella sea vaga, por ineptitud del autor, hemos llegado a caer o en el desenlace cómico y positivo de la vida o en el otro desesperante desenlace de puntos suspensivos. Se ha olvidado la posición trágica del sentido de nuestra actuación en el mundo; nos hemos detenido, no ante la Muerte sino ante el cadáver; hemos querido que todo se terminase aquí, en amor y compañía, en una chirigotada risueña; y se ha olvidado el sentido de la tragedia, cortando todas las bromas y dejándonos suspensos en la inspección del mundo invisible que nos envuelve. Sólo hemos transigido con la tragedia recibéndola en un emparedado musical. Ante los gritos de Macbeth, hemos permanecido como piedras pulimentadas que galantemente sostienen sus furtivos pasos. Cuando Wagner oyó por vez primera, habló para un mundo que aun tenía su sentido en las cavernas. Con toda la erudición libresca vertida sobre el arte *nuevo*, los mismos literatos llamados de *estilo* dictan para lechuguinos y no han podido fermentar en su público un deslumbramiento; sus antorchas se apagan a la primera edición y una onda de filisteísmo corre entre sus mismos contertulios. La estética moderna del día, pálida y empolvada, Friné de cafés y saloncillos, se halla más tísica que la Dama de las Camelias.

No trataremos de revisar valores, como hasta aquí se decía impudicamente, sino de crearlos. Revisar valores lleva un tiempo de efectos estériles y conduce al adocenamiento literario. Pero al tratar de crear, no porque sí y sí por espontaneidad innata, llamaremos primero a las puertas cerradas para las cuales no existe ninguna llave de oro sino que es necesario fabricarla. En los númenes invisibles, pero que palpitan en una seriación armónica, imágenes astrales de las cosas terrestres, tenemos que golpear fuertemente y con la insistencia de una liturgia que arranca del profundo latir de los esquemas arquetipos. No pensamos ceder en lo más mínimo de lo estatuido por tacto de codos literario y artístico; no veremos la monstruosidad plasmada del día ni aun para disculparla a fuer de pobres mortales; daremos instintamente espaldas a las corrientes estéticas que aparentan tener su sentido histórico, disculpable hasta ciertos límites; queremos engendrar con una yoculación de fuego y determinar una nueva esfera. Nuestra península hispana es la única actualmente apta para dirigir una corriente nueva al futuro, no por el producto raro obtenido en su crisol de siglos sino porque lo queremos *así* simplemente. Estuvimos siempre de parto ante el mundo, y apenas lanzado el feto, nos lo recogían amas extrañas, engalanándole, desvirtuándole y chupándole vampirescamente su sangre. Y mientras tanto se perpetraban estos robos consecutivos—no podemos explicarnos lo que pasaba—pero sí veíamos que después nos lo devolvían inyectado de sangre artificial, nuevo y flamante como el *non plus ultra* de la idea y con tarifa aduanera. Tiempo ya es, no de protestar sino de armar una nueva gesta. No se nos venga con la idiotez de las influencias necesarias e inevitables de relación en todas las cosas. Primero que todo, es afirmar la primogenidad, ya que

siempre se nos ha estado negándola. Hemos sido condescendientes con toda Europa hasta el vasallaje y estamos ya hartos de mascar en márgenes extrañas. Al hablar así, nos arrogamos una representación que nos pertenece y situamos a ciertos elementos en la órbita de piedras errantes, ya que jamás han oído, entendido ni visto. Pero al esbozar este programa, ¡qué de torturas!, necesitamos romper toda la caparazón de testas aferradas a sus intereses, desvirtuar sus corrientes inundadoras que extraen las ingenuas mentes de los neófitos. Tenemos que llamar con aldabonazos intempestivos. No haya miedo al arma del vacío porque será nuestro escudo protector. El fantasma de nuestras ideas se materializará porque arranca del punto matriz de donde todas las cosas tomaron su origen. Tampoco seguiremos un método porque negamos la eficacia de todos ellos y porque aun no existe el llamado método. Quien dijo método, dijo plano de lo desconocido; cuando se tocan o se aproximan dos métodos diferentes, se han intoxicado las ideas y la más pura de todas lleva siempre la de perder; se reabsorbe por la otra y ésta presenta cínicamente su patente de genialidad. Queremos sentar con ello un principio religioso que expulse definitivamente todas las desvirtuaciones del Arte. No en modo alguno purificar sino destruir y edificar de nuevo; no retrotraer las cosas a sus principios sino generar nuevos principios. ¿Daremos con ello espaldas a la vida actual? No, pero expondremos la vida actual en toda la fealdad de su desenvolvimiento y el acto de la cremación será instantáneo. Cuando contemplamos el teatro de hoy, opuesto a los más bellos ideales, no pensamos para nada en la idea estética y emotiva del coturno sino en los componentes efectivos de sus histriones. Hemos llegado al rebajamiento moral en esto como en muchas cosas. Hay que resucitar

un principio religioso del arte escénico o, mejor dicho, hay que volverle substancialmente religioso; hay que borrar la prostitución de sus intérpretes; hay que crear una orden de Vestales nuevas; las Musas exigen una consagración sagrada: una virginidad absoluta en los sexos se requiere para ser apto a la interpretación de la obra dramática. Cuando Esquilo fué apedreado, se vió patente la descomposición del teatro griego y Melpómene fué inducida a su desnudez profana; cuando Teodora casó con Justiniano, se vió patente que había muerto el coturno antiguo: ya no quedó más remedio que cerrar la escuela de Atenas, pocos años después; cuando Durero prostituyó la idea de la Muerte, estaba ya ésta cansada de sus mascaradas en las plazas y tablados medievales. El origen religioso del teatro es como el origen religioso de la vida. No se pregunte dónde comienzan las descomposiciones del Arte; pregúntese cómo fuimos generados nosotros, dónde está el origen de nuestros vicios y en qué imágenes bebemos el fuego mortal que nos devora. Si hay alguna idea estética, matriz de todas ellas, es nuestra postura ante nosotros mismos. Olvidamos que somos un templo perfecto y que nos es nocivo crear todo lo que nos sea adverso. Nuestra corrupción de principios nace ante la contemplación de nuestro semejante extraviado. La belleza de la carne mortal deslumbra como una lámpara de fuego y al aprisionarla en un beso de eternidad, se ríe esqueléticamente. Nuestro proceso en la vida es sobre un campo de podredumbre mísera; y al pisar sobre ella, atentos o indiferentes, no hacemos sino resucitar sus vapores que nos sellan el alma con sus halagos candentes; aspiramos su aura y penetramos en su misteriosa vaguedad, que nos hace vislumbrar una mentida ansia de infinito.

La frondosidad de las filosofías son la sombra de la limitación y las penumbras del conocimiento.

Solamente ascendiendo por ecuaciones de idealidad, podemos romper el fondo trágico del verdadero realismo, y al romperle, trascender sensiblemente a una cuarta dimensión de la vida que está llamando por su Prometeo. Ha nacido un cubismo tímido entre nosotros y, apenas nacido, retrocedieron sus corifeos ante los arietes asestados por la democracia de las ideas. Y fué, porque apenas asomados a la penumbra de su luz, se resintieron sus almas de debilidad ante los abismos de sus perspectivas; necesitaban sus creadores de un desdoblamiento absoluto; debieron haber arremetido por el laberinto escondido y obscuro; fueron destruídos por la prosa absorbente. No se nos interponga en esto el fantasma de la evolución y la serie de reacciones inevitables en el arte; porque estudiada la evolución con profundidad de análisis, viene a quedar reducida a unas llamaradas súbitas más misteriosas todavía que los pasos de un hombre en el sendero. Se lanzó el cubismo con un sentido de fuegos de bengala para apagarse a la primera impresión y se olvidó de meterlo a hierro inexorable en nuestra alma por los sastres y los arquitectos.

Si todas las luchas del Arte son por superar, por desdoblarse, por trascender, tenemos que empezar por deslindarnos de la infecta democracia que asola el mundo. El fenómeno de la lucha entre el Arte y el mundo es la más espantosa de las tragedias y, sin embargo, todavía el incauto artista sueña y apunta al corazón de las multitudes: se deja arrastrar por el veneno de la Realidad. Nos imaginamos la alegoría de la Realidad como un inmundo escarabajo, hinchado por los besos de una humanidad íncuba y súcuba y rociando a ésta constantemente con la opacidad de sus babas. Y aun a pesar de esta *Realidad*,

sumamente transitoria, no tenemos alma para meter en el corazón de las gentes una pequeña punta del velo de Isis. Un modisto impone una moda absurda; un tribuno impone un régimen; un vidente impone una religión; pero un artista no impone nada; es el muñeco zarandeado por el vaivén de los gustos, por las inconstancias del sentido y del entendimiento. «Realmente, es así», decimos con la triste frase lapidaria.

Se impone, pues, la tiranía sobre la incolora multitud. Se impone una secreta masonería de los artistas sin conexión con editores ni centros sociales ni oficiales. Se impone un deslindamiento absoluto y no romántico ni platónico deslinde. Los hombres se dividen en libres y esclavos. Es el mayor aplauso el que damos a Aristóteles por esta su única sentencia, como a todos sus congéneres de la antigüedad.

En esta plataforma puestos, hay que educar iniciáticamente aunque vayamos equivocados; hay que trascender la verdadera realidad invisible; tiempo es ya de dar sustantividad al mundo de los Sueños y divisar y acotar el campo natural de la sombra de Hamlet. Creo que toda la relación mitológica no es sino la inmensa *Realidad* de otro mundo proyectada de un modo grosero en nuestra mente. Desde el momento en que la Mitología ha adoptado en unos y otros países formas diversas, paralelas a los diferentes estados de cultura social, tenemos que denunciar su sustantividad efectiva que nos deslumbra con sus halagos de eternidad. El Hombre es el punto central de una crucifixión inevitable por necesaria; los recuerdos perdidos, como las verdades ocultas, son los martillos que le hieren. Se necesita de un estoicismo nuevo que mate todo esto como el estoicismo antiguo mató lo otro. Hay que desengañarse de que los pechos de la Tierra se hallan ex-

haustos y de que ella nunca nos dió nada. Y aun más todavía podemos decir, que el universo físico es impotente para ayudarnos en un acto de trascendencia. Triste cosa es la de que hasta los sueños más ideales tomen vapores de realidad. Culpa nuestra es de oír y ver con nuestros sentidos físicos en la vida, cuando en toda la realidad, así llamada, no se puede deducir la más mínima ley de conducta; cuando toda ella es una agrupación informe de casos; cuando el fenómeno psicológico es aislado en los individuos; cuando aun no hemos siquiera vislumbrado el enigma que palpita en una sencilla máscara como pueda ser la de un niño; cuando no podemos penetrar en el misterio del alma femenina; y cuando todavía ignoramos la verdadera historia del mundo. ¡Qué extraño es, pues, que abandonemos esta maraña y busquemos para el Arte un sendero de meseta jamás hollada! El día en que un pueblo se sublevase rompiendo todas las estatuas de sus grandes hombres, en traje civil y militar, señalaría un fausto en el camino de la humanidad. ¡Oh, qué triste es el apóstrofe cuando se quiere dictaminar para una Aurora!

No hay más que una verdadera definición del Arte: *la alegoría de lo invisible*. Nuestra naturaleza sensible no traza sino esquemas como proyecciones de otro mundo. No podemos determinar ni en dibujo ni en pintura nada definitivo; todos son tanteos, vacilaciones, apuntes; la obsesión del artista es el más allá, no en un futuro sino en la Seidad final y primera de todas las cosas. ¡Cuán necesario es, pues, delimitar nuestra selva arbórea y virginal como en un encantado encierro! Las arquitecturas de todos los tiempos están reclamando, míseras, por un diseño único. Es imposible sin piedras nuevas hacer arte nuevo. A todos aquellos que han sostenido seriamente la

materialidad del arte arquitectónico como el primero y más comprensible a las multitudes, yo les diría con un mentís caballeresco y una diagonal sonrisa, que todo el arte de nuestras catedrales góticas, lo mismo que el de todos los templos y palacios de la antigüedad asiática, no tuvieron por objeto sino adormecer y asombrar a unos pueblos embrutecidos, ajenos en absoluto al uso de sus libertades públicas: eran la signatura del monstruo que les agarraba el alma en éxtasis de papanatas y les pulía la ferocidad de su servidumbre. El obrero artista, dando espaldas a la ganancia, paseaba su espíritu por entre los abismos de aquellas creaciones erigidas en su evolución casi anónima. Pues a todo esto hay que volver, aterrando al mundo. No creo que para parar los pies a nuestras democracias hagan falta muchos esfuerzos. Siempre todas las democracias se dejaron impresionar por estetas y en la penúltima página de nuestra era actual, la sartén de la Convención dió la pauta, agotando el tema que se ha estado repitiendo durante los últimos períodos Romántico y Socialista. Cosas hay que sólo se pueden comprender desde cierto ostracismo; y quisiera poder apuntar algo relativo a las misteriosas relaciones del Artista con la Política; tan inconexas cuando son sinceras como monstruosas cuando fingidas. Volúmenes enteros habría que llenar con las defecciones de un artista en la materia, no pareciendo sino que un diabolismo se interpone para hacer ineficaz el camino de un pueblo, interceptando el nexo ideal entre el alma de una raza y su trascendencia en la Historia. De estos pecados de arte vienen todas las contaminaciones decadentes. Y no olvidemos que nuestro Arte debe tener estructura continental, porque la raigambre de nuestra Raza lo requiera imperativamente.

University of Washington, Seale, Wash (U. S. A.).

GUILLERMO DE TORRE

MEDITACION  
EN FLORENCIA  
ANTE LOS ANGELES  
DE FRA ANGELICO



FLORENCIA! Florencia es un álbum de estampas prerrenacentistas. Sin nada de "ciudad americana edificada con el estilo del Renacimiento"—contradigamos por una vez a Barnabooth. La mutabilidad fluyente del Arno nos retrotrae más lejos, al espíritu medioevo. Hojeando sus calles, sus estatuas, sus pinacotecas, la mano y la vista se detienen emocionadas antes de pasar las últimas hojas medievales, antes de llegar a las fulgurantes láminas, suntuosas y coloreadas, del Renacimiento. Pero, ¡ojo con los clisés evocativos! ¡Evitemos los deslices fáciles! La ciudad en sí, Florencia, no es tanto un portfolio, un cómodo resumen de épocas pretéritas, como un vivo museo al aire libre. Museo no solamente por el Puente de los Orífices, por el David miguelangelesco de la Piazza della Signoria, por el Perseo y los bajorrelieves de Cellini que viven la Loggia dell'Orcagna, sino especialmente por la calidad de lienzos, de trasuntos pictóricos que poseen algunos rincones sin asterisco en los Baedekers, algunos paisajes urbanos tendidos al desgaire sobre el gran bastidor de la atmósfera.

El palacio de los Uffici y el palacio Pitti se salen hiperbólicamente de sus salas, traspasan el área de sus recintos

y se vierten sobre las calles inundando el cauce de nuestra visual contemporánea. Nadamos al final de la jornada en un maremágnum de formas y colores. Al levantarse las esclusas del Renacimiento nos sentimos anegados. Sobrepasemos la marea, retrocedamos ante esta pleamar tan intensa. Demos marcha atrás a nuestro espíritu. Y aunque sea para contravenir a las íntimas ordenanzas, incurramos, por una vez, en el viaje retrospectivo, asomándonos al lugar florentino en que se conserva embalsamado y sin mácula el espíritu más genuinamente medieval: las riberas del Arno. Inclinados sobre uno de sus pretiles, desde el Lungarno Acciaiuoli, entre el Puente de los Orífices y el de la Trinitá, por módico precio—una lira en la boca del disco solar para que acabe de caer consumando el crepúsculo escenográfico—podemos entrever en la penumbra la silueta amojamada del perfil de Dante que atisba en la penumbra el paso fugitivo de Beatrice.

Mas por otra parte, en Florencia, medievalismo y Renacimiento están bien repartidos. Cada época tiene sus sectores sutilmente diferenciados. Los Lungarni y la plaza y convento de San Marcos son pura Edad Media, atmósferas dantescas, mientras que la Piazza de la Signoria y el Duomo son genuinos especímenes del Renacimiento, feudo de los Médicis. Quedémonos por hoy en el primer peldaño, en el tan dulce como fornido recinto medieval. Nada mejor para ello que inmergir nuestro espíritu durante toda una mañana en el museo y convento de San Marcos. Así como así, la vía Cavour que a esta plaza conduce, no ofrece grandes sollicitaciones y en las librerías se amontona un stock monótono, aplacando nuestro bibliofismo: la proximidad del centenario franciscano iguala todos los escaparates y ha vertido sobre ellos una lluvia de hojas seráficas, repletos canastillos de *fiorettis*.

**A**VANT-HIER, en descendant l'Appenin pour arriver á Florence, mon cœur battait avec force. Quel enfantillage!"—nos confía Stendhal, corrigiendo su emoción, en una página de su diario viajero a través de Italia. Al divisar, desde lejos, Santa María dei Fiori, con la grandiosa cúpula de Brunelleschi, al pensar que por allí han pasado Dante, Miguel Angel y Leonardo, se hinche la glándula emotiva de Arrigo Beyle. Pero su emoción sube de punto al llegar ante la iglesia de Santa Croce y contemplar las tumbas de los genios nombrados, más las de Petrarca, Bocaccio, Galileo, Machiavelli, Alfieri, etc. Por una vez Stendhal cae en el cepo de lo solemne y consideramos con dolor que ni él ni ninguno de sus seguidores nos dicen nada acerca de un lugar más escondido pero emotivo y evocador entre todos, exentos de la atronadora bambolla renacentista, como es el convento de San Marcos, al que en esta luminosa mañana agosteña me place otorgar mi íntima dilección.

¡Suave refugio medieval, depósito de la más pura esencia cristiana, ventana abierta a la ternura célica! Ghirlandajo con un eurítmico fresco de la Cena, Fra Bartolomeo y Fra Angélico, principalmente este último, hacen único y codiciadero este lugar. Por la gracia del hermano Fra Giovanni de Fiésole se ha convertido este antiguo convento en un mágico recinto, poblado de etéreas figuras, en una suave anticipación del mítico Paraíso que presiden sus quizá nonatos pero paradójicamente inmortales y deliciosos ángeles. Los ojos ávidos, la memoria fatigada encuentran aquí un blando almohadón de reposo. Descansan de las correrías efectuadas a través de esas frondosas selvas, de esas pinacotecas inagotables que son los Uffici y Pitti. Ya al atravesar algunas de sus salas, mis oídos habían aprehendido la vibraciones de un aleteo

angélico y mis ojos habían entrevisto la grácil ondulación de alguna túnica celeste. El Beato Angélico no debía estar lejos. El milagro se aproximaba. Aparecían aquí y allá las sombras de algunos trecentistas y cuatrocentistas que le insinúan y son el anuncio precursor—si no en el tiempo, en el espacio—de sus formas aladas. Así, en el Palacio Uffici, mis sentidos se habían extasiado sin reservas ante las deliciosas muestras de algunos maestros medievalistas: Giotto, Pollaiuolo, Mantegna, Fra Filipp Lippi, Lorenzo de Credi, Perugino, Signorelli, encontrando en la mística unción de sus tablas un suave reposo frente al anonadamiento inferido por los maestros subsecuentes de la talla rafaelina.

Pues, en este punto, mi juicio de deleitante no halla escrúpulos en diferir radicalmente del juicio expresado por un Taine y por otros acreditados catalogadores del Arte. De los tres períodos en que habitualmente dividen su ciclo evolutivo—germinación, madurez y decadencia—, Taine, como buen burgués y contemplador cachazudo, prefiere el segundo, en lo referente a la pintura italiana. A este criterio, nada arriesgado, se suman probablemente todos los cómodos admiradores de las "obras acabadas", sin balbuceos ni desmayos, todos los que no comprometen un céntimo del capital de su crédito, apostando siempre sobre valores ya estables. Así, dentro de esta magna selva que es la pintura italiana del Renacimiento y el siglo anterior, Taine antepone a los puros primitivos, a los sabios cuatrocentistas, a los deliciosos y fragantes pintores que van desde Giotto y Cimabue hasta Orcagna y Perugino, los artistas más perfectos del ciclo subsiguiente, del período de madurez y apoteosis, en suma: los dioses mayores como Leonardo, Rafael, Miguel Angel y sus pares. Mas yo repito sin ningún escrúpulo que otorgo mi predilección sentimen-

tal a los primeros. Aunque la perfección formal de un Rafael o las fugas grandiosas de un Veronés posean una persuasión tal que debilite toda réplica y ostenten una aplanadora importancia histórico-estética, mi espíritu se siente más cerca de los imperfectos pero candorosos prerrenacentistas. (¡O la suma modernidad o la más eximia y albo-reante antigüedad! Nada de aposentarse en jalones intermediarios, en lugares cómodos, bien calentados por los criterios mayoritarios.) Reacciono ante ellos espontáneamente y me dejo cautivar sin reservas por la fragancia que trascienden. Gusto de mecer los sentidos en la muelle onda rítmica, en la deliciosa fragancia de cristianismo medieval, en el primor lineario y la gracia cromática que brindan esas tablas indestructibles, pintadas con unción de monjes, por Fra Bartolomeo y Fra Angélico.

**FRA ANGÉLICO!** Para comprenderle exactamente, para aspirar la esencia genuina de su obra y admirar ésta situada en su atmósfera más favorable, hay que penetrar reverenciosamente en el convento de San Marcos, que encierra no sólo lo mejor de su pincel sobre los muros, sino una antología selecta de sus obras, reunidas después en estas salas monásticas al trocarse en museo. Al descender Fra Angélico del convento de Fiésole, donde había ejercido el priorato, y al hacerse cargo con su comunidad de este humilde oratorio de San Marcos, por donación del Papa Eugenio IV—en 1436—, Cosme de Médicis encargó al arquitecto Michelozzo de su restauración. Por su parte, el Angélico acometió la tarea de decorar este asilo de paz que, terminados los éxodos sufridos, sería en adelante el suyo. Y aquí es donde su genio plástico, ya en plena madurez, encontró ocasión y lugar adecuado para desarrollarse con ancha libertad y toda perfección. Comenzó

primeramente decorando el claustro con figuras emblemáticas de los santos que personifican las virtudes monásticas. Resalta entre ellos el magnífico San Pedro Mártir, expresión del silencio, con el dedo en los labios y la frente meditativa. Después, el Angélico pinta la grandiosa Crucifixión de la sala capitular. Y, ayudado de sus discípulos, emprende la ingente tarea de exornar con frescos, una a una, las cuarenta celdas del convento. En estas figuras Fra Angélico alcanza las cumbres más altas de su éxtasis visionario y las más puras calidades de su arte. Todo el convento es como un vasto friso—desde la inolvidable Anunciación que expande su gracia frente a la puerta de entrada en el primer piso—en cuya superficie se despliega sin trabas el caudal de su misticismo pictórico. Flota en los pasillos y en las celdas de San Marcos una atmósfera de milagro que no consigue enturbiar el brusco perfil y la leyenda trágica de Savonarola. Del monje reformador, de sus luchas dramáticas con los Médicis, sólo queda como recuerdo, en San Marcos, su retrato pintado por Fra Bartolomeo y las dos celdas que habitó, con algunas reliquias de su muerte trágica y unos manuscritos de su puño y letra. Pero la mancha sombría que esta gran figura proyecta sobre las blancas celdas, es vencida sin esfuerzo por la presencia ideal de las aladas figuras angélicas, procreadas por la mente visionaria de nuestro frailecito.

**F**RA ANGÉLICO debió vivir en un éxtasis iluminado. Con un coro de rosados querubines a su alrededor”, según le evoca en uno de sus mejores cuadritos de *Apolo* nuestro Manuel Machado. Como un santo ingenuo de esos que transitan por las páginas inefables de las *Fioretti* franciscanas. Tocando apenas en el suelo, al modo de los ángeles

que se yerguen aéreos en su Tabernáculo de los Linaiuoli. Creyendo que su arte más que una virtud personal era un don del cielo. (Así en su epitafio de Santa María sopra Minerva, reza: “Que no se me loe de haber sido un Apeles, sino de haber dado a los tuyos, Cristo, todo lo que gané. Porque de estas obras hay algunas que quedan en la tierra y otras que remontan al cielo.”) De ahí su tendencia no ya a pintar santos, como sus coetáneos, sino especialmente personajes celestes. Y el detalle conmovedor, que Vasari y otros historiadores nos narran, de como Fra Angélico “tenía por costumbre no retocar o refundir jamás ninguna de sus pinturas, dejándolas tal como habían salido la primera vez, creyendo que eran así por voluntad de Dios”.

Quizá no hubiera exceso en decir que las pinturas de Fra Angélico contienen tanta teología, tanto espíritu religioso, como arte. Por ello, ante sus cuadros sentimos escindirse en nosotros una dubitación interior: deseamos discernir hasta qué punto nos interesan como cuadros, como “hechos pictóricos”, y en qué cantidad se mezclan a éste su primordial valor puramente plástico, las sugerencias temáticas: esto es, su espíritu religioso, su efluvio místico. ¡Obscuro problema! ¡Difícil elucidación!

En rigor, situados desnudamente ante las pinturas intrínsecamente religiosas de un Fra Angélico, delante de cuadros como “La Anunciación”, “La Coronación de la Virgen” o la “Madona della Stella”, nosotros, los espíritus novecentistas, los que frente a cuadros de nuestra época llegamos casi a desinteresarnos en absoluto del motivo temático—confinando su significación en los arrabales desdeñosos de la “anécdota”—, aquí verificamos que no podemos prescindir de él, y llegamos, por consiguiente, a experimentar cierta perplejidad. ¿Acaso nos habremos excedido en nuestra furia racionalista, en nuestra tendencia

a contemplar cada cosa delimitada en sus puros contornos? Nuestra conclusión de negar todo valor esencial al sujeto pictórico, ¿no nos habrá llevado demasiado lejos? ¿Nos veremos dulcemente obligados, delante de este milagroso Fra Angélico, a rectificar tal criterio?

Intentemos penetrar en los repliegues últimos de nuestra facultad receptiva, donde razón y sentimiento se confunden, mientras nos enfrentamos con este arte primitivista. Detengámonos un momento, unidos de tanto fervor espiritual como armados de agudeza intelectual, a contemplar en todas sus dimensiones esas deliciosas "Vergines col bambino", esas inefables teorías de ángeles seráficos, esas "Anunciaciones" cristalinas... Veremos que, en primer término, lo que imanta nuestra atención hacia tales cuadros es su valor formal, su elemento estrictamente plástico, ajeno a la anécdota que representan, al motivo sacro que interpretan. Esto es: nos dejamos seducir por su puro encanto pictórico: su delicada gracia lineal, sus finos acordes de colores, el oro que cae sobre los doseles y tachona las túnicas de los santos, el azul de las pupilas virginales y de las zarcas lejanías... Pero, yendo más al fondo en el análisis, si prolongamos la contemplación de un Fra Angélico durante varios minutos, empezaremos a sospechar que la emoción religiosa—así, en abstracto, no puramente cristiana ni exactamente católica—sugerida por el motivo temático del lienzo, por la Madona o por un coro de ángeles, entra por mucho en la emoción total, en la deleitosa sacudida estética experimentada.

Así pues, aun a regañadientes—contradiendo nuestro criterio cotidiano de *habitués* a los estudios de pintores cubistas, a las galerías parisinas de la Rue de La Boétie—llegamos a reconocer que lo contingente y secundario puede, en ciertos casos, ser esencial y primario; que el tema

pictórico, bien localizado, posee una importancia plástica y puede coadyuvar eficazmente a la unidad emocional estética. Si estas figuras sacras se trocaran en personajes profanos, la armonía del cuadro no sería la misma y la sugestión emotiva que promueve descendería de escala. Y no es que tocados súbitamente por una credulidad religiosa absoluta mixtifiemos el carácter de la obra de Fra Angélico, confundiendo el cuadro en sí, en cuanto objeto plástico, con su representación católica, testimonio de fe. No; sabemos aislar los términos y discernir los valores. Sabemos permanecer ante un cuadro religioso de esta índole, serenamente, como ante cualquier otro de asunto profano, sin consentir que la sugestión mística desvirtúe el puro goce estético. Y sin embargo...—para convencerlos y convencerme a mí mismo debo insistir una vez más—, sin embargo, terminaremos por comprobar que intersticialmente nos ha "tocado" la gracia angélica y que el poderío temático espiritual es inseparable del halago visual y del deleite cerebralista recibidos al enfrentarnos con una tabla de Fra Angélico. Ambos elementos—el anecdótico y el plástico, asunto y técnica, motivo y realización—se acuerdan en él tan maravillosa y rítmicamente que sólo forman un "hecho artístico", cabal e indivisible. Pero mientras que la captación del primer elemento, el representativo, nos identifica con toda suerte de espectadores, al vulnerar nuestras fibras humanas, el segundo viene a herirnos la fibra puramente estética. Y si bien en esta ocasión excepcional recibimos simultáneamente ambas lanzadas del arte humanitario y del arte deshumanizado, deberemos reconocer que fué la primera aquella que causó más hondo desgarrón en nuestro espíritu.

HA reparado alguien suficientemente en que el contenido religioso de estos cuadros posee una insospechada elocuencia suasoria? Por mi parte puedo afirmar sin herejía que la contemplación de una de estas ingenuas tablas del Beato Angélico—o de cualquier otro de sus celestiales congéneres—posee una fuerza convincente y me afecta más en lo profundo que toda la dialéctica teológica contenida en la mismísima Summa de Santo Tomás. ¡Oh, Massis y Maritain, oh entrevistados seguidores hispánicos! Vosotros haréis incesantemente su apología, queriendo barrer de una plumada no sólo los escolios nietzscheanos sino la fortaleza de Descartes, las grandes moles del kantismo; Cocteau nos dejará entrever en su bolsillo un volumen de la Summa, aunque lleve las hojas sin abrir; como indirectos reflejos tomistas brotará cada día un nuevo novelador católico; el Diablo se convertirá en un sujeto de moda, vistiendo pantalones Oxford en las salas de nuestros dancings... Es más: hasta al penetrar en un sitio tan alegremente profano como es un camerino del Casino de París, donde las Dolly's Sisters se maquillan, un repórter encontrará al lado de las barritas rojas y mil artificios cosméticos, un ejemplar de la Summa... En suma: diversas incitaciones, autorizados testimonios y anécdotas de actualidad servirán para aguijonear la curiosidad de los lectores giróvagos—entre cuya fauna me cuento.— Mas yo, por mi parte, confieso que desde hace varias semanas hago melindres al susodicho bloque de mampostería tomista, que espera turno en un ángulo de mi mesa, sin haberme decidido a hincarle los dientes, mientras que no he vacilado un minuto para venir a postrarme con los ojos y el corazón abiertos de par en par sobre este limpio libro de San Marcos, sobre las candorosas páginas de los retablos santificados por el divino prior de Fiésole.

SI quisiéramos ahora investigar claramente el porqué de la abundancia—casi exclusivismo—del tema religioso en los pintores medievalistas, desde Orcagna a Fra Angélico y subsecuentes renacentistas, ateniéndonos a un criterio de rigurosa causalidad estética, podríamos intuir y comprobar que tal prevalecimiento temático obedece al hecho de que el sujeto religioso llegó a ser para aquellos artistas no sólo el más característico de la época, sino el *leit-motiv* permanente de sus visiones y, en suma, la norma típica, el *standard* fijo e invariable de las formas plásticas propuestas a su interpretación. No es que desde el siglo XII hasta ya bien entrada la época—de contornos imprecisos—que los historiadores llaman contemporánea, la pintura se arrastre sumisa a los pies de los altares y de los reyes, como únicos o primordiales objetos de inspiración temática. No es tampoco el hecho evidente—tantas veces repetido como explicación fácil—de que los pintores, en rigor, no fuesen otra cosa que proveedores artísticos de la Iglesia, constructores de retablos sacros, sin otra clientela posible, hasta la aparición de los Mecenas renacentistas. La verdadera causa, puramente estética, que explica el prevalecimiento del tema religioso sobre todos los demás, estriba en que éste, como apunto más arriba, llegó a asumir en sí todo el repertorio de formas plásticas al adquirir la categoría de un *standard*.

Por esta tendencia hacia el hallazgo de una forma única que condense en sí, de una forma precisa e inalterable, todo el conjunto de polarizaciones formales, se unen, a través de los siglos, los primitivistas cristianos y nuestros escépticos contemporáneos. Desdoblar en razonamientos y precisar con ejemplos la tesis anterior, requeriría un ambicioso espacio. Por ello, confiando en la rápida y benévola comprensión del lector, saltando argumentaciones,

sólo quiero agregar lo siguiente, dicho con un tono tan sencillo que disculpe su aparente osadía: Puede afirmarse que el *standard* pictórico, el resumen de formas determinantes de un cuadro, sus coordenadas plásticas típicas, fijas y elementales, que hoy preconizan arriscados teorizantes de extrema izquierda, lo encontraron ya en su tiempo los trescentistas y cuatrocentistas italianos. Las manzanas de Cézanne, los arlequines de Picasso, las compoteras, la guitarra y el periódico cubistas, las colosales garrafas de los puristas, ¿qué otra cosa son, en el orden de las formas plásticas, que la continuación evolutiva a través del tiempo—sin aludir para nada, innecesaria e irreverentemente, a la significación espiritual del sujeto—, que la traducción novecentista de las *Madonnas*, las *Virgenes* y los *bambinos* arcangélicos del Giotto, Uccello y Fra Angélico?

No vale, pues, indignarse ni acusar erróneamente de sequedad imaginativa a nuestros pintores contemporáneos más expresivos. Utilizan su imaginación en la misma medida que sus eximios antepasados, aunque objetivándola sobre fondos muy diferentes. Esto es: se limitan a trasladar al lienzo—y no ya con un simple espíritu de interpretación sino de re-creación—, llenos de probidad y fervor, la resultante del conjunto de formas y líneas que más habitualmente viven o se mueven ante sus ojos. Y así como para el iluminado Beato Angélico, habitante en un plano místico, el motivo más familiar a sus ojos, más al alcance de su mano, era una Virgen o un Angel, así para un sincero Picasso, residente en un plano real de formas concretas y bien penetrado por la atmósfera vital, creyente en "rien que la terre"—valga la expresión perimundial de Morand—el motivo plástico más próximo y pictórico que se ofrezca habitualmente a sus ojos, será

cualquier objeto de su estudio: una guitarra con el moño enmarañado, un periódico sobre un mantel o una copa de café. . .

#### INVOCACIÓN LÍRICA A LOS ÁNGELES

¡O H, ángeles de Fra Giovanni de Fiésole, a quien si sus virtudes místicas otorgaron el título de Beato, vosotros disteis la consagración de Angélico! Desde la noche sidérea—por alta y remota ya—del cuatrocientos, voláis hasta la planicie de nuestros días, sin experimentar un desmayo en vuestras alas. Ni una pluma se ha perdido de vuestra gracia celeste. En la atmósfera pura del ensueño, sin jalones ni calendarios, hay todavía un eco de vuestro paso estelar. Permanecéis aún tan puros y cándidos como en el alba de la creación. Y vuestros frescos clarines, ahora silenciosos, sonarán con trémolos inéditos en el Juicio Final.

Nadie como Fra Angélico, místicamente consubstanciado con vuestro espíritu, ha acertado a grabar perennialmente vuestra presencia inmaterial. A lo largo de sus tablas formáis en filas silenciosas, alrededor de los tronos áureos, os postráis de hinojos ante las Vírgenes cerúleas en las escenas de las Anunciaciones, o bien os agrupáis como palomas del Espíritu Santo, tejiendo una guirnalda deslumbrante en el azul de las apariciones. Con el dedo en los labios, misteriosos y sensibles, imponéis el silencio en la tierra y recogéis pitagóricamente en vuestras frentes las más secretas resonancias de la melodía astral. Otros, pájaros paradisiacos, extendéis las alas de oro y marfil, surcando una nube inaccessible, a muchos miles de metros sobre el nivel de nuestros afanes. Tú, ángel de la trompeta, ¿qué extraño éxtasis te ha detenido al llevarte a los labios

el instrumento sonoro que con la mano izquierda elevas en el aire, mientras que tu mano diestra hace un signo de espera, como queriendo acordar antes todos los ritmos del viento? Y tú, ángel de la cabellera rubia, adorable adolescente, violinista virtuoso del silencio, con tu violín sobre el hombro y las alas plegadas, ¿qué señal aguardas para posar el arco en las cuerdas y sacudir las melodías, como frutos primerizos, del árbol del espacio? Ved ahora estas dos parejas de ángeles que a ambos lados de una "Vergine col figlio" aportan como ofrenda, en bandejas doradas, unas rosas fragantes que guardan estrellas entre gotas de rocío. Ved esta pareja de ángeles enamorados que, bajo los halos de inocencia que ciñen sus frentes, unen sus manos en una comunión celeste, como haciendo posible la hipótesis milagrosa de un amor insexuado...

Sí, ángeles pensativos y sonrientes: tan lejos y tan próximos os halláis a la vez de un sexo y del otro, que fuera imposible identificaros cabalmente y resulta ingrato confinaros con tono científico en los linderos del androginismo. De ese aire indeciso nace vuestra turbadora sugestión. Y de ella brota ese hálito, entre místico y erótico, que me impulsa a acariciaros largamente con la mirada, considerándoos como delicadas personificaciones del agri-dulce amor adolescente. Por instantes semejáis tiernas adolescentes femeninas, absortas en el dintel impreciso de la pubertad, aun no desprendidas totalmente de la placenta matriz afectiva, con el rubor ingenuo y sin malicia de la infancia que aun no osó encaramarse al árbol del Bien y del Mal. En otros momentos, se os tomaría por adolescentes masculinos recién despertados, muy a raíz de la primera revelación, del descubrimiento gozoso y melancólico del pecado original, abiertos los ojos de atónito

asombro y con todas las fibras de vuestro ser dispuestas para recoger la primera vibración del amor.

Sois como un coro de amigas fragantes o como ese grupo de niñas impúberes que, sentadas en un banco de un parque crepuscular, intercambian sus primeros secretos del corazón. ¡Angeles *piovuti dal cielo*—como dice el pueblo italiano—y sin embargo, tan envidiablemente humanos, pero que tan escasos y selectos representantes guardáis en nuestros días! Permanecéis idealmente en una línea ecuatorial, tan cerca de la tierra como del cielo. Ni os perdéis en las nubes abstractas como cándidos nefelibatas, ni os arrastráis sumisa y banalmente al nivel de la tierra. Sabéis volar con grácil y elástico brinco hasta las colinas del ensueño. Yo os adoro así, habitantes de esa zona intermedia entre la vida y la irrealidad. Angeles ya reintegrados a la tierra, pero, sin embargo, con una dulce nostalgia del avatar pretérito que se revela cuando, esquivando las miradas, os lleváis las manos a los homoplatos para acariciar los podados muñones.



ROCCO CARTOSCELLI EL SENTIDO HUMANO  
EN MACCHIAVELLI



LOS biógrafos de Nicolás Macchiavelli y los cronistas de su tiempo no hablan de su juventud. Fácilmente podemos imaginárnosla, sin embargo, pensándole dedicado a la lectura y a la meditación de los antiguos y luego, en las horas de descanso, exaltado por las historias y las visiones del mundo clásico, errar por las calles y las plazas resplandecientes de la Florencia del Magnífico. Del propio modo le vió la fantasía de Carducci reirse compasivo de los sermones de Savonarola y de las danzas locas de los piañones.

El tiempo de su pensativa juventud es atravesado todavía por el eco vivaz de las faustas gestas y las nefastas de Cola de Rienzo. Todavía no se han desvanecido en el olvido las tranquilas utopías de Petrarca. En el horizonte, la sombra hosca de Dante yérguese gigantesca, amenazando nuevas desgracias.

Pero Macchiavelli no acepta con el Dante, el ideal de una teocracia imperial, que el misticismo escolástico envuelve en una neblina de oro; tampoco entiende la utopía, magníficamente clásica y solemnemente libresca, de la República de Petrarca, la que realizó miserablemente, en Roma, Cola de Rienzo, concluída después de muy efímera vida en la piadosa comicidad de un sainete trágico.

Su mundo nace del conocimiento de la historia; por encima de toda apariencia de epopeya, libre de los encantos de la mitología, y tan sólo atento a la cruda indagación del hecho: del hecho humano, desde el cual pueda levantarse a la investigación de las causas. Fuera de esta meditación, serenamente humana, llegará él a la identificación de la historia, de la humanidad, del espíritu y del pensamiento, fundamentando así aquella ciencia, de que más tarde hará Vico la filosofía de la historia.

Trasplantar y renovar en la Florencia de los mercaderes y de los banqueros la rigidez práctica del genio ordenador de la Roma republicana, fué su ensueño profundo. El rumbo constante de sus especulaciones, al cual es llevado, no por exigencias estéticas de humanista, sino por el empuje de su alma de hombre de acción y mundano, que de la historia de una época gloriosa se esfuerza por sacar principios y enseñanzas que hagan revivir aquellas horas de grandeza en la Patria de su tiempo.

Bien es cierto que la especulación no le absorbió totalmente ya que lo mejor de su edad lo pasó en legaciones y cancillerías, felizmente adecuando a la modernidad de los tiempos la experiencia del romano mundo.

Su vida es acción. Hundirse en la Historia y desentrañar de ella los más escondidos móviles, allá donde éstos casi parecen ser leyes absolutas, no le satisface a él, si luego la realidad de los hechos contingentes no le llama a escudriñar y actualizar la cosecha valiosa de tamaño afán de indagación.

En las forzadas holganzas de su villa de San Casciano (a que le constreñía la ignavia desconsiderada de los Medici), no le bastaba a él refugiarse, en la noche, en su biblioteca (mundo que sólo era suyo y para el cual había nacido). No le servía para engañar su vida, con-

denada a la inacción, y así se queja en sus cartas a Francisco Vettori, embajador de Florencia en Roma, al anunciarle "El Príncipe", entonces en elaboración ("...che questi signori Medici mi cominciassino ad adoperare, se dovessino cominciare a farmi voltare un sasso; perché se poi io non me gli guadagnassi, io mi dorrei di me, e per questa cosa quando la fussi letta, si vedrebbe che quindici anni che io sono stato a studio de l'arte dello stato non gli ho né dormiti né giuocati, e dovrebbero ciascheduno aver caro servirsi di uno che nelle spese di altri fusse pieno di esperienza").

He ahí, el arte del Estado. Gobernar es una necesidad de su espíritu, fuera de toda exigencia personalista o actividad de cortesano. Y así como el artífice humilde se hinca de rodillas ante la majestad del arte, él dobla su frente gloriosa ante el Estado, que en él, por primera vez en la Historia moderna, es concepto puro, idealidad concreta, en que todo aspecto del individuo pierde su particularidad. Por eso, y aunque sólo sea "para dar vuelta a una piedra", con tal que él pueda servir al Estado, se ofrece sin desdén a los mismos enemigos suyos.

En aquella confusión de tiempos, en que los intereses de parte y personales eran la única razón de estado, la fría claridad de su genio (que había absorbido y superado toda la esencia del Renacimiento, del cual él era hijo puro en la sensualidad dulce de la vida y en las costumbres fáciles), Macchiavelli no podía necesariamente encontrar terreno fecundo para él, y abandonado y desconocido descontó amargamente el haber nacido en una época inferior a su concepción.

Este representante, en la historia, de la política pura, más allá del bien y del mal (absoluta necesidad que ineluctablemente arrastra cosas y personas), sin embargo fué

poeta. Aspiró a una humana bondad sin vínculo alguno de constricciones cívicas o sociales.

¡Con qué amargura—escribe Benedetto Croce—el Macchiavelli afirma la necesidad de sus preceptos, que “no serían buenos si todos los hombres lo fueran” (“non sariano buoni se gli uomini fossero tutti buoni”), sino que, por ser ellos malos y simuladores, pérfidos y ávidos, es preciso ser “no buenos” (“essere non buoni”) para defenderse de la maldad y de la perfidia de ellos!

Aquí está la parte triste de su política, que en otro lado se levanta hasta revestirse de religiosidad cuando se trata de la defensa del Estado. El Estado, para cuyo bien hay que estar dispuestos a perder todo lo propio, también la vida. Concepción de donde brotará el amor de patria en el sentido moderno, que en él encontramos por vez primera claro.

El doble aspecto de su política: el uno malo (aquel que hace de la maldad arma de defensa en una sociedad de hombres malos y por eso “particular”, como habría dicho Guicciardini), el otro altruístico (hecho de abnegación religiosa hacia el Estado, que resume en su unidad absoluta toda particularidad de los individuos), es la dualidad que él simbolizó en la imagen del centauro, hermosísimo y feísimo a la vez.

El arte de la guerra y de la intriga es la actividad “ferina”. El arte del Estado es la maravillosa expresión de la fuerza coordinadora de la mente humana. Dos partes hay en el centauro: una “ferina” y otra humana, naturalmente indisolubles. En el gobierno de los pueblos también la actividad guerrera y la sabiduría cívica, fatalmente proceden juntas.

No da en el blanco Hoffding admitiendo en Macchiavelli admiración para la fuerza en sí y por sí. Valora-

ción de los medios independientemente de los fines, hasta olvidarse del efecto que se quiere conseguir. Sería, en otros términos, una fría conciencia estética la suya, ebria de potencia y de violencia, ignara hasta donde pueda esta misma violencia arrastrar.

La amargura, ya mencionada (comentario triste y resignado a la enunciación de la política como dura necesidad), prueba lo contrario. Esto es; prueba el hondo sentido humano de su obra, aun si en ella se habla fríamente de traiciones y delitos, pues si la traición y el delito se vuelven en provecho para la personalidad del Estado, hay que emplearlos así como la guerra y el sitio.

Un hombre (amonesta él en el “Príncipe”) que quiera hacer en todo momento profesión de bueno, conviene que perezca entre tantos que no son buenos.

Tomás de Aquino consideraba el Estado medio para que los hombres consiguieran la salud eterna, Macchiavelli hace del Estado la finalidad suprema hacia donde tienden todas las acciones de los hombres, que en él y por él tienen que encontrar razón de vida, y por eso no puede haber preocupaciones éticas de bien y de mal, ya que en la praxis política (en que los hechos tienen un valor puramente utilitario) carecen de todo sentido.

La idea preconcebida de unos filósofos que confunden política y moral, es la causa principal de la incompreensión y desfiguración de Macchiavelli, presentado ya como cínico y cruel, ya como esteta e inmoral. Hoffding, que exige una relación entre la ética del particular y del estatista, no entiende a Macchiavelli cuando éste habla de virtudes que pueden ser la ruina del Príncipe.

Baglioni, que, pudiendo, no osa enfrentar a Julio II, entrado sin armas en Perugia, perdiendo así la ocasión de

librarse para siempre de tamaño enemigo, a pesar de haber hecho acto virtuoso bajo un punto de vista ético personal, actúa en manera delictuosa para con su principiado, que se deshace precisamente por ese acto de virtud de Baglioni.

La Patria de Macchiavelli (escribe De Sanctis) es una divinidad superior a la moralidad de la ley, y así como el Dios de los ascetas absorbía al individuo y como en el nombre de Dios los inquisidores quemaban a los herejes, por la Patria todo es lícito, y las acciones que en la vida privada son criminales, se vuelven magnánimas en la vida pública.

El sentido humano de Macchiavelli trasciende su tiempo y hace de él un hombre moderno. Considera al hombre no cual debería ser para tener ciudadanía en la República de Santo Tomás o de San Agustín: él lo ve en su realidad.

Y rotas las últimas trabas de la Escolástica medieval, afirma el espíritu humano como regidor del mundo, y hace depender los hechos de la Historia de la fuerza de las cosas y no de la Providencia.

Esta concepción del mundo, claro está, no admite intervención alguna de las leyes ideales de la ética y de la religión, sino que se fundamenta en el factor humano con todas sus faltas y virtudes.

Por ser el mal y el bien, el vicio y la virtud, las fuerzas que rigen el mundo, al gobernar es necesario entenderlas y dirigir las según la finalidad de su propio gobierno. Sería por ese tonto el príncipe aquel que en su actuación política pretendiera, en homenaje a la moral, no tomar en cuenta el vicio ni el mal en general, como si pudiera arbitrariamente rehacer la humanidad.

Desaparecido al mismo tiempo todo derecho divino, el Estado adquiere carácter decididamente moderno, en cuanto que surge del consentimiento universal. Es el triunfo completo del hombre, madurado en la elaboración del Renacimiento, que así se afirma concluido en el genio de Macchiavelli, que abre las puertas a la edad moderna.



FRANCISCO GIL ESQUERDO

EL CAMINO  
DE LAS IDEAS

(PARABOLA)



ON las luces del alba de un radiante día de primavera, animoso y alegre, marchaba el joven Spes a ocupar su puesto en el Camino de las Ideas. Su maestro, el viejo Duxi, había dicho al despedirle:

—Spes, yo no te he señalado el sitio que has de ocupar; sólo te he enseñado a elegirlo.

Ligero fardo sujeto al extremo de frágil caña que apoyaba sobre el hombro, multitud de ideas nobles y generosas que bullían tras de la alta frente, sangre roja que fluía de su corazón con gozosas palpitaciones y derramándose por sus arterias daban fuerza a sus músculos y gracia a sus movimientos, conceptos claros sobre el bien, la verdad y la belleza, y vehementes deseos de practicarlos, constituían su único bagaje.

Con él entró en un camino bordeado de añosos y corpulentos árboles. Era el Camino de las Ideas. Unos trechos era ancho, otros estrecho, a veces recto, luego serpenteaba... A ambos lados seguía el camino. ¿Hacia dónde dirigirse? Oteó, desde un alto, la lejanía; el sol pleno se levantaba entre las brumas matinales. Ante tan bello esplendor, su primer impulso, como el de la mariposa, fué ir hacia él, pero se detuvo luego.

—No—razonó—, en esta dirección el espectáculo es más hermoso, pero pronto me cruzaría con el sol y vendría la noche. Marchando en su misma dirección el día me será más largo. Además, Duxi me lo ha dicho muchas veces: la ruta del sol es la ruta del progreso; de oriente a occidente se han ido sucediendo las civilizaciones. No debemos ir en contra de la evolución de la vida.

Y el joven, decidido, comenzó a caminar volviendo de cuando en cuando la cabeza para admirar la magnificencia de la aurora.

Junto a las lindes del camino alzábanse edificios de la más variada arquitectura: palacios suntuosos y cabañas humildes, torres almenadas y alquerías alegres.

Al ver pasar, solo, a aquel joven que se detenía a curiosar, salían las gentes a su encuentro invitándole a que se quedase allí.

—No sigas, joven. El camino es largo y difícil y puedes extraviarte en una encrucijada—le habló un hombre—. Quédate aquí, que la vida es cómoda; la cosecha llena el granero; el mosto rebosa en el lagar; las vacas reposan en el establo con las ubres hinchadas; los árboles desgajan sus ramas al peso del fruto, los panales destilan su miel. En este lugar todo está hecho: otros realizaron antes el trabajo. Si te quedas, ni penas ni fatigas ni dolores tendrás. Epicuro envidiaría tu puesto.

Spes tuvo un momento de hesitación ante lo halagador del ofrecimiento, pero se repuso y dijo:

—No es este mi sitio. Soy joven y fuerte y quiero crear con mi esfuerzo lo que haya de consumir. Este es un bello lugar para los viejos, los enfermos, los cansados o los perezosos. Si me quedara aquí, buen hombre, pronto la ociosidad agostaría mi juventud y mi entusiasmo.

Y siguió su camino.

Más adelante, a la puerta de un grande y viejo caserón cubierto de yedra y minado por la humedad, había una vieja que le llamó:

—Este, este es el sitio que te conviene. Pasa y siéntate. Aquí se vive la verdadera realidad, pues no hay realidad mayor que lo que ha sido, porque lo que está por ser es una ficción que nadie sabe cómo será y ni aun si será. Lo único positivo es el pasado de que dan fe los mil y mil infolios que adentro guardo; el futuro no es nada; el presente es apenas un segundo. Las cosas sabidas, la fe legada, la experiencia transmitida, todo lo encontrarás aquí. Sin molestarte en andar por caminos inexplorados, yo te enseñaré mi verdad, mi verdad dogmática, que no exigirá de ti más que la creas.

Una lechuza siseó desde un viejo roble y un lagarto asomó su cabeza por entre la hiedra.

—Yo me detendría a leer tus libros y a escuchar tus consejas, pero no me quedaría aquí. Conocer el pasado es buena cosa porque nos sirve de punto de apoyo para preparar el futuro, pero querer vivir lo que es muerto, hacer actual lo que pasó, es creer inmutable el tiempo. Yo sé que para figurar en la historia es preciso haber hecho vida. Adiós.

Aun le salieron al paso otras diversas gentes que le invitaban a formar parte de su comunidad.

—Detente, incauto—gritóle un guerrero—. ¿Cómo sin armas con qué defenderte te atreves a ir solo por los caminos? Ven que te enseñe el manejo del arco y de la jabalina. La maldad no se combate sino con la fuerza. Escucha...

De otro lado interceptóle el paso una ramera ofreciéndole la copa del placer donde saciar su juventud.

—El licor que te ofrezco es el único bien de la vida— dijo.

Ni de éstos ni de otros que, como ellos, le ofrecieron la hospitalidad de sus doctrinas, hizo caso Spes. Los escuchaba y seguía adelante.

—¿A dónde vas tan lejos? ¿Por qué dejar lo conocido y hecho por lo desconocido y por hacer? Vuelve, inexperto; otros, como tú, sucumbieron antes de terminar su viaje.

Spes caminaba, caminaba hacia adelante, en la misma dirección del sol, que tenía por ruta de progreso.

Ya había dejado atrás los poblados y el camino se le ofrecía recto, con sus márgenes sin cultivo.

—Aquí—se dijo—levantaré mi casa y esparciré mis semillas.

Así lo hizo. Con fe y entusiasmo trabajó en su obra hasta verla terminada. Entonces descansó.

Descansó esperando que llegara el Triunfo de las Ideas frente a su cercado, símbolo del fruto de sus afanes.

Transcurrió mucho tiempo, ¡mucho!, sin que viera madurar sus cosechas, y ya se impacientaba por haber elegido aquel lugar tan avanzado.

—¿Acaso el Triunfo sólo va por los caminos fáciles!— pensaba en horas de abatimiento.

Algunos, como antes él, pasaban por delante de su casa para ocupar otras avanzadas en el Camino de las Ideas. Si eran jóvenes, Spes los dejaba seguir, saludándoles con frases cariñosas; pero cuando ya no lo eran, los invitaba a descansar, porque la larga jornada es sólo factible para arrostros juveniles.

Hacia la mitad de su vida, Spes observó un día, con incontenible júbilo, que reventaban en fragantes flores los capullos tanto tiempo cuidados; otro, le pareció ver en el

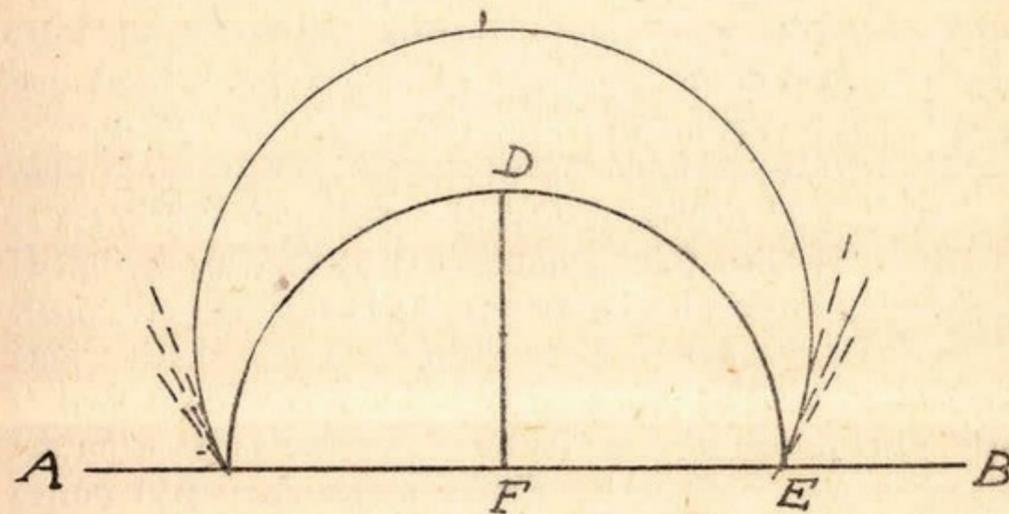
horizonte un grupo como de gente que se acercase; más tarde distinguió los gritos y cantos triunfales... ¡Era el Triunfo de las Ideas! ¡Por fin eran realidad sus ilusiones, éxito sus fracasos, frutos las semillas! Cuando el Triunfo—ideal realizado—pasó frente al sitio de Spes, éste pudo, feliz y satisfecho, sentir sus sienes orladas de mirto y de laurel.

Spes había cumplido su misión de ser racional, agregando las suyas sazonadas, al Triunfo de las Ideas.

Como el triunfo lleva siempre consigo un cortejo de amigos para el triunfador, algunos de los que antes, despectivamente, tildaron a Spes de visionario, acercáronse para felicitarle, y quisieron que les dijera la causa de no haber elegido otro lugar en donde antes hubiera triunfado. Spes les contestó :

—La madurez de las ideas de cada uno debe coincidir con el centro del arco de su vida.

Quisieron que les explicara esto bien, y Spes los condujo a un rincón propicio, a la sombra de unos árboles junto a un arroyo, y, tomando un junco, en la arena húmeda trazó esta figura :



—Sea—dijo—la recta  $AB$  el Camino de las Ideas, la historia del pensamiento, la marcha del progreso mental que se desarrolla a través del tiempo. Esta línea arranca de la primera chispa de luz que brilló en el cerebro del hombre primitivo al salir de su bestialidad, pasa por las viejas y modernas civilizaciones, con sus filósofos, sus profetas y sus reformadores, para continuarse en los principios de razón de las generaciones que nos han de suceder. Todo ser racional contribuye a la continuidad de esa línea. Yo represento esa contribución mental en la curva  $CDE$ , y la llamo arco de la vida mental. Nace en  $C$ , culmina en  $D$  y bella y armoniosamente, como subió, muere en  $E$ . Así se producen las vidas positivas. Claro está que el arco varía con la capacidad individual: los hay que apenas se levantan de la recta, otros que son un semicírculo, y algunos que, teniendo el punto arriba de la recta, son mayores que el semicírculo. Esto ocurre con el genio, con el superhombre, que tiene algo de anormal, y los puntos de arranque y de descenso del arco señalan direcciones de retroceso. La vida del hombre normal tiene la característica del semicírculo y en él se esquematiza. Juventud, ilusiones, esperanzas, ideales: fuerza impulsiva ascendente es el primer cuadrante, queriendo culminar, cada día que pasa, un punto más alto, en la feliz creencia de que la línea ha de ascender indefinidamente; o bien en el deseo de llegar a la cumbre, para desde allí contemplar la vida en sus dos vertientes, deduciendo del cuadrante  $CD$ , el descendente  $DE$ . Representa éste el período de sazón, de reposo, de senectud, cuando perdida la fuerza ascensional, cae por ley de gravedad, no brusca y verticalmente—que fuera truncar la vida—, sino continuando el arco, en el cual cada punto o hecho ha de determinar la posición del que le sigue. Tracemos la flecha de ese arco, y el punto

$F$  será nuestra posición en la historia o Camino de las Ideas. El será el foco que ha de iluminar nuestra vida y presidir nuestros actos: por igual en cualquier edad, cuando el arco mental corresponda a un semicírculo, y variable cuando sea mayor o menor que éste. Obsérvese que la duración de la vida, que es la cuerda  $CE$ , es independiente de la actividad mental en ella desarrollada, que es el arco, el cual puede variar de radio con una misma cuerda.

—Pero este punto  $F$ , centro y foco que ha de presidir el arco de la actividad mental—interrumpió uno de los que escuchaban—¿cómo es posible determinarlo cuando la vida empieza en  $C$  sin conocer la distancia de  $E$  o la altura de  $D$ ?

—El que no sea capaz de fijar por sí mismo—replicó Spes con viveza—, sin otros antecedentes que su voluntad, esos puntos en el arco de su vida, debe conformarse a que éste rastree sobre la recta, confundándose con ella: será una vida de arco nulo. Súbese en la primera mitad de la vida—continuó—atesorando ensueños, recogiendo enseñanzas, formando ilusiones, anhelando el momento de nuestra vida en el cual la plenitud de los elementos acumulados estallen y realicen el ideal perseguido con el amor del alma. Ese momento es el punto coincidente entre la madurez mental y la virilidad, cuando el músculo puede realizar mejor la más justa razón que le dicte la inteligencia. Desciéndose luego iluminada la vida por ese foco, luz del espíritu, si ardiente para la subida, dulce calor para la bajada, ya que en ésta no ha menester de locos impulsos, pues va convirtiendo en realidades las quimeras juveniles, satisfecho del deber cumplido, que le permite contemplar sin horror la muerte.

El concurso seguía silencioso y atento las explicaciones

de Spes sobre el esquema trazado. Hubo una pausa. El viento movía suavemente las copas de los árboles, que el sol de tarde teñía de oro; sobre la esmeralda del cielo flotaban nubes de púrpura; el agua del arroyo rompía sus cristales en los bruñidos guijarros.

—En el curso del tiempo—siguió—esos arcos se entrecruzan; mientras unos bajan otros suben, y, al encontrarse, como direcciones contrarias que son, suelen no comprenderse y hallar recíprocamente extrañas sus ideas. Es lógicamente humano que el hombre senecto tilde de locas, atrevidas e imprudentes las ideas del joven, y que éste se mofe de las máximas de aquél por rancias y absurdas. Tuvo el abuelo momentos de arrebatos y días ardorosos en los lejanos tiempos de sus años mozos—que cada primavera se engalana con las mismas flores—, pero sus ideas no eran ni las “atrevidas” de su hijo ni las “descabelladas” de su nieto. Piensa, por el contrario, quien no ha doblado el arco de su vida, que acaso lleguen a extinguirse sus entusiasmos, pero nunca compartirá las creencias “atrasadas” del anciano. Y es que las diferencias ideológicas que los separan lo son en función del tiempo, esto es, de la posición anterior o posterior que el foco del arco ocupa en la recta *AB*. Lo ilógico es que el joven piense como el viejo y viceversa. ¿No os imagináis lo ridículo del viejo que, contrariando las nobles leyes de la ancianidad, presume de mozalbete, y el de quien, apenas abandonada la toga pretexta, ya quiere ser tenido por hombre sesudo? ¿Y de aquellos que, por atavismo o desenfreno, sitúan el foco de sus ideas o tan atrás que sus prácticas ya están en desuso o tan adelante que sean todavía impracticables? Quiere la vida que el joven contemple con arrogante ademán su naciente primavera y manifieste sus ideales diciendo “Mañana . . .”, que sea una interrogación

y una promesa; que el anciano añore sus amores idos y diga con dulce nostalgia “Ayer . . .”; y que el varón que siente la plenitud de su esfuerzo y al que la corriente de las ideas tiene en medio de su cauce, afirme confiado y resuelto “¡Hoy! . . .”

La noche había cerrado. La brisa fresca y perfumada acariciaba los rostros de los circunstantes. Había paz en los campos y serenidad en el cielo. La luna mostraba su disco enorme por entre las olorosas madre selvas.



## N O T A S

PRIMITIVO R. SANJURJO

Primitivo R. Sanjurjo — nombre en cuyo general desconocimiento han colaborado la malignidad y la incomprensión — es una de las más apasionadas y aun indignadas inteligencias de la España de esta época. No el impasible *amor intellectualis* es suyo, sino la ardientia seráfica, las *Talveces* y aventuras del pensamiento, el riesgo intelectual. Clima de heroicidad es el de su prosa. Su guerra es contra lo insignificante — lo literalmente insignificante o no significativo — del hoy: el arte sin pasión, la filosofía sin curiosidad y sin maravilla, el mundo sin trasmundo. *Nos hemos detenido, no ante la Muerte, sino ante el cadáver*, escribe con terrible sentenciosidad, que saca a la vergüenza la incapacidad metafísica de nuestro tiempo.

Sanjurjo — que colabora por vez primera en América a través de las columnas de SÍNTESIS — es autor de *Escenas de Gigantomaquia*; el espectáculo de su propio pensamiento intentísimo le pertenece y nuestra codiciosa atención. — J. L. B.

ESTEBAN TERRADAS

Innecesaria la presentación, sean estas líneas de saludo y homenaje al ingeniero catalán que actualmente ocupa la cátedra de la Institución Cultural Española de la Universidad de Buenos Aires.

Harto sabidos son sus méritos; los diarios han divulgado sus obras de ingeniería; sus conferencias sobre el problema de la estabilidad han comenzado ya, y los prácticos se han entusiasmado al

ver un técnico que cabalga airoso sobre las más altas teorías científicas, en pos de soluciones útiles, saltando el hondo foso que suele separar la Ciencia pura de la Ciencia aplicada.

SÍNTESIS, que ha inscripto en su programa un postulado de cultura hispanoamericana, saluda en Terradas al embajador científico, de credenciales bien timbradas, que elevará en tierras del Plata el prestigio de la incipiente ciencia hispánica; al patriota que con este paréntesis en su labor múltiple sacrifica su interés en aras de una empresa cultural bienhechora para ambos países; a la alta mentalidad que, con la sugestión del ejemplo, contribuirá a elevar el vuelo de la Ingeniería argentina hacia la región especulativa donde residen los gérmenes de todo progreso técnico, grande y fecundo. — J. R. P.

#### PARA EL ADVENIMIENTO DE PIRANDELLO

El famoso escritor italiano Luis Pirandello se halla entre nosotros. La sentencia es de la jerigonza del periodismo, y de sus ya consabidas delicadezas (por ejemplo: la de informarnos confidencialmente que es italiano, después de haber postulado que era famoso), merece destacarse la última, la de *se halla entre nosotros*, la medio mágica. *Entre nosotros*. La preposición es como resumen de omnipresencia o de esa convivencia posible que uno supone al conocer el desembarco de Pirandello y cuyo riesgo hermoso es que sea nuestro vecino de tramway.

Sea lo que fuere, la multitud de Pirandello está en Buenos Aires. SÍNTESIS saluda en Pirandello al escritor, tal vez único, que ha sabido encender, en la página y en la escena contemporáneas, la perplejidad metafísica de gran estilo. — J. L. B.

#### HISPANOAMERICANISMO RETÓRICO, E HISPANOAMERICANISMO PRÁCTICO

La frase transcripta, no es nuestra. Puesta en labios de algunos próceres de la política y de la alta banca, ha circulado últimamente a través de las páginas multitudinarias de los rotativos. Parece ser que hasta ahora sólo conocíamos el primero: el retórico. El práctico

hubo de de revelársenos con motivo del crédito bancario otorgado por España a la Argentina. Hay, pues, un hispanoamericanismo retórico y un hispanoamericanismo práctico.

Si por el primero ha de entenderse solamente el mero verbalismo circunstancial—brindis inocuos y discursos pueriles—que prende sus fogatas en los momentos últimos de los banquetes, aceptamos esa frase hecha. Si por ella ha de entenderse más, rechazamos esa inútil frase.

Si bien hasta hoy ninguna otra nación hispanoamericana efectuó, en España, crédito bancario alguno, no por eso el hispanoamericanismo ha sido meramente teórico.

¿La sistemática divulgación de los valores científicos e intelectuales de la España de hoy — efectuada por los centros universitarios de toda América —, no ha sido, a su modo, práctica?

Aquí mismo, en la Argentina, una institución española — la Cultural, fundada por el doctor don Avelino Gutiérrez — abona un historial glorioso. ¿Hemos de llamar retórica a la labor realizada por esa institución ejemplar? ¿Será parvamente retórico el esfuerzo llevado a cabo por otro español ilustre — don Gumersindo Busto — fundador de la "Biblioteca América"? ¿Podrá llamarse hispanoamericanismo retórico a una ideología racial — ceñida por el vínculo del idioma y de la tradición — que hermana todo un continente?

Cuidemos, pues, de las frases. No hay un hispanoamericanismo retórico, ni un hispanoamericanismo práctico. Hay una idea hispanoamericana.

Grávida de pasado y prolífica de porvenir, en ella va infartado todo. — X. B.

#### LA PRODIGIOSA Y DÍSCOLA CIUDAD DEL IDIOMA COMÚN

Por la nobleza de su actitud, y por tratarse de un fervoroso hispanista, transcribimos de "La Prensa" del domingo 12 de mayo los siguientes párrafos del artículo, así titulado, del poeta Arturo Capdevila.

Entendemos que es necesario que España se entere de esta voz

sincera, ahora que se habla de señalar a Madrid como meridiano intelectual de América

"Con razón o sin razón, la Argentina despierta simpatía en el mundo; de donde la labor de sus escritores inspira paralelo interés. De Italia, de Francia, de Inglaterra, de Alemania, de cualquier país de Europa puede recibir un escritor argentino muestras de estima por su obra; de España . . . creo que no. Por punto general, casi no hay objeto en enviar nuestros libros a los colegas españoles. Por un Cansinos Assens, que vive concretamente en la calle de la Morería 8 y 10, hay cien que moran en lo inaccesible de la indiferencia, del desprecio y del orgullo. He visto en alguna biblioteca madrileña un importantísimo libro de autor argentino. Aquel libro, intacto, no había sido tocado ni con la mirada. Conozco todavía más, y es tiempo de que lo diga. De algún compatriota sé que escribió un libro realmente fervoroso sobre España (¿no se intitulaba "Tierra nobles" ese libro?); y el autor que digo lo envió por docenas a España: a colegas y a periódicos. ¿Quiénes le avisaron recibo? . . . Fuera del consabido Cansinos Assens y de algún otro...

"Sobre estas cosas hubo por cierto un duelo literario en 1923, y fué en Madrid, siendo los contendores el señor Gómez de Baquero, español, y don Eduardo Schiaffino, compatriota nuestro. "Es necesario confesar — dijo con este motivo don Rufino Blanco Fombona — que Gómez de Baquero, en este duelo, tiene en su contra el terreno, el sol y la equidad". Cierto. El señor Schiaffino decía muy bien. Se desconoce en España el verdadero espíritu argentino al acoger el pensamiento de la península, y en modo alguno existe algo que ni de cerca ni de lejos se parezca a una verdadera reciprocidad intelectual. Aquí, los brazos abiertos; allí, las puertas cerradas."

#### GUMERSINDO BUSTO

La noticia no es inmediata, pero importa que la recojamos ahora. Recientemente la clásica Universidad de Santiago de Compostela— la vetusta Sant-Iago del medievo — ha discernido el honroso título de doctor "honoris causa" al gran español don Gumersindo Busto.

Don Gumersindo Busto es escribano público, en Buenos Aires. Desde sus mocedades cuenta sus días en la Argentina. Ocho son sus hijos nacidos en la capital. Ama, pues, a esta nación con la ternura que a su propia patria.

Con paciencia de benedictino y con fervoroso entusiasmo de buen patriota, don Gumersindo Busto ha reunido—sin contar las medallas, bronce, folletos y documentos antiguos—hasta catorce mil volúmenes de pensamiento impreso en América. El acervo cultural español se ha enriquecido así con un aporte valioso.

Si pensamos en las posibilidades futuras que de la lectura de esos volúmenes pueden desprenderse, echaremos de ver toda su trascendencia. Si el hispanoamericanismo ha de ser una realidad— que la es—habrá de ser siempre a base de un conocimiento mutuo.

Historia y tradición son pródigas y beneficiosas en cuanto son (sobre toda cosa) vitales. Un mero pasado histórico (en cuanto solo pasado) supone y significa poco, ya que todo pasado ha menester de una continuidad: ha menester de un futuro.

Y bien: he ahí toda la trascendencia de la obra de don Gumersindo Busto. Asentada ésta en la vetusta ciudad de Santiago de Compostela, bajo la prócer protección de las palmas augustas de su Universidad, la Biblioteca de don Gumersindo Busto es a modo de un índice cultural, bellamente nunciador de América. — X. B.



## BIBLIOGRAFÍA

*Tirano Banderas*. Volumen XVI de la "Opera Omnia", de VALLE-INCLÁN. Madrid, 1927.

Valle-Inclán ha vivido en Méjico. Estuvo en la Argentina. Las calles enfebrecidas de Buenos Aires, conocen las barbas longevas de don Ramón.

Platónicamente interesado en todas aquellas manifestaciones que afectasen directamente al ansia de expresión de América, Valle-Inclán no se redujo — como tantos otros — a caricaturar los modismos léxicos que América ha inoculado en la vena hispánica, sino que, vivamente interesado en ellos, procuró incorporarlos a su propio acervo.

Como todo creador, Valle-Inclán efectúa en el idioma una captación dinámica. Parecerá esto cosa paradójica. Valle-Inclán (diráse nos) se expresa por modo arcaico. Pero el hecho de tomar del lenguaje determinado número de vocablos que, sino cotidianos en la conversación, revosan de vitalidad artística, no supone preferencia arcaica. Ciertamente existen escritores (Ricardo León, como paradigma), irremisiblemente condenados a degustar el pasado. Pero Valle-Inclán no pertenece a esa mesta. Su obra es vital y es presente.

Diremos más. El primario arcaísmo de Valle-Inclán ha sido una cuestión de ambiente. Valle-Inclán (recordemos "Romance de Lobos" y "Águila de Blasón") describe su región gallega. Gallega es esa media luz en que siempre sitúa sus personajes, y gallega — hondamente gallega — esa su maravillosa degradación de la épica castellana. El alma de Galicia es un alma antigua.

## BIBLIOGRAFÍA

## SÍNTESIS

¿Cuál es el escenario en el cual actúa "Tirano Banderas"? El escenario es vasto a más no poder, pues que abarca todo un continente. De ahí la desorientación de algunos de sus lectores. Ya Goethe se lamentaba de esa incoercible manía — latente en todo lector — de restringir todo protagonista a una ciudad o un localismo estrecho. ¿En qué República de América se desarrolla? A esto contestaremos que no se desarrolla en ninguna, porque pretende — consigue — agotarse en todas. La obra, es cierto, se inaugura con una serie de mejicanismos. Pero sucede que cuando creemos hallarnos en Méjico, don Ramón nos traslada a plena cordillera andina. Argentinismos y mejicanismos se encuentran, por doquier, en la obra.

Verdad que su protagonista — "Tirano Banderas" — y toda la trama de su acción — Montoneras. Gauchaje. Encomenderos. Indiada, — se sitúa en un ayer romántico. El romántico ayer de América. Pero su acentuación es reciamente épica.

El propio estilo de Valle-Inclán alcanza, en esta obra, una nitidez y una expresión novísimas. Así en esta sintética impresión que transcribimos: "*Santa Fe de Tierra Firme — arenales, pitas, manglares, chumberas — en las cartas antiguas, Punta de las Serpientes*". O bien en aquel magnífico ascender y descaecer del libro, en el cual el prócer estilo — ya clásico en Valle-Inclán — se exalta en transparencia léxica.

El lector hispanoamericano debe agotar "Tirano Banderas" en todas las librerías donde lo encuentre. — X. B.

*Los amigos dilectos*, RICARDO SAENZ HAYES, Gleizer, 1927. Buenos Aires.

En mayor grado que muchas de las sedicentes novelas, esta de Ricardo Sáenz Hayes es libro novelístico. No es que yo ataque la veracidad puntual de su crónica; lo que me importa es discernir el gusto especial que está en su lectura. Yo afirmo que la *quididad* de ese gusto — la palabra es como de aparecidos, pero es una delicadeza y no hay otra — es cosa de novela, es entrevero de destinos humanos. El tema ostensible es la amistad: no la

indeterminada y común, sino la amistad entre literatos, vale decir, entre gente que se preconoce espectáculo de la posteridad y cuyos días y horas y minutos saben que están en trance de gloria. Vale decir, entre los esforzados por una absoluta codicia—por la de ser los únicos de algo—y para quienes los demás son etcéteras. De ahí que las algunas grandes amistades de literatos bien merezcan renombre.

Sáenz Hayes — con emocionada proligidad — nos las recupera. El comercio de Flaubert con Bouilhet, el de Montaigne con Esteban de La Boétie, el de Rodolfo Ubaldo Emerson con Carlyle (ese Almafuerte con mejor biblioteca) están en sus páginas. El tono es de pudor. Algún rato, cuando habla de una gran amistad, he creído derramada en su voz la nostalgia de ella.

El libro está compuesto con limpidez. Su español—pulcramente internacional—no está fechado en región alguna, si bien el uso de los pronombres analíticos (desde temprano *púsose* a la tarea; Sócrates *déjase* persuadir; el bastón, el cuaderno y luego tú... *escribele desde El Cairo*) le dan atmósfera de Castilla. — J. L. B.

*La troisième République*, RAYMOND RECOULY, París, 1927. Un volumen en 4º, de 337 páginas.

Fr. Funck Brentano planeó, hace unos años, la publicación de una historia de Francia, que constaría de varios volúmenes, escritos por distintos colaboradores, cuyos nombres se han ido conociendo paulatinamente.

Brentano pertenece a la tendencia monarquista, por lo que su obra acusa iguales sentimientos: primera falla del *plan*.

Cuando aparecieron los volúmenes de L. Batiffol, J. Boulenger, etc., las sospechas se confirmaron, sospechas que se acentuaron cuando L. Madelin, a su vez, dió a conocer *La Révolution*, trabajo que, aun cuando se lee con agrado, es de una inexactitud que asombra.

C. Stryenski publicó, más tarde, su *XVIIIe. siècle*, la obra más completa de toda la colección.

Y, por último, en estos días, acaba de llegar a nuestras manos *La troisième République*, por R. Recouly. Antes de analizar este libro conviene recordar que Recouly no es un historiador; colaborador de los grandes diarios franceses, su actividad es la de un periodista; su labor lo atestigua.

El trabajo de Recouly era ímprobo: debía darnos una visión fiel de los sucesos contemporáneos, en muchos de los cuales hemos actuado como testigos (1).

Veamos cómo se ha desempeñado. Examinaremos dos puntos: La Comuna de 1871 y los antecedentes de la guerra de 1914.

En una página el autor pretende darnos la clave que explica el porqué del movimiento del 18 de marzo de 1871. Pero si bien es cierto que menciona ligeramente las causas productoras, lo hace en forma tal que el estallido, según él, resulta sobre todo de la acción de los revolucionarios profesionales y de la decepción y furor provocados por la paz que puso fin a la guerra del 70.

Aunque todavía no tenemos un trabajo completo sobre la Comuna de 1871 — los documentos de Thiers, por ejemplo, continúan siendo secretos —, podemos, sin embargo, conocer los motivos fundamentales que explican su aparición.

Los agruparemos en cuatro órdenes: sociales, económicos, políticos y accidentales.

Habitaban en París más de 400.000 obreros, masa enorme que pasaba una vida miserable "d'autant plus mauvaise á leurs yeux qu'une plus grande prospérité les entourait". Ese contingente, trabajado sin descanso por los representantes de la Internacional y por los revolucionarios (2), no tardó en agitarse, tanto más cuanto que el Gobierno de la Defensa había demostrado su ineptitud en el desempeño de las funciones. Eso no es un impedimento para que el señor Recouly nos salga diciendo que dicho Gobierno, por su origen, era "revolucionario y jacobino"!! (3).

Por su parte, el problema económico se presentaba con aspectos

(1) "El obstáculo mayor que desanima para escribir la historia del siglo XIX es la abrumadora abundancia de documentos", ha dicho Ch. Seignobos.

(2) G. BOURGIN, *Histoire de la Commune*, ps. 24 y siguientes.

(3) *La troisième République*, ps. 6 y 7.

amenazadores; la guerra trajo consigo la paralización de las actividades agrícolas, industriales y comerciales, lo que de por sí aumentó la miseria ya existente, y como si ello no hubiera sido suficiente, ante la mirada del trabajador, se descubrían los viles manejos de...

La faz política inquietaba a su vez: La República no era un hecho (Recouly se complace en manifestarlo); los antiguos partidos conservadores no se decidían a apoyarla. Fueron necesarias las promesas de Thiers (17 de febrero) y la elección de un ministerio "sospechoso" para inclinarlos favorablemente. Agreguemos, por último, las causas accidentales: clases sociales minadas por el abuso del alcohol; el rudo golpe sufrido por el patriotismo con la derrota infringida por Prusia; la situación de apremio en que se encontraban los pequeños comerciantes, obreros, etc..

He aquí, rápidamente expuestas, las causas motrices del movimiento de 1871 que el autor debió señalar con más precisión, al mismo tiempo que con más franqueza.

Líneas más abajo nos asegura que Thiers (que conocía mejor que nadie la historia de Napoleón III!!), en su lucha contra los comunistas de 1871, tenía de su parte a la Francia entera (1), lo cual no es del todo exacto.

Es necesario tener en cuenta que si el movimiento no se extendió más fué debido, en buena parte, a que ciertas regiones estaban ocupadas por los invasores, a que la guerra había dejado exhaustos a los campesinos que esperaban ansiosamente la paz para reanudar sus ocupaciones.

El sud, en cambio, que no conoció los horrores de la guerra, se sintió sacudido por movimientos que, aunque no del todo similares al de París, eran debidos a su influencia; me refiero a los de Lyon, Saint Etienne, Creusot, Tolosa, Narbona, Marsella, etc.

¿Se puede afirmar, entonces, que toda la Francia estaba con el gobierno de Versalles?

Y, para terminar con este punto, Recouly ¿nos informa acerca del número de sacrificados por los versalleses? No. Le basta indicar

(1) *La troisième République*, p. 33.

que esa represión, que permitió fundar la República conservadora, fué dura. Ciertamente: ¡más de 17.000 cadáveres quedaron tendidos en las calles de París! Bueno es consignar la cifra.

Al tratar la historia de la Gran Guerra, Recouly da a conocer, más vivamente, los juicios preconcebidos que pululan en su trabajo (1).

Aunque disfraza su opinión, se trasluce nítidamente la carga que le lleva a Alemania y Austria, únicos autores posibles de la gran guerra (?). Es éste el tema favorito de un núcleo no despreciable de historiadores y políticos franceses. Que ellos traten de engañarse a sí mismos, no es repudiable, pero que intenten desempeñar igual comedia con los demás países, es tarea que debe ser fiscalizada por la crítica histórica.

Puntualicemos:

Al tratar la alianza franco-rusa, Recouly afirma que el convenio militar firmado por ambos países era *puramente defensivo*. Es exacto, pero, para completar el cuadro, conviene recordar la conversación sostenida por el general Boisdeffre con el zar Nicolás II, de la cual resulta que "movilizar las fuerzas equivale a declarar la guerra".

Francia, con la llegada de Poincaré al ministerio, uniformará su paso con el de Rusia. Las intrigas de Isvolsky estarán, entonces, a la orden del día. G. Louis, embajador francés en Rusia, denunciará en vano los manejos de Isvolsky y Sazonoff, pues Poincaré aceptará la política de éstos.

¿Analiza Recouly ese aspecto de la historia franco-rusa? No. ¿Señala, acaso, el resultado de las conferencias militares de 1911? Tampoco.

Para poder valorar los manejos diplomáticos que precedieron al estallido del conflicto, debió estudiar con detención los documentos publicados por cada uno de los países beligerantes.

*La movilización general es siempre, es fatalmente la guerra.* No lo debió olvidar el señor Recouly, pues la movilización rusa, efectuada en medio de los negociados, fué anterior a la alemana y más anterior aun a la austriaca, que sólo era parcial.

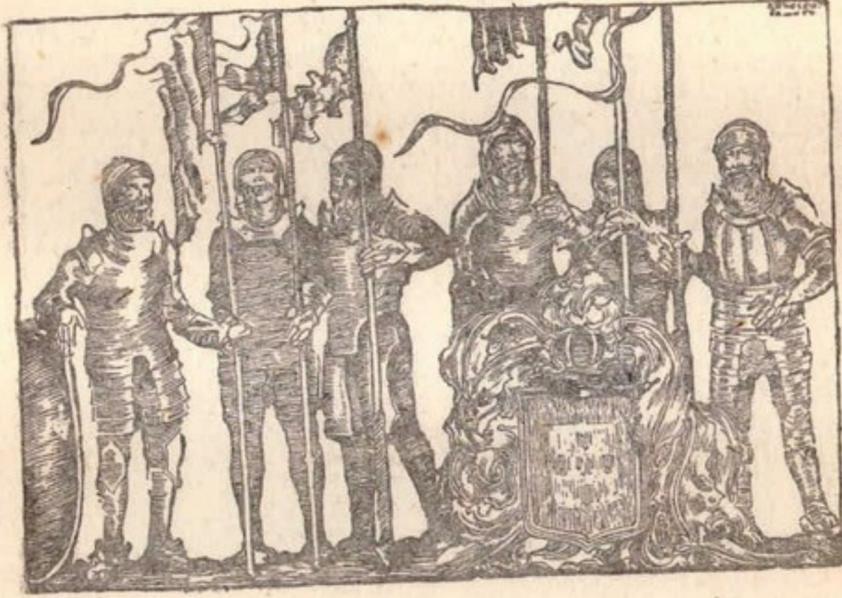
(1) *La troisième République*, p. 101.

Podría citar cartas de la correspondencia de Isvolsky, de Poincaré, etc., pero sería entrar en demasiados detalles.

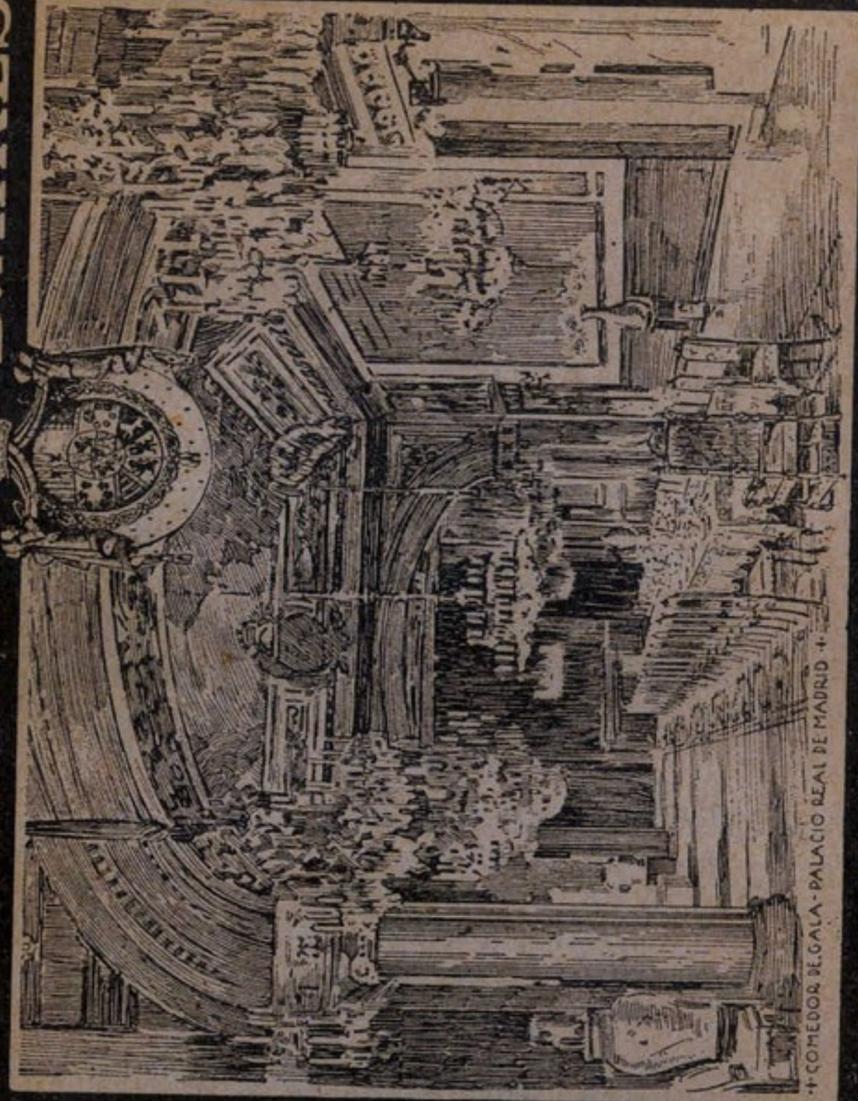
Bastará decir que el trabajo del señor Recouly no sólo no agrega nada a lo ya conocido, sino que padece de un mal grave: es terriblemente tendencioso (1). — *R. R. Caillet-Bois.*

(1) Así, el asesinato cometido en Serajevo, se presta para que el señor Recouly afirme insidiosamente que las autoridades austriacas, a pesar de estar enteradas de la preparación del complot, lo dejaron ejecutar libremente. Muy distintas son las conclusiones a que llegan los historiadores imparciales. Sirvan de ejemplo, en lo que respecta a la parcialidad del autor, las páginas en que se refiere a la personalidad de Jaurés (195 y 196) y a la de Caillaux (231 y 232).





**LICOR DE LOS 8 HERMANOS**  
**FREIXAS Y CIA B. AIRES**



COMEDOR DE GALA - PALACIO REAL DE MADRID

**PROVEEDORES DE LA REAL CASA**



M. Ganarelli

Calzado de Lujo

Córdoba 850

# TEATRO COLÓN

Concesionario: OCTAVIO SCOTTO

TEMPORADA OFICIAL DE 1927

## GRAN COMPANÍA LÍRICA

Maestros Directores

Gino Marinuzzi, Héctor Panizza, Ferruccio Calusio,  
Antonio Sabino, Achille Lietti

Maestros Substitutos

Mario Frigerio, Domenico Messina, Aldo Romaniello

Regisseur General Director de Maquinaria Director Escenógrafo  
Achille Consoli Pericle Ansaldo Rodolfo Franco

Director de Escena Regisseur para las obras de autores rusos  
Ezio Cellini Alexandre Sanin

NOVEDADES

FIDELIO I QUATRO RUSTEGHI RESURREZIONE  
de BEETHOVEN de WOLF-FERRARI de FRANCO ALFANO

EL RUISEÑOR EL ZAR SALTAN FRENOS  
de YGOR STRAVINSKY de RIMSKY-KORSSAKOW de E. H. ESPOILE

CHRISAMTHEME LA GIARA  
de RAFAEL PEACAN DEL SAR Acción mimo-sinfónica, arg. de Pirandello,  
música de ALFREDO CASELLA

### ELENCO ARTISTICO

(POR ORDEN ALFABETICO)

SOPRANOS

Bovy Malvine, Cobelli Giuseppina, Dal Monte Toti, Hedy Fanny,  
Marengo Isabel, Morelli Adelina, Muzio Claudia, Romelli Lina,  
Turner Eva

MEZZO SOPRANO

Bertana Luisa, Castagna Bruna, Cravcenco Angélica, Juárez Nena,  
Stignani Ebe

TENORES

Bourdin André, Fleta Miguel, Lauri Volpi Giacomo, Melandri Antonio,  
Nardi Luigi, Schipa Tito, Simoni Raúl, Tedeschi Alfredo

BARITONOS

Beuf Augusto, Franci Benvenuto, Galeffi Carlo, Gerard Henri, Rasponi  
Romano, Vanelli Gino, E. Dall'Argine

BAJOS

Balli Emilio, Journet Marcel, Pasero Tancredi, Pinza Ezio,  
Walter Carlo

BAJOS COMICOS

Azzolini Gaetano, Muzio Attilio

MAESTROS DIRECTORES DEL CORO  
Rafaele Terragnolo, César A. Stiattesi

COREOGRAFA DEL CUERPO DE BAILE ESTABLE  
Bronislawa Nijinska

PRIMERA BAILARINA  
Nina Kirsanova

PRIMER BAILARIN  
Boris Kniaseff

BAILARINAS SOLISTAS

Leticia de la Vega Dora Del Grande Blanca Zirmaya

Director de la banda de escena  
Antonino Malvagni

Director del coro de niños  
Alfredo Bonta Biancardi